



Sebastian

Haffner

Anotaciones

sobre

Hitler

"Anotaciones sobre Hitler" constituye una apasionante indagación histórica y psicológica del enigma que plantea el personaje de Adolf Hitler: quién fue, cómo alcanzó un poder tan desmesurado, y por qué, desde un principio, estaba destinado al fracaso. No cabe duda de que, hoy en día, la figura de Adolf Hitler sigue siendo, casi sesenta años después de su muerte, uno de los mayores filones explotados por la historiografía mundial. Sin embargo, "Anotaciones sobre Hitler" de Sebastian Haffner, un breve libro, con apenas 200 páginas y publicado por primera vez en 1978, vuelve a ser un referente indispensable en el debate alrededor de la figura más importante del Tercer Reich. Haffner sondea las fuerzas sociales, políticas y emocionales que moldearon el carácter de un hombre sin el cual la historia de Europa y del mundo entero se habría escrito de otra manera. El análisis de la inhumanidad de Hitler, para quien la política se convirtió en un sustituto absoluto de la vida, lleva al autor a describir la extraña relación que mantuvo con las mujeres, su atrofiado desarrollo psicológico, sus pervertidas concepciones ideológicas y su creciente obsesión por el exterminio de masas. Al final, Haffner se confronta con la pregunta más perturbadora: ¿Existe alguna posibilidad de que un nuevo Hitler crezca en la Alemania moderna? La lectura de este ensayo histórico, convertido en un clásico, ha sorprendido a cientos de miles de personas desde su primera edición en 1978.



Sebastian Haffner

Anotaciones sobre Hitler

ePub r1.2

j666 14.11.13

Título original: *Anmerkungen zu Hitler*

Sebastian Haffner, 1978

Traducción: María Esperanza Romero y Richard Gross

Retoque de portada: j666

Editor digital: j666

Corrección de erratas: el nota

ePub base r1.0



Nota del Editor

“Anotaciones sobre Hitler” constituye una apasionante indagación histórica y psicológica del enigma que plantea el personaje de Adolf Hitler: quién fue, cómo alcanzó un poder tan desmesurado, y por qué, desde un principio, estaba destinado al fracaso.

No cabe duda de que, hoy en día, la figura de Adolf Hitler sigue siendo, casi sesenta años después de su muerte, uno de los mayores filones explotados por la historiografía mundial. Sin embargo, “Anotaciones sobre Hitler” de Sebastian Haffner, un breve libro, con apenas 200 páginas y publicado por primera vez en 1978, vuelve a ser un referente indispensable en el debate alrededor de la figura más importante del Tercer Reich.

Haffner sondea las fuerzas sociales, políticas y emocionales que moldearon el carácter de un hombre sin el cual la historia de Europa y del mundo entero se habría escrito de otra manera. El análisis de la inhumanidad de Hitler, para quien la política se convirtió en un sustituto absoluto de la vida, lleva al autor a describir la extraña relación que mantuvo con las mujeres, su atrofiado desarrollo psicológico, sus pervertidas concepciones ideológicas y su creciente obsesión por el exterminio de masas.

Al final, Haffner se confronta con la pregunta más perturbadora: ¿Existe alguna posibilidad de que un nuevo Hitler crezca en la Alemania moderna?

La lectura de este ensayo histórico, convertido en un clásico, ha sorprendido a cientos de miles de personas desde su primera edición en 1978.

Amaba las palabras claras y las formulaciones agudas. Sebastian Haffner, seudónimo de Raimund Pretzel, fue uno de los analistas políticos más destacados de la Alemania del siglo xx. Nació en Berlín en 1907 y, tras el ascenso de los nacionalsocialistas al poder, se exilió en Londres, donde adoptó su seudónimo para salvaguardar a sus parientes de las posibles represalias por la crítica política que ejercía. En Inglaterra, Sebastian Haffner publicó su primer libro *Germany: Jekyll & Hyde* (1940), calificado por Thomas Mann en sus diarios como «un análisis extraordinario». El ensayo, con el que Haffner pretendía llamar la atención de los británicos sobre lo que ocurría en Alemania, le abrió las puertas del prestigioso periódico *The Observer*, en el que trabajó durante años. Con él demostraba además su sorprendente capacidad previsor, pues reconocía tempranamente en Hitler al «asesino potencial por excelencia» que antes o después llevaría a Alemania a la ruina.

Cuando Sebastian Haffner regresó en 1954 a Berlín como corresponsal de *The Observer* ya era un periodista y un autor reconocido. Pronto se convirtió en un columnista muy apreciado también en su país de origen, primero como redactor del periódico conservador *Die Welt*. Tras el escándalo de la revista *Spiegel* y el encarcelamiento de su director Rudolf Augstein bajo la acusación de traición a la patria —promovida por F. J. Strauss, ministro de Defensa del gobierno de Adenauer—, Haffner cambió de postura e incluso abandonó *Die Welt* para trabajar en la revista de tendencia más progresista *Stern*. En relación con el asunto *Spiegel*, es famosa su intervención en un conocido programa televisivo, que culminó con la advertencia: «Si la opinión pública alemana

permite que ocurra esto, si no exige con insistencia una aclaración de los hechos, entonces adiós a la libertad de prensa, adiós al Estado de derecho, adiós a la democracia».

Sebastian Haffner fue, a fin de cuentas, un intelectual que no abandonó una visión crítica frente a ninguna de las circunstancias históricas que le tocó presenciar. En 1978, cuando ya había dejado *Stern* para dedicarse exclusivamente a escribir ensayos histórico-políticos, publicó *Anotaciones sobre Hitler*, que se convertiría en su obra más destacada. Desde el principio este conciso y contundente ensayo cosechó un enorme éxito. Incluso los historiadores alemanes más renombrados reconocieron su valía. En apenas doscientas páginas Haffner aborda, con un estilo periodístico depurado y de brillante factura, el tema más espinoso de la reciente historia alemana. Como probablemente ninguna otra obra sobre el nacionalsocialismo, *Anotaciones sobre Hitler* ilumina las causas y los efectos de la tragedia alemana y sus consecuencias para Europa. Sebastian Haffner demuestra que no existe un curso forzoso de la historia que conduzca a las naciones irremediabilmente a la catástrofe, porque no sólo las circunstancias determinan el devenir histórico, sino que también lo hacen los hombres, hasta el punto que en ocasiones una sola persona es capaz de alterar por completo el rumbo de la historia. «El mundo actual, nos guste o no, es obra de Hitler», sentencia el autor.

Es motivo de satisfacción para los editores poner al alcance del lector hispanohablante este magistral ensayo, traducido del texto original de 1978 y publicado en plena guerra fría. El tiempo transcurrido desde entonces no ha mermado su validez. Por ello es previsible que este delgado volumen siga acaparando nuestra atención cuando muchos de los gruesos tomos de historia hayan caído ya en el olvido.

En su epílogo el historiador Jürgen Peter Schmied aborda de modo más prolijo la sugestiva personalidad y obra de Sebastian Haffner.

Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.

Vida

El padre de Adolf Hitler fue un triunfador. Hijo ilegítimo de una criada, llegó a ocupar un alto cargo en el escalafón funcionarial, y al morir era un hombre respetado que gozaba de excelente reputación.

El hijo comenzó como perdedor. No terminó la escuela secundaria, fracasó en el examen de ingreso a la academia de arte y, desde los dieciocho hasta los veinticinco años, primero en Viena, luego en Munich, llevó una vida entre bohemia y de prejubilado, sin oficio ni beneficio ni objetivos profesionales claros. Su pensión de orfandad y la venta ocasional de sus cuadros le permitieron vivir precariamente. Cuando estalló la guerra de 1914, se alistó voluntario en el ejército bávaro. Siguió cuatro años de servicio en el frente, durante los que su coraje le valió la cruz de hierro de primera y de segunda clase, pero no logró ascender por falta de capacidad de mando. El final de la guerra lo sorprendió en un hospital militar lejos del frente, donde se reponía de las secuelas de un ataque con gas, y después vivió todo un año en un cuartel. Seguía sin aspiraciones ni perspectivas profesionales. Tenía treinta años.

A esa edad, en el otoño de 1919, se afilió a un pequeño partido de extrema derecha en el que no tardaría en representar un papel destacado y en iniciar una carrera política que finalmente lo convertiría en una figura histórica.

Hitler vivió del 20 de abril de 1889 al 30 de abril de 1945, es decir, casi cincuenta y seis años exactos, un lapso de tiempo inferior a la esperanza media de vida. Entre los primeros treinta años y los veintiséis subsiguientes parece mediar un abismo inexplicable: durante tres décadas no es más que un oscuro fracasado. Luego, y casi de inmediato, se convierte en una celebridad política de ámbito local, y por último es el hombre en torno al cual gira la política del mundo entero. ¿Cómo se explica esa transformación?

Ese abismo ha dado lugar a múltiples comentarios, pero es más aparente que real. No sólo porque los diez primeros años de su carrera política también tienen un perfil accidentado, ni porque el Hitler político a fin de cuentas también resulta ser un fracasado —aunque a lo grande—, sino sobremodo porque su vida privada continúa siendo deleznable y de escasa sustancia durante la segunda etapa, la etapa pública, al tiempo que su vida política interior, a poco que la examinemos mas de cerca, presenta ya en las primeras décadas —insignificantes a los ojos del público— muchos aspectos insólitos que encierran el germen de todo lo que está por venir.

El corte que atraviesa la vida de Hitler no es un corte transversal sino longitudinal. No se trata de una dicotomía entre «debilidad y fracaso hasta 1919» y «fuerza y potencia desde 1920»; lo que hay es más bien, tanto antes como después, una extraordinaria intensidad en la vida y en las vivencias políticas que contrasta con una insólita pobreza en el ámbito personal. El oscuro bohemio de antes de la guerra ya vivía y sentía el devenir político de su tiempo como si fuese un político de primera fila; y el *Führer* y canciller del *Reich* siguió siendo, en su vida personal, un bohemio bien situado. El rasgo más significativo de esa vida es su unidimensionalidad.

Muchas biografías llevan por subtítulo, bajo el nombre del protagonista, las palabras «Su vida y su tiempo», aunque la «y» sea más disyuntiva que copulativa. Se alternan en ellas capítulos biográficos e históricos; la gran figura del individuo aparece retratada plásticamente ante el trasfondo plano de los acontecimientos de su época, sobresale a la vez que interviene en él. No tiene sentido escribir una biografía de Hitler de esta manera. Todo lo que cuenta en su vida se funde con la historia contemporánea, es historia contemporánea. El joven Hitler la convierte en objeto de reflexión; en la etapa intermedia sigue reflexionando sobre ella, pero ya influye en la misma; el Hitler tardío determina su curso. Primero la historia lo hace a él; luego él hace historia. Y es precisamente de esa relación de lo que merece la pena hablar. Aparte de eso, la vida de Hitler se reduce, básicamente, a una serie de pistas falsas, tanto antes como después. Abreviemos pues. Falta en esa vida —«antes» como «después»— todo lo que suele dar peso, calor y dignidad a una vida humana: la cultura, la profesión, el amor y la amistad, el matrimonio, la paternidad. Si dejamos a un lado la política y su pasión por ésta, es una vida sin contenido y, por tanto, carente de felicidad, pero peculiarmente ligera, liviana, fácil de tirar por la borda. En efecto, la permanente disposición al suicidio acompaña toda la carrera política de Hitler. Y, de hecho, es el suicidio el que rubrica, como algo natural, esa vida.

Sabido es que Hitler no contrajo matrimonio ni tuvo hijos^[1]. También el amor representó un papel insólitamente insignificante en su vida. Hay en ella algunas mujeres, pocas; les concedió escasa importancia y no las hizo felices. Eva Braun, dolida por su desatención y los agravios constantes («Sólo me necesita para ciertos menesteres»), intentó suicidarse en dos ocasiones; su antecesora, Geli Raubal, sobrina de Hitler, llegó a suicidarse de

verdad, probablemente por el mismo motivo. Lo cierto es que Hitler se encontraba de campaña electoral y la había dejado sola cuando ella, con su acto, logró obligarlo —y fue la única vez— a interrumpir lo que era más importante para él. Él le guardó luto y la sustituyó por otra. Esa turbia historia es lo que más se asemeja a un gran amor en su vida.

Hitler no tenía amigos. Le gustaba pasar horas y horas con auxiliares subalternos —conductores, guardaespaldas, secretarios— y llevar siempre la voz cantante. En compañía de esa «choferesca» solía relajarse. Rehusó la amistad propiamente dicha durante toda su vida. Sus relaciones con hombres como Göring, Goebbels o Himmler siempre fueron frías y distantes. A Röhm, el único de sus paladines con el que tenía una relación de tú a tú, lo mandó fusilar. Es cierto que lo hizo principalmente porque Röhm se había convertido en un factor políticamente incómodo. De todos modos, el tuteo no representó un obstáculo para que lo liquidara. Su aprensión general a la intimidad incluso hace sospechar que la apelación de Röhm a una amistad ya prescrita supuso más bien un motivo adicional para quitarlo de en medio.

Quedan la cultura y la profesión. Hitler nunca recibió una formación en toda regla; sólo cursó unos cuantos años de escuela secundaria, y obtuvo siempre malas notas. En sus años errantes leyó profusamente pero —según él mismo confesó— sólo retenía de sus lecturas lo que al fin y al cabo ya creía saber. En el campo político, Hitler tenía los conocimientos de un asiduo lector de prensa. Pero sólo era realmente versado en cuestiones militares o técnico-militares.

En este terreno, su experiencia práctica de soldado del frente lo capacitaba para asimilar con sentido crítico cuanto leía. Por extraño que parezca, esa experiencia del frente fue, probablemente,

la única vivencia decisiva para su formación. Por lo demás, siguió siendo durante toda su vida el típico hombre semiculto, una de esas personas que siempre lo saben todo y reparten medias verdades y pseudo-conocimientos, sobre todo ante un público absolutamente ignorante y por eso mismo fácil de impresionar. Las conversaciones de sobremesa en el cuartel general del *Führer* constituyen testimonios ilustrativos de su bochornosa incultura.

Por lo que respecta a una profesión, Hitler no sólo nunca la tuvo ni la buscó sino que incluso la rehuyó mientras estuvo a tiempo de adquirirla. Su reticencia a dedicarse a una profesión es un rasgo tan llamativo en él como su aprensión al matrimonio y a la intimidad. Tampoco se le puede calificar de político profesional. La política era su vida pero no su profesión. En los comienzos de su actividad política se definía, alternativamente, como pintor, escritor, comerciante o voceador; más tarde fue sencillamente el *Führer* y no tenía que rendir cuentas a nadie; primero sólo el *führer* ('dirigente') de un partido, al final el *Führer* por excelencia. El primer cargo político que asumió fue el de canciller del *Reich*; desde el punto de vista profesional fue un canciller muy peculiar, que se iba de viaje cuando se le antojaba, leía o no leía los expedientes, y convocaba reuniones de gabinete a intervalos irregulares—cosa que desde 1938 dejó de hacer—. Su manera de trabajar nunca fue la del máximo funcionario del Estado, sino la de un artista libre e independiente que espera el momento de la inspiración, holgazanea al parecer días y semanas enteras para luego, cuando el ingenio llama a su puerta, volcarse de repente en una actividad frenética. Fue en los cuatro últimos años de su vida, en su función de comandante militar en jefe, cuando desarrolló por primera vez una actividad regular. En esa época no podía faltar a las reuniones diarias del Estado Mayor. Y fue precisamente

entonces cuando los momentos de inspiración empezaron a escasear.

Se dirá que el vacío y la nimiedad de la vida privada no son características insólitas en hombres consagrados totalmente a una gran meta autoimpuesta, y entregados a la ambición de hacer historia. Es una idea equivocada. Hay cuatro hombres a quienes, por distintos motivos, se impone confrontar con Hitler, si bien éste no resiste la comparación con ninguno de ellos. Se trata de Napoleón, Bismarck, Lenin y Mao. Ninguno, ni siquiera Napoleón, fracasó en última instancia tan calamitosamente como Hitler; ésta es la razón principal —que aquí no interesa— por la que el personaje no da la talla. Es importante señalar que ninguno de ellos era, como lo fue Hitler, un hombre exclusivamente político y un cero a la izquierda en todos los demás terrenos. Los cuatro eran sumamente cultos y tenían una profesión en la que habían demostrado sus capacidades antes de «pasarse a la política» y entrar en la historia: general, diplomático, abogado y maestro, respectivamente. Los cuatro estaban casados, y sólo Lenin no llegó a tener hijos. Todos tuvieron su gran amor: Joséphine Beauharnais, Katharina Orlow, Inessa Armand, Chiang Ching. Es precisamente eso lo que hace humanos a estos grandes hombres; y sin su humanidad, faltaría algo a su grandeza. Y no es poca la que falta a Hitler.

Hay algo más que le falta y que debemos mencionar siquiera brevemente antes de pasar a lo que en realidad merece la atención en la vida de Hitler. Y es que en él no se produce un desarrollo ni una maduración del carácter y del fondo de su persona. Su carácter está definido desde muy pronto —o tal vez sería mejor decir *bloqueado*— y permanece asombrosamente invariable en el tiempo; no va incorporando elementos nuevos. No es un carácter envolvente. Le falta cualquier tipo de rasgo suave, agradable,

conciliador, a no ser que se quiera considerar rasgo conciliador su aprensión a relacionarse con la gente, peculiaridad que a veces parece timidez. Todas sus cualidades positivas —fuerza de voluntad, audacia, valentía, perseverancia— se sitúan en la vertiente «dura». Y aún más las negativas: ausencia de escrúpulos, deseo de venganza, deslealtad y crueldad. A esto se añade, y también desde el principio, una falta absoluta de capacidad de autocrítica. Hitler estuvo durante toda su vida extraordinariamente poseído de sí mismo y, desde su temprana edad hasta sus últimos días, fue proclive a sobrevalorarse. Stalin y Mao emplearon fríamente el culto a su persona como instrumento político sin que por ello se les subieran los humos. Hitler no sólo era el objeto del culto hitleriano, sino también su más temprano, más asiduo y más ferviente adorador.

Hasta aquí nos hemos ocupado de unos cuantos apuntes sobre la persona y la esmirriada vida privada de Hitler. Centrémonos ahora en su biografía política, que sí merece la atención y no carece, a diferencia de la semblanza personal, de evolución e intensificación. Comienza mucho antes de su primera comparecencia pública y se desarrolla en siete etapas o saltos evolutivos:

1. Temprana concentración en la política como sucedáneo de vida.
2. Primera acción política (todavía de carácter privado): su emigración de Austria a Alemania.
3. Decisión de consagrarse a la política.

4. Descubrimiento de sus capacidades hipnóticas como orador de masas.
5. Decisión de convertirse en el *Führer*.
6. Decisión de subordinar su calendario político a su esperanza de vida personal (que equivale, a la vez, a su decisión a favor de la guerra).
7. Decisión de suicidarse.

Las dos últimas decisiones se diferencian de las anteriores en que son tomadas en solitario. En todas las demás decisiones la parte subjetiva y la objetiva son indisolubles. Son decisiones de Hitler, pero en él y a través de él actúa siempre el espíritu o la atmósfera de la época como el viento que hincha las velas.

El despertar del apasionado interés por la política en el joven de dieciocho o diecinueve años que acaba de fracasar en sus ambiciones artísticas —pero que traslada su ambición a su nuevo foco de interés— respondía ya a la atmósfera de una época o era producto de la misma. La Europa anterior a la Primera Guerra Mundial estaba mucho más politizada que la actual. Era la Europa de las grandes potencias imperialistas, inmersas todas ellas en una rivalidad permanente, en una constante lucha por mejorar sus posiciones, y dispuestas a entrar en guerra en cualquier momento. Una constelación así resultaba emocionante para todo el mundo. Era también la Europa de los antagonismos de clase y de la prometida o temida revolución roja. También eso era emocionante. De una manera u otra, tanto en las tertulias burguesas como en las tabernas proletarias, la política siempre estaba en el candelero.

La vida privada, no sólo la de los obreros sino también la de los burgueses, era entonces mucho más estrecha y pobre que hoy en día. Al atardecer, sin embargo, cualquiera podía convertirse en león o águila de su país, en abanderado de un gran futuro para su clase. Hitler, que no tenía nada que hacer, lo era a tiempo completo. Hasta cierto punto, la política era entonces un sucedáneo de la vida para casi todo el mundo; para el joven Hitler lo fue al ciento por ciento.

El nacionalismo y el socialismo eran consignas poderosas, capaces de mover a las masas. ¿Qué fuerza explosiva liberarían si se lograba unirlos! Es posible, aunque no seguro, que al joven Hitler se le hubiera ocurrido ya esta idea. Más tarde escribiría que puso «los cimientos de granito» de su visión del mundo a los veinte años, en la Viena de finales de la primera década del siglo. Pero es discutible que a esta visión del mundo pueda atribuírsele justificadamente el nombre de nacionalsocialismo. La verdadera roca primitiva, lo más primigenio y más profundo de Hitler, que se configura ya en su época vienesa, no es, en todo caso, una fusión de nacionalismo y socialismo, sino una fusión de nacionalismo y antisemitismo. Y al parecer el antisemitismo fue lo primero. Hitler lo arrastra como una joroba congénita. Pero también su nacionalismo, un nacionalismo muy concreto, de cuño étnico (*völkisch*) y pangermánico, se engendra ya sin duda en el periodo vienés. Por el contrario, el socialismo es probablemente un ingrediente posterior.

El antisemitismo hitleriano no es sino una excrescencia de la Europa oriental. En la Europa occidental, y también en Alemania, el antisemitismo estaba en decadencia hacia principios del siglo; es más, se propugnaba la asimilación y la integración de los judíos, proceso que, entonces, se encontraba en pleno auge. Pero en la Europa del Este y Sudeste, donde muchos judíos vivían,

voluntaria o involuntariamente, como pueblo segregado en el seno de otro pueblo, el antisemitismo era (¿y es?) de naturaleza endémica y asesina: no buscaba la asimilación y la integración de los judíos, sino su expulsión y exterminio. Tal antisemitismo asesino, que no concede ninguna salida a los judíos, llegaba hasta las entrañas de Viena, en cuyo tercer distrito comienzan los Balcanes, según el famoso dicho de Metternich; y fue allí donde lo pescó el joven Hitler. No sabemos cómo. No consta que sufriera ninguna experiencia personal desagradable; él mismo nunca declaró nada que apuntara en ese sentido. Según expone en *Mi lucha*, la observación de que los judíos eran diferentes bastaba para concluir que había que «quitarlos de en medio». Más adelante dedicaremos un capítulo a analizar cómo Hitler racionalizó posteriormente esa conclusión, y otro a la descripción de su puesta en práctica. Al principio, el antisemitismo asesino de corte europeo oriental que tan hondo y firme había calado en el joven Hitler, no tuvo consecuencias prácticas, ni siquiera en su propia y oscura vida.

No cabe decir lo mismo de su nacionalismo pangermánico, el otro producto de sus años vieneses. Fue éste, en 1913, el origen de la primera decisión política de su vida: la determinación de emigrar a Alemania.

El joven Hitler era un austríaco que no se sentía austríaco sino alemán, un alemán desheredado, dejado en la estacada, injustificadamente excluido de la fundación del *Reich* y del *Reich* mismo. Compartía así los sentimientos de muchos germano-austríacos de su tiempo. Con la gran Alemania a sus espaldas, los alemanes del Imperio austrohúngaro habían dominado e impuesto su sello a un Estado multiétnico. Pero en 1866 perdieron su influencia sobre Alemania y se convirtieron en minoría dentro de su propio Imperio, indefensos ante el nacionalismo emergente de los

pueblos eslavos —que se consideraban a sí mismos como austríacos forzosos— y condenados a ejercer una supremacía (compartida con los húngaros a partir de 1867) para cuyo mantenimiento su fuerza y su número eran ya insuficientes. De una situación tan precaria se podían sacar las más diversas conclusiones. El joven Hitler, sumamente proclive a extraer conclusiones, no tardó en sacar la más radical: Austria debía desaparecer, pero de su desaparición había de emerger un gran Imperio alemán que abarcara de nuevo a todos los austríacos alemanes y volviera a dominar, con su peso, a los pequeños Estados que compartiesen esa herencia. En su fuero interno ya no se sentía un súbdito de la monarquía habsburguesa, sino un ciudadano de ese futuro Gran Imperio Alemán, y de ello extrajo también conclusiones para sí mismo, y de nuevo las más radicales: en la primavera de 1913 emigraría a Alemania.

Hoy sabemos que Hitler se marchó de Viena a Múnich para sustraerse al servicio militar austríaco. Que no se fue por cobardía ni para escabullirse lo demostró cuando, al estallar la guerra de 1914, se alistó voluntario; pero lo hizo en el ejército alemán y no en el austríaco. La guerra ya se veía venir en 1913, y Hitler no estaba dispuesto a luchar por una causa de la que se había apartado interiormente, ni por un Estado que consideraba acabado. Entonces estaba aún muy lejos de querer dedicarse a la política —¿cómo habría podido hacerlo en el Imperio alemán del *Kaiser* siendo como era un extranjero sin oficio?—, pero lo cierto es que ya actuaba a partir de una conciencia política.

Durante la guerra, Hitler se sentía políticamente feliz. Sólo su antisemitismo quedaba insatisfecho; si por él hubiera sido, habría utilizado la guerra para erradicar del Imperio el «internacionalismo» —palabra que escribía con una falta de ortografía y con la que aludía a los judíos—. Por lo demás, durante cuatro años todo

marchó sobre ruedas: las victorias se sucedían, y sólo había derrotas en el bando austríaco. «Con Austria pasará lo que yo siempre he dicho», escribió, sabihondo, desde el frente a unos conocidos muniqueses.

Abordemos ahora su decisión de dedicarse a la política, una de las muchas decisiones que calificaría como «la más difícil de mi vida». El hecho objetivo que la hizo posible fue la Revolución de 1918. En el Imperio del *Kaiser* un extranjero de la categoría social de Hitler no habría podido plantearse siquiera una actividad política, a no ser que hubiera actuado desde las filas del SPD, partido en el que no encajaba y que constituía un callejón sin salida en cuanto a influencia real sobre la política estatal. Hasta el estallido de la Revolución el camino hacia el poder no quedaría despejado para los partidos políticos; una revolución que, por otra parte, sacudió el tradicional sistema partidario de tal manera que hasta los nuevos partidos llegaron a tener una oportunidad —entre 1918 y 1919 se produjo una verdadera explosión de nuevas formaciones—. Tampoco la ciudadanía austríaca de Hitler suponía ya un obstáculo para que participara de forma activa en la política alemana. Desde 1918 la anexión de *Deutschösterreich* (Austria alemana), como se llamaba a este país por entonces, aunque prohibida por las potencias vencedoras, era fervorosamente anhelada y psicológicamente consumada en ambos lados de la frontera, de modo que un austríaco residente en Alemania apenas era considerado ya un súbdito extranjero. Y para un político alemán tampoco existían barreras sociales de ningún tipo tras una revolución que había eliminado el poder de los príncipes y los privilegios de la nobleza.

Si hacemos hincapié en este factor es porque suele pasarse por alto una y otra vez. Es sabido que Hitler se introdujo en la política como enemigo declarado de la Revolución de 1918, del «crimen

de noviembre», y por eso se resiste a ser identificado como su producto. Pero objetivamente lo fue, al igual que Napoleón fue un producto de la Revolución francesa, a la que, de hecho, logró superar. Uno y otro serían impensables sin las respectivas revoluciones precedentes. En efecto, ninguno de los dos restableció nada de lo que éstas habían abolido. Fueron sus enemigos, pero asumieron su herencia.

También subjetivamente la Revolución de noviembre impulsó a Hitler a tomar la decisión de hacerse político —y en este caso podemos creerle—, aunque no la materializara hasta el otoño de 1919. Esta revolución fue algo así como una experiencia iniciática. «Nunca más debe repetirse ni se repetirá en Alemania el noviembre de 1918», dice tras muchas elucubraciones y especulaciones, enunciando así su primer *propósito* político, la primera meta concreta que se fijó el joven político de ámbito privado —y la única meta, por cierto, que habría de alcanzar—. La Segunda Guerra Mundial no tuvo, en efecto, un noviembre de 1918: no se produjo la oportuna interrupción de una guerra que se estaba perdiendo, ni tampoco hubo revolución. Hitler supo impedir ambas cosas.

Tratemos de ver con claridad todo lo que encerraba ese «nunca más un noviembre de 1918». Son muchas cosas. Primero, el propósito de imposibilitar una futura revolución en una situación semejante a la del noviembre de 1918. Segundo, pues de otro modo lo primero quedaría en el aire, el de restablecer esa situación. Y ello significaba —tercero— retomar la guerra perdida o dada por perdida. Así que —cuarto— había que reanudar la guerra en unas condiciones internas libres de fuerzas potencialmente revolucionarias. De ahí al quinto propósito sólo mediaba un paso. Había que abolir todos los partidos de izquierda, y puestos a hacerlo, ¿por qué no abolir de una vez todos los demás partidos?

Pero como no se podía abolir lo que había detrás de los partidos de izquierda, a saber, el colectivo obrero, había que atraer a los trabajadores hacia el nacionalismo, y esto significaba —sexto— que era preciso ofrecerles socialismo, por lo menos una *especie* de socialismo, es decir, un nacionalsocialismo. Sin embargo, era necesario erradicar —séptimo— la creencia a la que éstos se habían adherido hasta el momento, el marxismo, y eso significaba —octavo— la aniquilación física de los políticos e intelectuales marxistas, entre los cuales figuraba, gracias a Dios, un gran número de judíos, de modo que —novenos, y ésta era la aspiración más antigua de Hitler— se podía exterminar de una vez por todas a los judíos.

Se observa, pues, que el programa de política interior de Hitler está casi completo en el momento en que este aparece en la escena pública. De hecho, entre noviembre de 1918 y octubre de 1919, cuando entró en la política, tuvo tiempo suficiente para hacerse su composición de lugar. Y hay que admitir que no le faltaba talento para ello ni para extraer las consecuencias subsiguientes. Ese talento no le había faltado tampoco en su juventud vienesa, como tampoco carecía de valor para materializar radicalmente las consecuencias teóricas a las que tan radicalmente había llegado. Pero también es importante observar que todo su edificio teórico descansaba sobre una equivocación: la de creer que la Revolución había sido la causa de la derrota cuando en realidad fue su consecuencia. Se trataba de una equivocación que Hitler compartía con muchos alemanes.

La experiencia iniciática de 1918 no desembocó todavía en un programa de política exterior, cuyos principios iría elaborando en los seis o siete años sucesivos. Aprovecharemos esta alusión para despacharlos de una vez.

Al principio sólo existía la determinación de reanudar a toda costa la guerra abortada —abortada prematuramente, en opinión de Hitler—. Luego concibió la idea de plantear esa nueva guerra no sólo como repetición de la vieja contienda sino en un contexto de alianzas nuevas y más favorables, aprovechando los antagonismos que antes y después de la Primera Guerra Mundial habían hecho que la coalición enemiga reventara. Dejaremos aquí de lado las fases en las que fue cuajando esa idea y las diferentes posibilidades que Hitler barajó entre los años 1920-1925, pues esta cuestión ha sido ya desarrollada en otros libros. El resultado final, consignado en *Mi lucha*, preveía, en resumidas cuentas, que Inglaterra e Italia serían sus aliados o actuarían como neutrales benévolos, los Estados sucesores de la monarquía austrohúngara y Polonia se verían sometidos a la condición de pueblos de siervos, Francia no sería sino un enemigo secundario al que eliminar cuanto antes, y que Rusia, el principal enemigo, debería ser conquistado y sojuzgado a perpetuidad a fin de convertirlo en espacio vital (*Lebensraum*) para los alemanes, en «la India alemana». Se trata del plan que subyacía en la idea de la Segunda Guerra Mundial y que desde un comienzo estaba destinado al fracaso, ya que Inglaterra y Polonia no asumieron los papeles que Hitler les había asignado. Volveremos a ello más adelante.

Estamos ahora en el otoño de 1919 y en el invierno de 1919-1920, momento en que Hitler entra en política y sale a la palestra pública. Es entonces cuando, tras la experiencia iniciática de noviembre de 1918, conoce por primera vez la experiencia del triunfo. Ésta no consistió tanto en su rápida ascensión en el Partido Obrero Alemán —que no tardaría en rebautizar con el nombre de Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) y que, cuando él ingresó en sus filas, no era más que un turbio conciliábulo de trastienda con algunos cientos de miembros poco

importantes—, sino en el descubrimiento de su propia fuerza oratoria. Tal descubrimiento tiene una techa exacta, a saber, el 24 de febrero de 1920, Hitler pronunció con éxito contundente su primer discurso ante las masas.

Conocida es la capacidad de Hitler de transformar a las multitudes más variopintas —cuanto más grandes y heterogéneas mejor— en una masa homogénea y moldeable, de sumirlas primero en una especie de trance para luego proporcionarles algo parecido a un orgasmo colectivo. Tal capacidad no se basaba propiamente en un arte retórico —sus discursos comenzaban lenta y entrecortadamente, carecían de estructura lógica y a veces también de un contenido claro; además los pronunciaba con una voz gutural ronca y áspera—, sino en una habilidad *hipnótica*: el talento propio de una voluntad reconcentrada y orientada a apoderarse por completo del subconsciente colectivo que se prestara a ello. Este efecto hipnotizador sobre las masas fue la primera, y durante mucho tiempo la única, baza de Hitler. De su fuerza dan fe las innumerables personas que sucumbieron a su poder.

Aún más importante que el efecto sobre las masas fue la repercusión que esa experiencia tuvo sobre el mismo Hitler. Sólo podemos entenderla si nos imaginamos lo que debió de significar para un hombre que tenía motivos para considerarse impotente, el hecho de verse, de súbito, en condiciones de obrar verdaderos milagros de potencia. Ya en el pasado, con sus camaradas de guerra, Hitler solía abandonar en ocasiones su habitual mutismo para prorrumpir en una frenética verborrea hasta perder los estribos cuando se planteaban los temas que lo hacían vibrar de verdad: la política y los judíos. Entonces sus exabruptos sólo causaban extrañeza y le valieron la fama de «chalado». Ahora el «chalado» se veía de repente convertido en dominador de masas, en «tambor», en «rey de Múnich». La muda y amarga soberbia

del genio ignorado se trocó así en la embriaguez de seguridad y aplomo del triunfador.

Hitler sabía ahora que poseía una capacidad única. También sabía exactamente lo que quería, por lo menos en el terreno de la política interior; y por fuerza tuvo que advertir que ninguno de los demás políticos de la derecha —actores inicialmente mucho más renombrados en un escenario donde él se convertiría durante los próximos años en una gran figura— sabía muy bien lo que quería. Una y otra cosa debieron de darle una sensación de singularidad, para la que desde siempre había tenido cierta predisposición, precisamente por su condición de fracasado y «genio ignorado». De ahí nació poco a poco la que sería sin duda la determinación más importante y revolucionaria de su vida política: llegar a ser el *Führer*.

Esta determinación no tiene fecha ni es fruto de un acontecimiento concreto. Podemos estar seguros de que no existió en los primeros años de su carrera política. Por entonces, Hitler aún se contentaba con ser el propagandista, el «tambor» de un movimiento propulsor del despertar nacional. Sentía todavía respeto por los grandes hombres del Imperio del *Kaiser* venidos a menos, que se congregaban en Múnich para urdir toda clase de planes golpistas; en especial, por el general Ludendorff, que durante los dos últimos años de la guerra había sido el cerebro de las operaciones bélicas alemanas y que era ahora la figura central de todos los movimientos subversivos de signo derechista.

Ese respeto desapareció a medida que fue conociéndolos mejor. A su certidumbre de dominar a las masas como nadie se sumó poco a poco la sensación de superioridad política e intelectual sobre cualquiera de sus rivales potenciales. Además, en algún momento debió de ver con claridad —cosa nada obvia— que esa rivalidad no giraba sólo en torno al reparto de cargos y al orden

jerárquico en un futuro gobierno de derechas, sino que estaba en juego algo sin precedentes: la posición de un dictador todopoderoso e indelible, libre de las ataduras de una constitución o división de poderes, desligado de toda forma de dirección colegiada.

Es aquí donde se hace patente el vacío dejado por la desaparecida y ya insostenible monarquía, que la República de Weimar no logró colmar, pues no contaba ni con la aceptación de los revolucionarios del noviembre de 1918 ni con la de sus adversarios. Siempre fue, como dice el famoso tópico, una «república sin republicanos». En los primeros años veinte empieza a respirarse una atmósfera en la que, en palabras de Jakob Burckhardt, «se torna irresistible la nostalgia de algo análogo a los poderes de antaño» y que «prepara el terreno para aquel *único hombre*». Una gran parte de la nación añoraba a «*aquel único hombre*» no sólo para tener un sustituto del *Kaiser* sino también por otra razón: el resentimiento por la guerra perdida y el rencor impotente contra un tratado de paz impuesto y sentido como una afrenta. El poeta Stefan George dio palabras a un sentimiento muy difundido cuando en 1921 vaticinaba una época que «engendra al hombre, al único que ayuda», y a la vez le indicaba lo que debía hacer:

*«Rompe las cadenas, arroja el orden a las
escombreras,
fustiga a los descarriados al redil
del derecho eterno, donde lo grande torna a ser
grande;
el señor, señor; la disciplina, disciplina; fija
el símbolo verdadero en la enseña nacional,
conduce a través de las tempestades y los signos
atroces*

*en la aurora a sus leales hacia la obra
del nuevo día, y planta el Nuevo Imperio».*

Parece una alusión a Hitler. Incluso el «símbolo verdadero», la esvástica, engalanaba (aunque sin connotaciones antisemitas) desde hacía décadas los libros de George. Y otro verso de George, del año 1907, parece una temprana visión anunciadora de Hitler^[2]. *«El hombre, la acción! Anhelos son del pueblo y su sanedrín. No esperéis que sea quien a vuestras mesas se sentaba! Quizás quien durante años estuvo entre vuestros asesinos, durmiendo en vuestras celdas, quizás ése se levante y sea quien ejecute la acción.»*

Es poco probable que Hitler conociera los versos de George, pero seguro que era consciente del sentimiento generalizado que reflejaban y al que él no había permanecido ajeno. No obstante, la determinación de convertirse en «el hombre» que todos aguardaban y del que esperaban milagros requería, sin duda alguna, un coraje que por entonces nadie tenía salvo él. El primer volumen de *Mi lucha*, dictado en 1924, da fe de esta determinación, ya plenamente madurada y oficializada por primera vez cuando, en 1925, refunda el partido. En el nuevo NSDAP había, desde el principio y para siempre, una *única* voluntad: la del *Führer*. Que la determinación de llegar a ser el *Führer* adquiriera más tarde una dimensión mucho mayor representa en el desarrollo político y personal de Hitler un salto menor que el de aventurarse a serlo.

Entre ambas decisiones transcurrieron, según el cálculo que se aplique, seis, nueve o incluso diez años, pues la omnipotencia plena de un *Führer* a quien nadie puede pedir cuentas no la alcanzaría hasta la muerte de Hindenburg en 1934. Tenía entonces

cuarenta y cinco años, así que debía plantearse hasta qué punto iba a poder realizar, el programa de política interior y exterior en lo que le quedaba de vida. A esta pregunta respondió con la más insólita —y todavía hoy no lo suficientemente conocida— de sus decisiones políticas y la primera que mantuvo en un secreto absoluto: **Íba a realizar el programa entero!** Esa respuesta implicaba una monstruosidad, a saber: la subordinación de su política y calendario político a la presumible duración de su vida terrenal.

Es, en el sentido cabal de la palabra, una decisión sin precedentes. Pensemos que los seres humanos son efímeros, mientras que los Estados y los pueblos son longevos. No sólo todas las constituciones, tanto republicanas como monárquicas, se asientan naturalmente sobre este axioma, sino que también los «grandes hombres» que quieren «hacer historia» actúan de acuerdo al mismo, tanto si es la inteligencia la que los guía como si es el instinto. De hecho, ninguno de los cuatro políticos con los que antes hemos comparado a Hitler postulaba o practicaba su propia insustituibilidad. Bismarck se fabricó un cargo poderoso pero claramente acotado en el seno de un sistema constitucional concebido con carácter duradero, y cuando se vio obligado a abandonarlo, lo hizo a regañadientes, pero obedeció; Napoleón trató de fundar una dinastía; Lenin y Mao organizaron los partidos que ellos mismos habían creado sin olvidar su carácter de vivero de los que habrían de salir sus sucesores; y en efecto, esos partidos, no sin atravesar sangrientas crisis, produjeron delfines aptos y supieron eliminar a los ineptos.

Nada de eso se da en Hitler. De forma consciente, todo lo orienta hacia su insustituibilidad, hacia un eterno «yo o el caos», y casi diríamos, hacia un «después de mí, el diluvio»; No hubo constitución, ni dinastía —ciertamente anacrónica pero también imposible por la aversión que Hitler sentía hacia el matrimonio y por

su falta de descendientes—, ni siquiera un partido capaz de vertebrar el Estado, generar líderes y perdurar en el tiempo. El partido fue para Hitler un mero instrumento para hacerse con el poder; nunca tuvo un comité ejecutivo, ni permitió que surgieran en él príncipes herederos. Se negó a pensar más allá de su propia vida y prever lo necesario. Todo había de pasar por él.

De este modo se autoimpuso una premura que necesariamente había de llevarlo a decisiones precipitadas y erróneas. En efecto, toda política que no se basa en unas circunstancias y posibilidades concretas sino en la duración de la vida de una sola persona es errónea. Y la decisión de Hitler venía a significar justamente eso. Significaba, sobre todo, que la gran guerra por el espacio vital que se había propuesto tenía que hacerla él mismo y, por fuerza, durante los años que le quedaban de vida. Naturalmente, nunca se refirió a ello públicamente. Los alemanes sin duda se habrían llevado un buen susto si lo hubiera hecho. Pero en los dictados a Bormann de febrero de 1945, lo reconoce todo sin tapujos. Después de lamentarse de haber comenzado la guerra con un año de retraso, esto es, en 1939 en lugar de 1938 («pero no pude hacer nada, puesto que los ingleses y los franceses aceptaron en Múnich todas mis reivindicaciones»), prosigue: «Lo peor es que lo tengo que consumir todo en el breve lapso de una vida humana... Mientras los demás disponen de una eternidad, yo sólo tengo unos cuantos míseros años. Los otros saben que tendrán sucesores...». Sin embargo, fue él mismo quien se encargó de no tenerlos.

También en 1939, cuando estalló la guerra, dejó entrever en algunas ocasiones —aunque nunca en público— que estaba resuelto a incorporar y subordinar la historia de Alemania a su biografía personal. «Tengo cincuenta años, y prefiero que la guerra sea ahora y no cuando cumpla cincuenta y cinco o sesenta», le dijo al ministro rumano de Asuntos Exteriores Gafencu cuando

éste visitó Berlín en la primavera de 1939. Y el 22 de agosto justificó ante sus generales su «decisión irrevocable de hacer la guerra» señalando entre otras razones «el rango de mi personalidad y la autoridad sin parangón de la misma», de la que más tarde tal vez no se dispondría: «Nadie sabe cuánto tiempo me queda de vida». Y unos meses después, el 23 de noviembre, empujando a esos mismos generales a acelerar los planes de la ofensiva en el oeste: «Como último factor tengo que señalar, con toda modestia, que mi propia persona es insustituible. No hay autoridad militar ni personalidad civil que pudiera sustituirme. Los intentos de atentado pueden repetirse... El destino del *Reich* sólo depende de mí. Actuaré en consecuencia».

Se trata pues, en último término, de la determinación de subordinar la historia a la autobiografía, de someter el destino de un Estado o un pueblo a la propia trayectoria vital; constituye un proyecto tan perverso y desorbitado que le quita a uno el aliento. No se puede precisar en qué momento esta idea se apoderó de Hitler. Pero sus gérmenes se hallan ya en el concepto de *Führer* que había cuajado a mediados de los años veinte: de la irresponsabilidad absoluta de éste a su total insustituibilidad no media más que un paso. Sin embargo, hay indicios que hacen sospechar que Hitler no dio ese paso —que fue a la vez el paso decisivo hacia la guerra—, hasta la segunda mitad de los años treinta. La primera referencia documentada es la conversación secreta del 5 de noviembre de 1937, recogida en el denominado Protocolo Hossbach, en la que por primera vez insinuó, vagamente, su proyecto bélico ante sus más altos ministros y militares, provocándoles a la sazón un susto en toda regla. Tuvieron que darse los asombrosos y, para el propio Hitler, inesperados éxitos de sus primeros años de gobierno para que la confianza en sí mismo se acrecentara hasta rayar en la superstición y se sintiera poco

menos que un elegido, con derecho no sólo a identificarse con Alemania sino a incorporar y subordinar la vida y muerte de Alemania a su propia vida y muerte («El destino del *Reich* sólo depende de mí»). Y fue eso mismo lo que finalmente hizo.

Lo cierto es que vida y muerte estaban muy próximas en Hitler. Sabemos que terminó suicidándose, y ese suicidio no llegó de buenas a primeras. En efecto, en sus fracasos siempre tuvo presente esa salida, y su disposición permanente a tirar esa vida de la que al mismo tiempo hacía depender el destino de Alemania es el remate —nunca mejor dicho— de su filosofía. Frustrada la intentona de Múnich de 1923, manifestó ante Ernst Hanfstaengl, en cuya casa se había refugiado, que acabaría con su vida pegándose un tiro, y a su anfitrión le costó Dios y ayuda hacerle desistir de su propósito. En una crisis posterior, en diciembre de 1932, cuando el partido amenazaba con escindirse, le dijo a Goebbels, que así lo testimonió: «Si el partido se divide, cojo la pistola y en cinco minutos todo se ha acabado».

A la vista de su suicidio real el 30 de abril de 1945, tales declaraciones no se pueden tachar de mera palabrería. Es muy reveladora la referencia a los «cinco minutos» que aparece en la frase transmitida por Goebbels. En declaraciones posteriores que incidieron en una y otra vez en lo mismo, los minutos se convierten en segundos y, finalmente, incluso en «fracción de segundo». Parece que Hitler estuvo toda su vida pensando en el poco tiempo que se necesitaba para realizar un suicidio y lo fácil que por tanto resultaba consumarlo. Después de Stalingrado desahogó muy expresivamente su decepción al saber que el mariscal Paulus, en lugar de suicidarse, se había entregado a los rusos: «El hombre tenía que haberse pegado un tiro, debía haber tomado ejemplo de los caudillos de antes, que se clavaban la espada cuando veían que su causa estaba perdida... ¿Cómo se puede tener miedo a ese segundo

en que uno puede liberarse de la pesadumbre, cuando el deber ya no te retiene en este valle de lágrimas! «Hay que ver!». Y después del atentado del 20 de julio: «Si se hubiera acabado con mi vida, yo, por mi parte, me habría visto liberado de preocupaciones, de noches en vela y de una grave afección nerviosa. Sólo es una fracción de segundo y uno se libera de todo eso, recupera la tranquilidad y consigue la paz eterna».

Por consiguiente, el suicidio de Hitler, cuando se produjo, apenas causó sorpresa; fue registrado como algo natural, y no porque tras una guerra perdida el suicidio de los responsables se tome por un hecho natural; en realidad no lo es en absoluto, es más: ocurre muy raras veces. Si el de Hitler se dio por descontado fue porque, retrospectivamente, toda su vida parecía estar abocada de antemano al suicidio. La vida privada de Hitler había sido demasiado vacía como para merecer su continuidad en la desgracia; y su vida política fue, prácticamente desde el comienzo, una apuesta a todo o nada. Cuándo le tocó la nada, el suicidio se produjo casi por sí solo. La valentía específica que se necesita para perpetrarlo nunca le había faltado, y si la gente se hubiese preguntado si Hitler era capaz de hacerlo, la respuesta siempre habría sido afirmativa. Curiosamente, nadie tomó a mal su suicidio. Pareció del todo natural.

Lo que sí pareció antinatural además de una embarazosa falta de buen gusto fue el hecho de que arrastrara a la muerte a su amante, que en vida le había importado poco, y que se casara con ella en secreto veinticuatro horas antes del final común. Un acto peripatético, gazmoño y que anulaba el efecto buscado. Y una cosa que sólo se sabría mucho después —hay que decir que para gran suerte suya, pues la gente lo habría tomado pero que *muy* mal, y con razón— fue que también intentó arrastrar consigo a Alemania, o lo que quedaba de ella. De esto y de su relación con

Alemania en general, tratará el último capítulo, titulado «Traición».

Por lo pronto, vamos a examinar más de cerca sus extraordinarios logros y los éxitos que tanto asombraron a sus contemporáneos. Que los hubo, nadie puede negarlo.

Logros

En los seis primeros de los doce años que duró su régimen, Hitler sorprendió a tirios y troyanos con una serie de logros de los que casi nadie lo había creído capaz. Son estos logros los que desconcertaron y desarmaron interiormente a sus adversarios —en 1933, todavía la mayoría de los alemanes— y los que hoy en día siguen otorgándole cierto prestigio en algunos sectores de las viejas generaciones.

Hasta entonces Hitler sólo había tenido fama de demagogo. Sus logros como orador e hipnotizador de masas, en cambio, siempre habían sido innegables, y durante los años de crisis creciente de 1930-1932 fueron convirtiéndolo en un cada vez más serio aspirante al poder. Pero prácticamente nadie esperaba que, una vez lo hubiera alcanzado, resultara ser un gobernante eficaz. Gobernar, se decía, es una cosa muy distinta a pronunciar discursos. Además era sabido que Hitler nunca hacía propuestas concretas sobre cómo combatir la crisis económica y el desempleo —los problemas más acuciantes por entonces— y que en los discursos se limitaba a increpar sin medida a los políticos en el gobierno, a reclamar todo el poder para sí mismo y su partido y a prometer el oro y el moro a los descontentos de todos los bandos, sin preocuparse por incurrir en contradicciones. Tucholsky prestó voz a lo que muchos pensaban cuando escribió: «Ese hombre no existe; no es más que el ruido que provoca». Así, el golpe psicológico

fue aún mayor cuando ese hombre resultó ser, tras 1933, un hacedor sobremano energético, ingenioso y eficiente.

Sin embargo, aparte de su capacidad oratoria, hay otra cosa que los observadores y críticos de Hitler deberían haber notado ya antes de 1933 si hubiesen estado más atentos. Nos referimos a su talento organizador, o más exactamente, a su capacidad de crear y dominar potentes y eficaces aparatos de poder. El NSDAP de los últimos años veinte fue una creación exclusiva de Hitler; como organización ya era superior a cualquier otro partido cuando comenzó a atraer, en los primeros años treinta, a masas de votantes potenciales. Incluso hizo sombra a la tradicional y famosa organización del SPD; mucho más que este último en tiempos del *Kaiser*, era un estado dentro del Estado, un contraestado en miniatura. Y a diferencia del SPD, que pronto se volvió plúmbeo y autosuficiente, el NSDAP de Hitler poseía, desde los comienzos, una dinámica fuera de lo común. Obedecía a una *única* voluntad dominante (la extraordinaria capacidad de Hitler de neutralizar o eliminar en cualquier momento a rivales y opositores dentro del partido era otro rasgo premonitorio que un observador perspicaz podría haber notado ya en los años veinte) y estaba imbuido, hasta en sus más pequeñas células, de un celo luchador que lo convertía en una auténtica apisonadora electoral sin precedentes en Alemania. Asimismo, la segunda organización creada por Hitler en los años veinte, el ejército paramilitar de las SA, hacía parecer a todas las demás organizaciones políticas de choque —el grupo nacionalgermánico *Stahlhelm* (Casco de Acero), el socialdemócrata *Reichsbanner* (Pendón del Imperio), e incluso el comunista *Roter Frontkämpferbund* (Alianza Roja de Combatientes del Frente)— inoperantes tertulias de pequeño-burgueses. A todas ellas las superaba con creces en ansias de lucha y bravura,

y por supuesto también en brutalidad y afán asesino. Eran las SA, y sólo éstas, las que causaban verdadero temor. Fue este miedo, atizado premeditadamente por Hitler, el que hizo que el terror y las constantes violaciones de la ley que desde marzo de 1933 acompañarían su toma de poder provocaran tan poca indignación como escasa voluntad de resistencia. Hacía tiempo que presagiaban cosas peores. De hecho, las SA habían anunciado durante un año entero y con sanguinario placer anticipado una «noche de los cuchillos largos». Al final, ésta no llegó a producirse. Sólo hubo asesinatos esporádicos, secretos y pronto reprimidos —aunque nunca castigados— de unos pocos adversarios particularmente odiados. El mismo Hitler había anunciado con solemnidad (bajo juramento y como testigo ante el Tribunal del *Reich*) que cuando asumiera el poder rodarían cabezas: las de los «criminales del noviembre de 1918». Después casi hubo cierto alivio al comprobar que, en la primavera y el verano de 1933, los veteranos de la Revolución de 1918 y las figuras prominentes de la República «sólo» eran internados en campos de concentración. No obstante, aunque sufrían brutales maltratos y estaban expuestos a un permanente peligro de muerte, tarde o temprano eran puestos en libertad. Y hubo algunos a quienes las nuevas autoridades ni siquiera los molestaron. Todo el mundo estaba mentalmente preparado para pogromos, pero sólo hubo un boicot, más bien simbólico y sin derramamiento de sangre, de los negocios judíos el primero de abril de 1933 y que duró un día. En definitiva, la situación era grave, si bien un poco menos grave de lo que habían hecho temer las amenazas. Y aquellos que —con razón, como se vería más tarde— decían que eso sólo era el comienzo, fueron aparentemente desmentidos cuando en el transcurso de los años 1933 y 1934 el terror empezó a remitir poco a poco para

dar paso, entre 1935 y 1937 —los «buenos» años nazis—, a una cierta normalidad, sólo ligeramente enturbiada por la persistencia de los campos de concentración, aunque entonces con menos reclusos que en el pasado. Quienes decían que se trataba de «fenómenos lamentables pero transitorios» parecían en ese momento tener la razón de su lado.

En suma, hay que considerar un prodigio de la psicología la maestría con la que Hitler maneja y dosifica el terror durante los primeros seis años: al principio hace cundir el miedo con amenazas tremendas, después aplica medidas de terror que, aunque graves, se quedan por debajo de las amenazas lanzadas previamente, luego pasa poco a poco a una cuasi normalidad, pero sin renunciar a cierto terror de fondo. Tal estrategia proporciona el grado justo de intimidación a aquellos que al principio adoptan una actitud de rechazo o espera —es decir, la mayoría de los alemanes—, sin empujarlos a una resistencia desesperada y, lo que es más importante aún, impidiendo que pierdan de vista aquellas actuaciones del régimen consideradas más bien positivas.

Entre estas actuaciones positivas hay que mencionar, en primer lugar, su «milagro económico», que eclipsa todo lo demás. La expresión, que entonces aún no existía, se acuñó para denominar el fenómeno sorprendentemente rápido de la reconstrucción y la reactivación económica que Alemania experimentó después de la Segunda Guerra Mundial bajo la batuta del entonces ministro de Economía Erhard. De hecho, la expresión se ajusta mucho más a lo que sucedió a mediados de los años treinta en la Alemania de Hitler, época en que la gente vivía intensa y profundamente la sensación de que se había producido un auténtico milagro y de que Hitler, el hombre que lo había hecho posible, era un milagrero.

Cuando en enero de 1933 Hitler se convirtió en canciller del *Reich* había en Alemania seis millones de parados. Apenas tres años después, en 1936, había empleo para todo el mundo. La escasez y la miseria que afectaban a las masas se habían trocado en un bienestar modesto pero generalizado. Y casi tan importante como eso era que la desazón y la desesperanza habían cedido el terreno al optimismo y la autoconfianza. Y, más milagroso aún, el paso de la depresión a la bonanza económica se había logrado sin inflación, con salarios y precios absolutamente estables. Ni Ludwig Erhard iba a lograr tamaña proeza.

La grata admiración con que los alemanes reaccionaron ante ese milagro desborda lo imaginable, y, después de 1933, los obreros desertaron en desbandada de las filas del SPD y del KPD para pasarse al bando de Hitler. Entre 1936 y 1938, tal admiración dominaba absolutamente el sentir de las masas que todo el que seguía rechazando a Hitler era tachado de criticón inveterado. «El hombre tendrá sus defectos, pero nos ha dado pan y trabajo», decían en aquellos años millones de antiguos votantes del SPD y del KPD, que todavía en 1933 formaban la gran masa de los que se oponían a Hitler.

¿Podemos considerar realmente el milagro económico alemán de los años treinta un logro de Hitler? Pese a ciertas objeciones, hay que responder afirmativamente a esta pregunta. No cabe duda de que Hitler era un lego en economía y política económica; la mayoría de las ideas con las que puso en marcha el milagro económico no provenían de él, y en especial la temeraria acrobacia financiera de la que dependía todo fue, a todas luces, obra de otro hombre, Hjalmar Schacht, su mago de las finanzas. Pero fue Hitler quien primero colocó a Schacht a la cabeza del *Reichsbank* y luego a la del Ministerio de Economía, y quien lo dejó hacer y

deshacer a su antojo. Y fue también Hitler quien consintió que Schacht sacara del cajón todos los planes de reactivación —que ya existían antes de su llegada al poder, pero que no se habían puesto en práctica por toda clase de reservas, sobre todo de índole financiera—, desde los bonos fiscales hasta las letras Mefo, desde el servicio de trabajo hasta las autopistas. Hitler no era ciertamente un experto en política económica y jamás habría soñado que la crisis económica le haría de puente para llegar al poder, como tampoco debió de imaginar que su cometido sería solucionar el paro masivo. No eran tareas para él; en sus planes y en su ideario político lo económico apenas es contemplado hasta 1933. Pero poseía suficiente instinto político como para comprender que eso era lo primordial en aquel momento, y, sorprendentemente, también tenía bastante instinto político-económico para captar —a diferencia del desastroso Brüning, por ejemplo— que la expansión económica era, en esas circunstancias, más importante que la estabilidad presupuestaria y monetaria.

Además hay que decir que, a diferencia de sus antecesores, tenía el poder de imponer a la fuerza la *apariencia* de una estabilidad monetaria. En efecto, no debe ignorarse el lado oscuro de su milagro económico; como éste se producía en medio de una persistente depresión mundial y hacía de Alemania una isla del bienestar, requería el aislamiento de la economía alemana frente al mundo exterior; y como su financiación tenía, inevitablemente, efectos inflacionistas, requería salarios y precios decretados desde arriba. Un régimen dictatorial con campos de concentración como telón de fondo podía permitirse ambas cosas. Hitler no tenía que respetar ni asociaciones empresariales ni sindicatos, pues confinó a unos y a otros, inmovilizándolos, en el Frente Alemán del Trabajo; y podía encerrar en un campo a cualquier empresario que hiciera negocios con el extranjero sin la debida autorización, igual

que a un obrero que exigiera un aumento salarial o amenazara con ir a la huelga para conseguirlo. También en este sentido el milagro económico de los años treinta debe ser considerado obra de Hitler; y, en el mismo sentido, cabe añadir que quienes aceptaban los campos de concentración por mor del milagro económico sólo eran, en cierto modo, coherentes con su pensamiento.

El milagro económico fue el más popular pero no el único logro de Hitler. No menos espectacular e inesperado fue el rearme del país que llevó a cabo en los primeros seis años de su gobierno. Cuando asumió el cargo de canciller, Alemania tenía un ejército de cien mil hombres desprovisto de armamento moderno y de aviación. En 1938, se había convertido en la potencia militar de tierra y aire más importante de Europa. Una autentica hazaña! Tampoco este logro habría sido posible sin las condiciones necesarias gestadas en la época de Weimar, ni fue, en todos sus pormenores, resultado únicamente de la labor de Hitler; antes bien, se trató de una proeza del *establishment* militar. Pero Hitler dio la orden y fue su inspirador. Sin su impulso decisivo, el milagro militar habría sido aún menos imaginable que el económico —que al fin y al cabo fue resultado de una improvisación del propio *Führer*, mientras que el milagro militar surgió de planes y propósitos largamente acariciados por él mismo—. El hecho de que este milagro, en manos de Hitler, no llegara a convertirse más tarde en una bendición para Alemania, es otra historia. Pero no por eso deja de ser un logro del que al principio nadie lo habría creído capaz, como tampoco nadie lo habría creído capaz del milagro económico. Que lo consiguiera en contra de lo que se esperaba suscitó sorpresa y admiración, en algunos pocos tal vez cierto pavor (¿qué pretendía el hombre con ese rearme febril?), pero en la mayoría provocó satisfacción y orgullo nacional. Tanto en lo militar como en lo económico Hitler había resultado ser un milagrero

a quien sólo el testarudo más recalcitrante podía negarle su agradecimiento y su adhesión.

A continuación analizaremos brevemente dos aspectos de su política de rearme y luego nos detendremos en un tercero que requiere un tratamiento más amplio.

En primer lugar, a menudo se ha afirmado que el milagro económico y el milagro militar de Hitler fueron, en el fondo, una misma cosa, pues la creación de empleo se debió, en su totalidad o en gran parte, al rearme. Esto no es cierto. Si bien la implantación del servicio militar obligatorio hizo desaparecer de la calle a unos cuantos cientos de miles de parados potenciales y la producción masiva de tanques, cañones y aviones dio empleo a otros tantos cientos de miles de trabajadores metalúrgicos, la gran mayoría de los millones de desocupados con los que Hitler se encontró al llegar al poder fue absorbida por industrias civiles normales y corrientes. Fue Göring, que en su vida soltó muchas bravatas y dislates, quien puso en circulación el engañoso tópico de «cañones en vez de mantequilla». En realidad, el Tercer *Reich* produjo cañones y mantequilla, y muchas cosas más.

En segundo lugar, el rearme también tenía un importante significado en política exterior. Supuso, entre otras cosas, la anulación de varios puntos clave del Tratado de Versalles y, por tanto, un triunfo político sobre Francia e Inglaterra, y comportaba además un cambio radical de las relaciones de poder en Europa. De esto hablaremos en el capítulo titulado «Éxitos». En el presente capítulo, dedicado a los logros de Hitler, interesa el logro como tal.

En tercer lugar, el rearme encierra una aportación muy personal de Hitler, que merece ser considerada siquiera brevemente. Hemos dicho antes que la impresionante obra del rearme fue, en sus pormenores, un logro no sólo de Hitler sino del Ministerio de

Guerra y del generalato. Pero hay una salvedad. En una cuestión concreta, que en el transcurso de la guerra resultaría sobremanera importante, Hitler intervino personalmente, determinando la organización de la nueva *Wehrmacht* y, con ello, el modo de operar que ésta tendría: en contra del criterio de la gran mayoría de los militares profesionales tomó la decisión de crear divisiones y ejércitos acorazados integrados y autónomos. Estas novedosas unidades de combate, que en 1938 sólo poseía el ejército alemán, resultaron un arma decisiva en las campañas de los dos primeros años de la guerra y fueron posteriormente copiadas por todos los demás ejércitos.

Su creación es un mérito personal de Hitler y representa su mayor logro en el terreno militar, mayor que su controvertida actividad de caudillo durante la guerra. Sin el apoyo de Hitler, los pocos generales —representados sobre todo por Guderian— que acertaron a ver las posibilidades de una unidad acorazada autónoma probablemente no se habrían impuesto contra la mayoría conservadora, como no se impusieron Fuller y De Gaulle, los partidarios de la misma en Inglaterra y Francia respectivamente, que, como es sabido, fracasaron por la resistencia de los tradicionalistas. No es exagerado afirmar que en estas controversias militares internas, de escaso interés para la opinión pública, se decidieron de antemano las campañas de los años 1939-1941, especialmente la de Francia de 1940. El que Hitler hubiera tomado la decisión correcta es —a diferencia de sus demás logros, que siempre explotaba de un modo tan rápido como efectista— un logro oculto, que al comienzo no contribuyó en nada a su popularidad; al contrario, le costó enemistarse con muchos militares conservadores. Pero arrojó su rédito en el triunfo sobre Francia en 1940, que por un momento hizo dudar de sí mismos a sus últimos y más firmes rivales en Alemania.

Pero ya antes, en 1938, Hitler había conseguido ganarse la confianza de aquella gran mayoría que en 1933 votara contra él, y éste fue tal vez el mayor de todos sus logros. Un logro que hoy en día avergüenza a los que sobrevivieron y resulta incomprensible para los jóvenes que nacieron después. «¿Cómo pudimos?», «¿cómo pudisteis?», se preguntan retrospectivamente ahora unos y otros. En aquel entonces, sin embargo, había que tener una agudeza y una perspicacia excepcionales para detectar en los logros y éxitos de Hitler las raíces ocultas de la futura catástrofe, y se necesitaba una fortaleza de carácter extraordinaria para sustraerse al efecto de tales logros y éxitos. Los discursos de Hitler, una sarta de ladridos rabiosos que, escuchados hoy, provocan asco o risa, se referían con frecuencia a una realidad de fondo que acallaba toda réplica en el interior del oyente. Era esa realidad de fondo la que impactaba, y no los ladridos rabiosos del orador. Veamos a continuación un fragmento del discurso pronunciado por Hitler el 28 de abril de 1939:

«He superado el caos en Alemania, he restablecido el orden y aumentado enormemente la producción en todos los ámbitos de nuestra economía nacional... He reincorporado al trabajo productivo a los siete millones de desempleados que tanto nos dolían en el alma a todos... No sólo he reunificado políticamente al pueblo alemán sino que también lo he rearmado, y he procurado eliminar hoja por hoja aquel tratado que en sus 448 artículos representa la humillación más abyecta a la que jamás hayan sido sometidos hombres y pueblos. He devuelto al Reich las provincias que nos fueron robadas en 1919, he reintegrado a su patria a los millones de alemanes

profundamente infelices que nos habían sido arrebatados, he restablecido la milenaria unidad histórica del espacio vital alemán, y me he..., me he esforzado por conseguir todo esto sin derramamiento de sangre y sin infligir a mi pueblo o a otros pueblos el sufrimiento de la guerra. Lo he conseguido con mi propio esfuerzo... como un trabajador y un soldado de mi pueblo que hace veintiún años todavía era un desconocido...»

Repugnante autobombo. Estilo ridículo («los siete millones de desempleados que tanto nos dolían en el alma a todos»). Pero diablos, si todo, o casi todo, era cierto! Quien se aferraba a las cuatro cosas que tal vez no eran ciertas (¿superar el caos sin constitución?, ¿restablecer el orden con campos de concentración?) podía llegar a sentirse un pedante mezquino y un tiquismiquis. ¿Pero qué podía alegar una sola persona contra el resto en aquel abril de 1939? Era verdad que la economía florecía de nuevo, que los desempleados volvían a tener trabajo (no habían sido siete millones, sino seis, pero bueno), que el rearme era una realidad, que el Tratado de Versalles se había convertido en papel mojado (¿quién lo hubiera dicho en 1933!), que el Sarre y la región de Memel pertenecían otra vez al Reich, como también los austríacos y los sudetes, a quienes esta circunstancia alegraba de verdad y cuyos gritos de júbilo todavía resonaban en los oídos de la gente. Era verdad que, milagrosamente, todo eso no había provocado la guerra, y tampoco se podía negar que veinte años atrás Hitler era un desconocido (aunque no un trabajador, pero bueno). ¿Lo había conseguido con su propio esfuerzo? Claro que había tenido ayudantes y colaboradores, pero ¿se podía afirmar de veras que todos esos logros habrían sido posibles sin él? ¿Se podía, por tanto,

seguir rechazando a Hitler sin rechazar a la vez todo lo que él había conseguido? Y ante tales logros los rasgos desagradables de su persona y sus fechorías, ¿eran acaso algo más que defectos de forma? Lo que los antiguos detractores de Hitler, ciudadanos cultos y de buen gusto, incluso cristianos creyentes o marxistas, necesariamente se preguntaban a mediados y finales de los años treinta a la vista de los innegables logros y la interminable cadena de milagros de Hitler era lo siguiente: «¿Es posible que mi escala de valores sea incorrecta? ¿Será que todo lo que he aprendido y en lo que he creído es equivocado? ¿No me desmienten los hechos que se producen ante mis ojos? Si el mundo —el mundo económico, el político, el moral— fuera realmente como siempre he creído, ese hombre tendría que haber naufragado a las primeras de cambio de la manera más hilarante; es más: \square nunca habría podido llegar tan lejos como ha llegado! \square Pero he aquí que, en menos de veinte años, ha salido de la nada absoluta para convertirse en la figura central del mundo, y todo, todo le sale bien, incluso lo que parece imposible! ¿No me obliga esto a una revisión general de todos mis conceptos, inclusive los estéticos y los morales? ¿No debo admitir por lo menos que me he equivocado con mis expectativas y pronósticos? ¿No tengo que contenerme en mis críticas y ser muy prudente a la hora de emitir juicios?».

Son estas dudas personales absolutamente comprensibles y hasta simpáticas. Pero de ahí al primer, aunque todavía renuente, «*Heil Hitler!*» no mediaba sino un paso.

Estos conversos o semiconversos a causa de los aparentes logros de Hitler no solían hacerse nacionalsocialistas, pero sí seguidores de Hitler, adeptos al *Führer*.

Y en el momento en que la general creencia en el *Führer* alcanzaba sus cotas más altas constituían, seguramente, más del noventa por ciento de los alemanes.

¡Fue un logro enorme el de reunir a su alrededor a casi la totalidad del pueblo, y eso en menos de diez años!. Y todo gracias, básicamente, a los hechos mucho más que a la demagogia. En los años veinte, cuando Hitler sólo disponía de la demagogia, de su elocuencia hipnotizadora, de las artes embriagadoras y enceguecedoras propias de un director de escena en un espectáculo de masas, apenas conseguía captar más del cinco por ciento de los votos; en las elecciones al *Reichstag* de 1928 obtuvo sólo un 2,5 por ciento. El cuarenta por ciento de los votos le llegó, en los años 1930-1933, de manos de la penuria económica y de la impotencia de los demás gobiernos y partidos para luchar contra la miseria. El último y decisivo cincuenta por ciento se lo ganó, principalmente, gracias a sus logros. Quien en 1938, por ejemplo, pronunciaba una crítica contra Hitler en los círculos donde ello todavía era posible, tarde o temprano y tras aprobaciones a medias («Lo de los judíos a mí tampoco me gusta») recibía indefectiblemente la siguiente respuesta: «¡Pero hay que ver todo lo que ha logrado este hombre!». No se decía: «¡Pero qué oratoria más apasionante tiene!», ni tampoco: «¡Pero qué magnífico ambiente el del último congreso del Partido!», ni siquiera: «¡Pero cómo ha triunfado!». Nada de eso. Lo único que se decía era: «¡Hay que ver todo lo que ha logrado este hombre!». ¿Y qué se podía realmente replicar a esto en el año 1938 o incluso en la primavera de 1939?

Había una segunda frase hecha que se oía constantemente en boca de los nuevos partidarios de Hitler: «¡Si el *Führer* llegara a enterarse de esto!». Indicaba que la creencia en el *Führer* y la conversión al nacionalsocialismo eran dos cosas bien distintas. Lo que a la gente no le gustaba del nacionalsocialismo —y eran todavía muchos los que estaban en desacuerdo con bastantes aspectos del mismo— procuraba instintivamente no atribuírselo a Hitler. Objetivamente se equivocaban, por supuesto. Hitler era

tan responsable de las medidas destructivas como de las constructivas de su régimen. En cierto sentido, también hay que calificar de «logros» de Hitler la destrucción del Estado de derecho y del entramado constitucional —aspectos sobre los que volveremos más adelante—, logros destructivos que implicaban tanta fuerza como los logros positivos en los campos económico y militar. En alguna zona intermedia se sitúan los logros sociales. En éstos se da un equilibrio entre lo destructivo y lo constructivo.

En sus doce años en el poder, Hitler realizó grandes cambios sociales. Sin embargo, es ésta una afirmación que requiere un análisis no exento de matices.

Existen tres grandes procesos de transformación social que comienzan en las postrimerías del Imperio del *Kaiser*, prosiguen tanto durante la época de Weimar como en la de Hitler, y continúan impetuosamente en la República Federal y la República Democrática Alemana. Se trata, en primer lugar, de la democratización y el igualitarismo de la sociedad, esto es, la desintegración de los estamentos y la permeabilización de las clases; en segundo lugar, de la revolución de la moral sexual, es decir, la creciente desvalorización y rechazo de la ascesis cristiana y de los principios de la decencia burguesa; y, en tercer lugar, de la emancipación de la mujer, a saber, la progresiva nivelación de la diferencia de sexos en el orden jurídico y en el mundo laboral. En estos tres ámbitos, la aportación de Hitler, sea positiva o negativa, es comparativamente escasa, y sólo la mencionamos aquí porque todavía hoy subsiste la idea errónea de que Hitler frenó o hizo retroceder los tres procesos.

Donde ese error resulta más patente es en la emancipación de la mujer, que el nacionalsocialismo, como se sabe, rechazaba oficialmente. Pero lo cierto es que sobre todo en el segundo sexenio del régimen, coincidente con la guerra, la emancipación dio

grandes saltos que el Partido y el Estado veían con buenos ojos y a menudo incluso promovía. Nunca las mujeres habían accedido a tantas profesiones ni habían desempeñado tantas funciones masculinas como durante la Segunda Guerra Mundial. Este proceso era ya irreversible y también lo habría sido en el caso de que Hitler hubiera sobrevivido a la contienda.

En el campo de la moral sexual, la actitud oficial del nacionalsocialismo era contradictoria. Por una parte, ensalzaba la disciplina y la continencia alemanas, por otra protestaba airadamente contra la mojigatería de los curas y la estrechez pequeñoburguesa, y no tenía nada que objetar a una «sana sensualidad», máxime si ésta, dentro o fuera del matrimonio, daba lugar a una procreación genéticamente sana. En la práctica, el culto al cuerpo y al sexo, que había comenzado en los años veinte, continuó su carrera imparable en los treinta y los cuarenta.

Por último, en lo que respecta a la abolición de los privilegios estamentales y al derribo de las barreras de clase, hay que decir que los nacionalsocialistas defendían, incluso oficialmente, tales cambios (a diferencia de los fascistas italianos, abanderados del restablecimiento de un «Estado corporativo», es decir, de un Estado estamental; es ésta una de las razones por las cuales no se debe echar en el mismo saco el nacionalsocialismo de Hitler y el fascismo de Mussolini). Sólo cambiaron el vocabulario: lo que antes se llamaba «sociedad sin clases», ellos lo denominaron «comunidad étnica». A efectos prácticos era lo mismo. Es innegable que, bajo el régimen de Hitler, incluso en mayores proporciones que durante la República de Weimar, hubo ascensos y descensos sociales en masa, promiscuidad y resquebrajamiento de clases. «Vía libre para el hombre de talento», y para el de talante ideológico correcto. Es cierto que no todo en este proceso era positivo, pero no puede negarse que era «progresista» en el sentido

de que se avanzaba en el igualitarismo. Donde más se notaba esta tendencia —mimada por el mismo Hitler— era en el cuerpo de oficiales, dominio casi exclusivamente aristocrático en el ejército de los cien mil hombres de Weimar. Los primeros mariscales de Hitler, procedentes de la *Reichswehr* (las fuerzas armadas de la República de Weimar), llevaban casi todos un *von* (“de”) en su apellido; entre los que llegarían después, no hubo, prácticamente, ninguno que perteneciera a la nobleza.

Mencionamos todo esto de refilón y sólo para no dejarnos nada en el tintero. Se trata, como decíamos, de procesos que comenzaron ya antes de la llegada de Hitler y continuaron tras la caída de su régimen. La influencia de Hitler sobre los mismos fue escasa, tanto en lo positivo como en lo negativo. Pero hay *un* gran cambio social que es obra personal de Hitler y que, curiosamente, sufrió una involución en la República Federal, pero no en la República Democrática, donde subsistió y evolucionó. Hitler lo llamó «socialización de las personas». «¿Para qué necesitamos la socialización de los bancos y las fábricas?», le dijo a Rauschning. «¿Qué sentido tiene eso si ya he impuesto firmemente a las personas una disciplina de la que no pueden librarse?... Nosotros socializamos a las personas». Se trata del lado socialista del nacionalsocialismo de Hitler, tema que trataremos a continuación.

Quien, como Marx, identifica la socialización de los medios de producción con el rasgo decisivo y hasta exclusivo del socialismo negará, naturalmente, el lado socialista del nacionalsocialismo. Hitler no socializó ninguno de los medios de producción, por tanto no fue un socialista. Para un marxista acaba aquí la discusión. Pero cuidado! la cosa no es tan sencilla; curiosamente, ninguno de los países socialistas se quedó en la socialización de los medios de producción, sino que todos también pusieron gran empeño en «socializar a las personas», esto es, en organizarlas

colectivamente, de la cuna a la sepultura, a ser posible, en forzarlas a llevar una «vida socialista» y en «imponerles firmemente una disciplina». Es absolutamente lícito preguntarse si esto no es, pese a Marx, el lado más importante del socialismo.

Estamos habituados a pensar en la dicotomía entre socialismo y capitalismo. Pero es probablemente más correcto, o en todo caso más importante, ver en el individualismo, y no en el capitalismo, el término opuesto al socialismo. De hecho, también el socialismo de la era industrial es, inevitablemente, una especie de capitalismo. También un Estado socialista tiene que acumular, renovar y ampliar capital; el modo de pensar y de trabajar de un ejecutivo o un ingeniero es exactamente el mismo en el capitalismo y en el socialismo, y el trabajo de fábrica es irremediablemente, también en un Estado socialista, un trabajo alienado; el que la máquina o la cadena de producción sean propiedad de un consorcio privado o de una cooperativa del pueblo no tiene, a efectos prácticos, relevancia apreciable para la labor que realiza el trabajador. Muy relevante es, en cambio, el que éste, al término de la jornada, se encuentre abandonado a sí mismo o que, a las puertas de la fábrica, le espere un colectivo, llámese también comunidad. En otras palabras: más importante que la alienación del hombre con respecto a su trabajo —cosa que en una economía industrial probablemente no se puede cambiar de forma sustancial, sea cual sea el sistema— es la alienación del hombre con respecto a sus congéneres. O dicho de otro modo: si la meta del socialismo es eliminar la alienación humana, esa meta se alcanza a través de la socialización de las personas mucho antes que con la de los medios de producción. Ésta última elimina tal vez una injusticia, aunque a costa de la eficiencia, como han demostrado los últimos treinta o sesenta años. La socialización de las personas elimina una alienación de verdad, a saber, la que sufren los

hombres de la gran ciudad, aunque su coste sea la pérdida de la libertad individual. Pues la libertad y la alienación son las dos caras de una misma moneda, como también lo son la comunidad y la disciplina.

Concretemos. Lo que diferenciaba la vida de aquella abrumadora mayoría de alemanes no excluidos o perseguidos por razones raciales o políticas en el Tercer Reich de la vida en la Alemania prehitleriana y también de la vida en la República Federal, y lo que la volvía casi idéntica a la vida en la actual República Democrática Alemana, era el hecho de que se desarrollara en gran parte en comunidades y colectivos extrafamiliares, de los que, prácticamente, no había escapatoria para nadie, fuese o no obligatoria la afiliación a los mismos. El escolar pertenecía al *Jungvolk* (Pueblo Joven, como en la República Democrática forma parte de los *Junge Pioniere* (Jóvenes Pioneros); el adolescente tenía su segundo hogar en la *Hitlerjugend* (Juventudes Hitlerianas) igual que ahora lo tiene en la *Freie Deutsche Jugend* (Juventud Libre de Alemania); el varón joven hacía deporte militar en las SA o en las SS como hoy en día en la *Gesellschaft für Sport und Technik* (Sociedad para el Deporte y la Técnica); la mujer participaba en la *Deutsche Frauenschaft* (Asociación Femenina Alemana) al igual que actualmente participa en la *Demokratischer Frauenbund* (Federación Femenina Democrática); y quien había medrado o quería hacerlo era miembro del Partido, tanto en el Tercer Reich como en la República Democrática; por no hablar de cientos de organizaciones profesionales, de aficionados, de deporte, cultura y tiempo libre —*Kraft durch Freude* ('Fuerza por Alegría'), *Schönheit der Arbeit* ('Belleza del Trabajo')—, de corte nacionalsocialista o socialista respectivamente. Claro que las canciones y los discursos del Tercer Reich eran distintos de los de la República

Democrática, pero las actividades —el excursionismo, las marchas, las acampadas, el canto y las fiestas, el bricolaje, la gimnasia y el tiro— son las mismas, como también los innegables sentimientos de calor humano, de camaradería y de felicidad que se desarrollan en tales comunidades. Hitler era, sin duda alguna, un socialista —incluso un socialista muy productivo— en el sentido de que forzó a la gente a una felicidad colectiva.

¿Era felicidad? ¿O la coacción para compartir la felicidad era sentida a su vez como infelicidad? Los ciudadanos de la República Democrática Alemana tratan a menudo de escapar de la felicidad impuesta; pero cuando llegan a la República Federal se quejan con no menos frecuencia de la soledad que es la otra cara de la libertad individual. Algo parecido debía de suceder en el Tercer Reich. No vamos a responder aquí a la cuestión de si el hombre socializado es más feliz que el hombre que vive en el individualismo.

En general, el lector habrá notado (quizás con extrañeza) que en este capítulo dedicado a los logros de Hitler hemos sido parcos en juicios de valor. La causa reside en el mismo objeto de análisis. Los logros como tales son moralmente neutrales. Sólo pueden ser positivos o negativos, pero no buenos o malos. Hitler hizo muchas cosas malas, y los capítulos que siguen nos brindarán ocasiones suficientes para condenarlo moralmente. Sin embargo, no debe condenársele por falsas razones, error que todavía se comete con frecuencia y que ya en aquellos tiempos se pagó muy caro. Pero cuidado! Siempre ha sido grande la tentación de subestimar a Hitler, un personaje que, efectivamente, tenía rasgos mezquinos y ridículos; hoy, después de su fracaso, esa tentación es aún más grande. Deberíamos procurar no caer en ella.

Uno duda, y con razón, en considerarlo un «gran hombre». «Los grandes destructores carecen de toda grandeza», dice Jakob

Burckhardt, y en efecto, Hitler demostró ser un gran destructor. Pero no cabe la menor duda de que, no sólo en lo que a destrucción se refiere, fue una máquina muy productiva; sin su productividad absolutamente insólita la catástrofe que ocasionó habría sido menos clamorosa. Sin embargo, tampoco puede ignorarse que su camino hacia el precipicio pasó por cumbres muy elevadas.

Joachim Fest, en la introducción a su biografía de Hitler, plantea una hipótesis interesante. Dice: «Si a finales de 1938 Hitler hubiera sido víctima de un atentado, pocos dudarían en calificarlo como uno de los más grandes hombres de Estado de Alemania, quizás como el estadista que representaría la culminación de su historia. Sus discursos agresivos y *Mi lucha*, el antisemitismo y la idea de la dominación mundial, presumiblemente habrían caído en el olvido como fantasmagorías de sus primeros años... Seis años y medio separaban a Hitler de esa reputación». «Seis años», como escribe Fest en otro pasaje de su libro, «llenos de grotescos errores, fallos y más fallos, crímenes, absurdidades, furia exterminadora y muerte».

Ahora bien: con toda seguridad, Fest no cree que los errores, los fallos y los crímenes de Hitler comenzaran en los últimos seis años; el propio Fest descubre magistralmente las raíces de esos males, que se remontan a la época temprana de Hitler. Por otra parte, el autor afirma con total acierto que sus efectos no se hicieron sentir con toda contundencia hasta la segunda mitad del régimen, mientras que en la primera estuvieron encubiertos por logros y éxitos inesperados, que para el mismo Hitler sólo cumplían una función preparatoria. Y Fest vuelve a tener razón cuando dice que el otoño e invierno de 1938-1939 constituyó el vértice de la carrera de Hitler: si hasta entonces había tenido una trayectoria siempre ascendente, a partir de ese momento empieza a prepararse —empieza a preparar él mismo— su descenso y su

caída. Si entonces hubiera sido víctima de un atentado (o si hubiera sufrido un accidente o un infarto), la mayoría de los alemanes seguramente habrían pensado que con él perdían a uno de sus grandes hombres. ¿Pero habrían tenido razón al pensar así? Y retrospectivamente, ¿pensaríamos hoy de esta manera sobre un Hitler muerto en 1938?

Creemos que no. Y ello por dos razones.

La primera estriba en que Hitler, ya en el otoño de 1938, estaba resuelto a hacer la guerra, que necesariamente comprometería todos sus logros anteriores. En septiembre de 1938 Hitler ya deseaba la guerra, y en los dictados a Bormann de febrero de 1945 se lamentaba por no haberla comenzado entonces: «Desde el punto de vista militar nos interesaba empezar la guerra un año antes... Pero no pude hacer nada porque los ingleses y los franceses aceptaron en Múnich todas mis reivindicaciones». Y ya en noviembre de 1938, en un discurso pronunciado ante los redactores jefe de la prensa nacional, había reconocido que todas sus promesas de paz de los años anteriores habían sido una maniobra de distracción.

Las circunstancias me han obligado a hablar casi exclusivamente de paz durante varios años. Sólo subrayando continuamente la voluntad y las intenciones de paz de los alemanes me ha sido posible dar a nuestro pueblo... el armamento necesario en todo momento para efectuar cada uno de los pasos siguientes. Está claro que esa propaganda pacifista sostenida durante años tiene también sus aspectos cuestionables; en efecto, puede fácilmente conducir a muchas personas a pensar que el actual régimen se identifica de por sí con la determinación y con la

voluntad de mantener la paz bajo cualquier concepto. Ello no sólo llevaría a una apreciación errónea de la finalidad de este sistema, sino que conduciría, sobre todo, a que la nación alemana se imbuyera de un espíritu que, por derrotista, a la larga anularía justamente —y no podría ser de otra manera— los éxitos del actual régimen.

Discurso enrevesado, pero suficientemente claro. Viene a significar que con sus alocuciones pacifistas engañó, durante años, no sólo a la comunidad internacional sino también a los alemanes. Y éstos le habían dado crédito; sus deseos revisionistas estaban satisfechos; en 1939, contrariamente a lo que sucedió en 1914, los alemanes no fueron a la guerra con entusiasmo sino perplejos y abatidos. Al menos la mitad de los logros obtenidos por Hitler entre 1933 y 1938 debían su efecto precisamente al hecho de que se hubieran conseguido sin guerra. Si los alemanes hubiesen sabido que tales logros siempre habían estado al servicio de los preparativos bélicos, tal vez muchos de ellos habrían cambiado de opinión al respecto; y aun cuando se hubieran enterado más tarde (la investigación histórica difícilmente habría podido evitar sacarlo a la luz), ¿habrían seguido considerando a Hitler como a uno de sus próceres?

Sin embargo, merece la pena desarrollar otra vertiente de la hipótesis de Fest. Es cierto que si en el otoño de 1938 se hubiese producido la noticia de la súbita muerte de Hitler la mayoría de los alemanes habrían tenido la sensación de que perdían a uno de sus grandes estadistas. Pero tal sensación probablemente habría durado pocas semanas, al cabo de las cuales todos habrían constatado con horror que su Estado había dejado de funcionar: Hitler, a la chita callando, lo había destruido.

¿Qué habría pasado después? En 1938 Hitler no tenía sucesor, ni había constitución a partir de la cual elegir un sucesor, ni tampoco institución alguna con legitimidad y poder incuestionables para designarlo. La Constitución de Weimar, que hacía tiempo había dejado de tener vigencia, nunca fue sustituida por otra. Al Estado le faltaban, por tanto, los órganos capaces de dar a Alemania un nuevo mandatario. Los posibles candidatos a la sucesión se apoyaban en un estado dentro del Estado: Göring, en las fuerzas aéreas; Himmler, en la SS; Hess, en el Partido (y entonces los alemanes se habrían dado cuenta de que éste estaba ya casi tan desprovisto de funciones como las SA); y, por último, había también un ejército, cuyos máximos generales, en septiembre de 1938, preparaban un golpe de Estado. En suma, un caos estatal contenido y tapado únicamente por la figura de Hitler, y que habría quedado al descubierto sin paliativos con la desaparición de su persona. Y ese caos fue obra de Hitler, su «logro», por así decirlo; un logro destructivo en el que apenas se ha reparado hasta hoy en día, ya que al final quedó inmerso y absorbido por una destrucción de magnitudes aún mayores.

Cuando hemos repasado la vida de Hitler hemos topado con el hecho bastante monstruoso de que el hombre subordinaba su calendario político a su propia esperanza de vida. Ahora, y desde un ángulo muy distinto, nos encontramos con algo similar, a saber, que Hitler destruyó, conscientemente y desde el comienzo, el funcionamiento del Estado en provecho de su omnipotencia e insustituibilidad personal. El funcionamiento de un Estado descansa sobre su constitución, que puede ser de carácter escrito o no escrito. El Tercer *Reich*, sin embargo, no tenía, al menos desde el otoño de 1934, ningún tipo de constitución, ni conocía ni respetaba ninguna clase de derechos fundamentales que limitasen el

poder del Estado frente al ciudadano, ni poseía el mas mínimo e imprescindible reglamento estatal interno que al menos definiera las atribuciones de los diferentes órganos estatales y garantizara una interacción coherente de los mismos. Por el contrario, Hitler había establecido una situación en la que las más diversas instancias del poder rivalizaban y se solapaban mutuamente, oponiéndose y yuxtaponiéndose unas a otras sin orden ni concierto, presididas únicamente por él en calidad de jefe del tinglado. Sólo así logró asegurarse la libertad de acción sin restricciones a la que aspiraba en todos los ámbitos. Tenía la intuición absolutamente certera de que cualquier orden constitucional limita el poder de todo órgano estatal por poderoso que sea: en un Estado constitucional incluso el hombre más poderoso topa con las competencias de otros, no puede mandar todo a todos; y se garantiza, por lo menos, que el sistema puede seguir funcionando también sin él. Hitler no quiso ni una cosa ni otra, y por eso abolió la Constitución sin reemplazarla por una nueva. No quiso ser el primer servidor de un Estado sino el *Führer*: un señor absoluto. Y advirtió que el dominio absoluto no es posible en un sistema estatal intacto, sino sólo en un caos controlado. Por eso sustituyó, desde el comienzo, al Estado por el caos, y hay que admitir que supo controlarlo mientras vivió. Eso sí: aun cuando su muerte se hubiese producido en el otoño de 1938, en la cumbre del éxito, el caos por él creado hubiera quedado al descubierto, lo que habría cuestionado, sin duda, su hipotética reputación posterior.

Pero hay algo más que movió a Hitler a destruir el Estado. Si estudiamos con detalle su personalidad, detectamos en ella un rasgo que podríamos llamar aprensión a definirse o, tal vez mejor dicho, aprensión ante todo lo definitivo. Es como si algo en él le hiciera echarse atrás a la hora de poner coto no sólo a su poder, mediante un orden estatal, sino a su misma voluntad, por medio

de un objetivo fijo. De hecho, Hitler nunca se propuso consolidar ni mantener el Imperio Alemán que asumió, ni tampoco el Gran Imperio alemán que creó en 1938 ampliando el que ya existía; antes bien, éstos eran un mero trampolín para saltar hacia un imperio muy distinto, mucho más grande y que tal vez ni siquiera fuera un Imperio *alemán* sino *pangermánico*, al cual, en su mente, no trazó más confines geográficos que una «frontera militar» fijada en el Volga, o tal vez en los Urales, o tal vez en la costa del océano Pacífico. Cuando en su ya varias veces citado discurso del 28 de abril de 1939 se ufanaba de haber «restablecido la milenaria unidad histórica del espacio vital alemán» no decía lo que realmente pensaba: el espacio vital que ambicionaba estaba situado muy al este, y no era histórico sino futurista. Es en el también citado discurso del 10 de noviembre de 1938 en el que deja traslucir un ápice de su verdadero pensamiento cuando se refiere a «cada uno de los pasos siguientes» para los cuales había que predisponer psicológicamente al pueblo alemán. Pero si cada paso no era más que una preparación para el paso siguiente no había ninguna necesidad de detenerse y fijar con ánimo duradero y dentro de un marco estatal lo que se había alcanzado —o recibido en bandeja—. Al contrario, había que convertir lo fijo en móvil y ponerlo a rodar; todo debía ser provisional y, desde esa provisionalidad, impulsar la transformación, el agrandamiento, la ampliación permanentes. El Imperio alemán debía dejar de ser un Estado para convertirse en un instrumento de conquista.

No hay en este aspecto mayor contraste que el que existe entre Hitler y Bismarck: éste se convirtió en un político de la paz cuando había alcanzado lo que podía alcanzar. Y también resulta instructivo compararlo con Napoleón: aunque, igual que Hitler, fracasara como conquistador, muchos de sus logros de estadista como sus grandes códigos legislativos, o su sistema educativo, han

perdurado; hasta su rígida arquitectura estatal de departamentos y prefectos sigue incólume hoy en día, pese a todas las modificaciones del régimen político habidas desde entonces. Hitler no levantó ninguna arquitectura estatal, y sus logros, que durante diez años sobrecogieron a los alemanes e hicieron que el mundo contuviera el aliento, fueron efímeros y no dejaron rastro: no sólo porque terminaron en catástrofe, sino porque nunca fueron concebidos para ser definitivos. Como plusmarquista de logros, Hitler llegó incluso a un nivel más alto que Napoleón. Pero nunca fue un hombre de Estado.

Éxitos

La curva de éxitos de Hitler plantea un enigma similar al de su curva vital. En ésta, recordemos, era el sorprendente punto de inflexión entre la inactividad y el anonimato total de los primeros treinta años y la actividad pública al máximo nivel en los veintiséis años siguientes lo que requería una explicación. Con respecto a los éxitos podemos observar incluso dos puntos de inflexión. Todos sus éxitos se producen en el lapso de los doce años comprendidos entre 1930 y 1941. Antes, Hitler ha sido bastante desafortunado en una carrera política que dura ya diez años. Su intentona golpista de 1923 fracasó y el partido, refundado en 1925, no era más que un insignificante grupúsculo político. Después de 1941 —o ya desde el otoño de 1941— se acabaron los éxitos: sus empresas militares fracasaban, las derrotas se acumulaban, sus aliados le daban la espalda y la coalición enemiga resistía. El final es bien conocido. Pero entre 1930 y 1941 Hitler consiguió, para asombro del mundo entero, prácticamente todo, tanto en política interior y exterior como en el terreno militar.

Fijémonos en la cronología de los hechos: en 1930 multiplica por ocho los votos que había obtenido antes en las elecciones al *Reichstag*; en 1932 vuelve a doblarlos; en enero de 1933 se convierte en canciller, en julio disuelve todos los partidos rivales; en 1934 asciende a presidente del *Reich* y comandante en jefe del ejército, alcanzando así el poder total. En el plano de la política

interior ya lo ha conquistado todo. Comienza entonces la serie de sus éxitos en política exterior: en 1935 implanta el servicio militar obligatorio violando el Tratado de Versalles, y no pasa nada; en 1936 remilitariza Renania violando el Tratado de Locarno, y no pasa nada; en marzo de 1938 anexiona Austria, y no pasa nada; en septiembre del mismo año anexiona la región de los Sudetes, y recibe incluso la aprobación expresa de Francia e Inglaterra; en marzo de 1939 establece el protectorado sobre Bohemia y Moravia y ocupa Memel. Aquí se acaba la serie de los éxitos internacionales, pues a partir de ese momento sus adversarios oponen resistencia. Comienzan entonces los éxitos bélicos: en septiembre de 1939 derrota a Polonia; en 1940 ocupa Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica y Luxemburgo, y derrota a Francia; en 1941 ocupa Yugoslavia y Grecia. En este momento Hitler domina el continente europeo.

En suma, diez años de fracasos, luego una serie ininterrumpida de éxitos vertiginosos durante doce años; a continuación otra vez cuatro años de fracasos, con la catástrofe como punto final. Y unos y otros separados por dos marcadas inflexiones.

Por mucho que busquemos en la historia, no encontraremos nada parangonable. Hallaremos casos de ascenso y caída, de alternancia de éxitos y fracasos, pero nunca una sucesión de tres periodos nítidamente delimitados que hayan estado dominados exclusivamente por el fracaso, el éxito y de nuevo por el fracaso. Jamás un mismo hombre de Estado resulta ser primero y durante mucho tiempo un chapucero aparentemente incorregible, luego y durante un tiempo no menos largo un hacedor aparentemente genial, y después de nuevo un chapucero incorregible, aunque esta vez no sólo en apariencia. Estas afirmaciones requieren una explicación. Pero veremos que los ejemplos empíricos más cercanos

a los que se recurre instintivamente no sirven para explicar el fenómeno.

Es cierto que no todos los políticos son igual de buenos en todos los periodos de su carrera; la mayoría cometen errores de tanto en tanto, que luego corrigen como buenamente pueden. Es algo sabido. Como también es sabido que muchos políticos necesitan cierto tiempo de aprendizaje y rodaje para alcanzar el apogeo de su rendimiento; y que, estando en su apogeo, llega el momento en que dan muestras de cansancio y pierden fuerza o, por el contrario, se desbocan y se pasan de rosca. El caso es que todos esos esquemas interpretativos, por plausibles que sean, sencillamente no pueden aplicarse a Hitler. Pues no dan cuenta del doble y marcado hiato entre el éxito sostenido y el fracaso no menos sostenido. Y no responden tampoco a cambios en el carácter de Hitler ni a un aumento o disminución de sus capacidades. Hitler fue siempre el mismo.

No es en absoluto una de esas figuras históricas (nada infrecuentes) que, una vez alcanzado el éxito, pierden las cualidades a las que deben tal éxito. No hay el menor indicio de que en ningún momento se relajara y aflojara o perdiera las riendas del poder. Su energía y su fuerza de voluntad fueron igual de formidables desde el primero hasta el último día de su acción pública, e incluso en el bunker de la Cancillería del Reich —territorio al que al final quedó reducido su dominio— seguía ejerciendo un poder absoluto. Cuando uno de los ocupantes del bunker, Fegelein, el cuñado de Eva Braun, quiso escaparse el 28 de abril de 1945, dos días antes del suicidio de Hitler, éste ordenó su captura y su fusilamiento. Y así se hizo. Tanto la orden como su ejecución inmediata son muy propias de él. El Hitler huérfano de éxitos era el mismo Hitler de los años anteriores, en los que el éxito le sonreía; que tomara pastillas, padeciera insomnio y sufriera un temblor ocasional en el

brazo no reducía en lo más mínimo su voluntad y su poder de mando. Las descripciones que presentan al Hitler de los últimos años de la guerra como una sombra de sí mismo o una lamentable piltrafa humana, son excesivamente caricaturescas. La supuesta decadencia física o intelectual no explica el fracaso estrepitoso en el periodo comprendido entre 1941 y 1945 que siguió a los doce años de éxitos anteriores.

Los delirios de grandeza de un hombre que, mimado por el éxito, desafía al destino con un espíritu megalómano —tesis esta que a veces se ha avanzado conjuntamente con la opinión opuesta de su presunta decadencia física— tampoco explican este fracaso. Su determinación de atacar a Rusia, que significaría el comienzo de su declive, no constituyó una iluminación tardía producto de una soberbia alimentada por sus triunfos. Antes bien, fue siempre su objetivo principal y lo mantuvo deliberadamente desde que lo pergeñara y justificara en *Mi lucha* en 1926. Su segunda determinación fatal, la declaración de guerra a Estados Unidos en 1941, nació en un momento de desesperación más que de soberbia (la examinaremos con mayor detenimiento en el capítulo dedicado a sus desaciertos). Y la tozudez con que Hitler mantuvo, en medio de tanto fracaso, el rumbo fijado en su momento, fue la misma tozudez que ya había mostrado en otra época plagada de desventuras, a saber, entre los años 1925-1929, cuando su partido, a pesar de todos los esfuerzos por acceder al poder de forma «legal», no avanzaba ni un paso hacia esa meta.

Si Hitler era megalómano —y en cierta forma se le puede calificar de tal— lo fue desde el comienzo. ¿Hay acaso un ejemplo más claro de megalomanía que el de un ser anónimo tempranamente fracasado que toma de pronto la decisión de convertirse en político? El mismo Hitler dijo una y otra vez que, en comparación con la osadía de sus comienzos, todo lo demás fue coser y cantar.

Lo creemos. Sus «años de aprendizaje» fueron, por cierto, insólitamente cortos, si es que puede hablarse en su caso de años de aprendizaje. En realidad, el fracaso de su intentona golpista de 1923 fue la única experiencia de la que extrajo una enseñanza. Por lo demás, siguió fiel a sí mismo de una manera casi siniestra. Su política, al menos la de las dos décadas comprendidas entre 1925 y 1945, fue absolutamente invariable. Lo único que a lo largo de esos veinte años cambió dos veces fue la fuerza de la resistencia con la que topó.

Y aquí tenemos de súbito la clave que nos revela el secreto de la curva de los éxitos hitlerianos. Esta clave no consiste en una supuesta evolución de Hitler; consiste en la evolución y el cambio de los adversarios con que se enfrentó.

No sin razón hemos distinguido entre los logros y los éxitos de Hitler. Los logros pertenecen a la persona; los éxitos, en cambio, siempre implican la presencia de dos, y el éxito de uno equivale al fracaso de otro. Con la misma fuerza se puede tener éxito frente a un rival más débil y no tenerlo frente a uno más fuerte. Verdad de Perogrullo. Pero justamente las verdades de Perogrullo son las que suelen pasarse por alto. Si en este caso *no* las pasamos por alto, todo se aclara. Los éxitos y fracasos de Hitler se explican enseguida si uno aparta la mirada de su persona, para dirigirla hacia los contrincantes que tuvo en cada momento. En efecto, Hitler nunca obtuvo sus éxitos frente a un adversario fuerte, ni siquiera contra un adversario tenaz. La misma República de Weimar de finales de los años veinte, y la Inglaterra de 1940 resultaron demasiado fuertes para él. Y no tuvo nunca el ingenio ni la destreza con que el más débil puede en ocasiones burlar y vencer al más fuerte. En la lucha contra la coalición aliada de los años 1942-1945, por ejemplo, no se aprecia en su actuación ni el asomo de una idea de cómo aprovechar las tensiones internas de la

coalición para romperla. Al contrario, el mismo Hitler contribuyó más que nadie, a que se formara la coalición bélica del Este y el Oeste, antinatural en muchos aspectos, y con su ciega tozudez hizo todo lo posible para que se mantuviera unida en los momentos en que ya hacía aguas.

Obtuvo todos sus éxitos contra adversarios incapaces o no dispuestos a oponer una resistencia verdadera.

En política interior dio la estocada de muerte a la República de Weimar cuando ésta ya estaba socavada y prácticamente desahuciada. En política exterior, liquidó el sistema de los tratados de 1919 cuando éste, resquebrajado por dentro, resultaba ya insostenible. En ambos casos, Hitler sólo derribó lo que ya se venía abajo.

Además, en los años treinta, y a diferencia de los años veinte y los cuarenta, Hitler se enfrentaba exclusivamente a adversarios de personalidad débil. Los conservadores alemanes que le disputaban la sucesión de la República de Weimar carecían de toda concepción programática, mantenían desavenencias entre sí y vacilaban interiormente entre oponerse a Hitler y aliarse con él. Entre la oposición y la alianza vacilaban también los estadistas ingleses y franceses de los últimos años treinta, ante quienes Hitler conquistó sus éxitos internacionales. Si miramos más de cerca la situación de Alemania en 1930, la de Europa en 1935 y la de Francia en 1940, los éxitos de Hitler pierden el nimbo de lo maravilloso que tenían para sus contemporáneos. A riesgo de que nuestro análisis parezca desviarse de su objeto, debemos pues fijar brevemente la mirada en el contexto histórico, ya que, de no hacerlo, los éxitos hitlerianos no se comprenden.

Ya antes de que Hitler lograra su primer gran éxito electoral en septiembre de 1930, la República de Weimar estaba acabada. El gobierno de Brüning, formado en marzo, fue el primero de los

gabinetes presidenciales que habían de servir de transición hacia un orden estatal y constitucional muy distinto, si bien aún no estructurado ni definido en detalle. A diferencia de sus sucesores Papen y Schleicher, Brüning se mantenía aún en el límite de la legalidad constitucional —los «decretos de emergencia» con los que gobernaba eran «tolerados» por el *Reichstag*—, pero ya no tenía la mayoría parlamentaria exigida por la Constitución y, con la ficción de un estado de emergencia permanente que le permitía gobernar sin el parlamento, prácticamente había abolido la Carta Magna de Weimar. Es por tanto un error, aunque muy difundido, pensar que fue el asalto de Hitler lo que tumbó a la República. Esta ya estaba cayendo cuando Hitler irrumpió de verdad en la escena política; y, en las luchas internas de los años 1930-1934, en realidad no estaba en juego la defensa de la República, sino solamente la naturaleza del régimen que había de sucederle. Sólo quedaba por resolver si la ya desahuciada República sería sustituida por una restauración conservadora —seguramente monárquica—, o bien por el mismo Hitler.

Si queremos comprender esta situación de partida, debemos echar un vistazo a la historia de la República de Weimar, una historia desafortunada desde sus orígenes.

En el momento de su fundación, la República sólo tenía el apoyo de una coalición integrada por tres partidos de centro izquierda (SPD, liberales de izquierda y católicos), que ya habían formado mayoría en el *Reichstag* de los años postreros del Imperio; cuando, en octubre de 1918, éste agonizaba, impusieron el sistema parlamentario (o, mejor dicho, lo recibieron en bandeja). Después de la Revolución de noviembre de 1918, formaron la coalición de Weimar en el seno de la Asamblea Nacional, crearon la Constitución, calcada prácticamente de la del Imperio parlamentarizado, y se pusieron a gobernar. Pero al cabo de un año, en

las primeras elecciones al *Reichstag* republicano, la coalición perdió la mayoría parlamentaria, que jamás recuperaría.

La Revolución de noviembre de 1918 no encajaba en absoluto en los planes de la coalición en el poder, de modo que fue reprimida. A partir de entonces hubo una oposición permanente y encarcelada por parte de una izquierda decepcionada que nunca aceptó el Estado de Weimar, ni jamás se reconcilió con él. Así y todo, la Revolución arrojó *un* éxito irreversible: la abolición de la monarquía. La coalición no tuvo más remedio que hacer suya la República engendrada por la Revolución. En consecuencia, se creó una oposición permanente también en las filas de la derecha, oposición aún más nutrida y potente que la que procedía de los decepcionados revolucionarios de la izquierda; la derecha tampoco aceptó nunca el Estado de Weimar, el «Estado de la Revolución de noviembre», y esta oposición era tanto más peligrosa que la de la izquierda, por cuanto quienes la mantenían seguían ocupando casi todos los puestos clave en el ejército y en la administración. El Estado de Weimar tuvo, pues, desde sus orígenes, toda una legión de enemigos constitucionales ejerciendo como funcionarios públicos! Por añadidura, a partir de 1920, los adversarios de la República, tanto de la derecha como de la izquierda, sumaban la mayoría en el *Reichstag*, y hasta 1925 la nave de la República, apenas botada, bandeaba como una embarcación a punto de zozobrar. Prácticamente no pasaba año sin una intentona golpista liderada por la derecha o por la izquierda (la encabezada por Hitler en 1923 fue una entre muchas). En aquellos años, nadie habría apostado por una larga vida de la República.

Y luego, a pesar de todo, la república conoció un breve periodo de aparente consolidación: los «dorados años veinte» de 1925 a 1929, años que coinciden con una ausencia total de éxitos de

Hitler, en los que su ruidosa hostilidad antirrepublicana se quedó sin eco y en los que estuvo a punto de caer en el ridículo. ¿Qué había cambiado? ¿Qué hacía que, de repente, la «República sin republicanos» fuera viable? Varias cosas. Un ministro de Asuntos Exteriores habilidoso, Gustav Stresemann, consiguió un principio de reconciliación con los adversarios de la guerra, además de algunas facilidades y pequeños éxitos de prestigio. Los créditos de Estados Unidos dieron lugar a un modesto florecimiento de la economía. Pero lo principal fue que la masiva y poderosa derecha opositora, desde siempre (o todavía) anclada firmemente en los ministerios e instancias del mismo Estado que ella rechazaba, abandonó de un modo transitorio y tentativo su oposición contra ese Estado para dignarse gobernarlo. Los enemigos de la República se convirtieron, por unos años, en «republicanos de conveniencia».

El acontecimiento decisivo que hizo posible ese medio cambio de talante y proporcionó a la República la oportunidad de consolidarse fue la elección de Hindenburg como presidente del *Reich* en abril de 1925. Muchos han visto en ese hecho el comienzo del fin de la República. Nada más lejos de la verdad. La elección de Hindenburg fue para la República un golpe de suerte y le dio la única oportunidad que jamás había tenido. En efecto, con el héroe de la Gran Guerra y mariscal del *Kaiser* a la cabeza, la República ofrecía, de repente, un aspecto presentable para una derecha que hasta entonces la había rechazado férreamente. Se insinuaba una especie de reconciliación, que duró mientras la coalición de centro-derecha integrada por católicos, liberales de derecha y conservadores formó gobierno (de 1925 a 1928). Así, los partidos vertebradores del Estado abarcaron transitoriamente, y por primera y única vez, todo el espectro parlamentario de la derecha a la izquierda, a excepción de algunos grupos radicales

como los comunistas o los nacionalsocialistas; y tanto los socialdemócratas como los liberales de izquierda, ahora en la oposición, no dejaban lugar a dudas en cuanto a su lealtad al Estado.

Sin embargo, esta situación no pasó de ser un mero episodio. Todo se acabó cuando, en 1928, el gobierno de derechas perdió las elecciones y un socialdemócrata se convirtió, por primera vez desde 1920, en canciller del *Reich*. Los conservadores, liderados por un nuevo dirigente (Hugenberg), volvieron a tomar un rumbo resueltamente antirrepublicano, e incluso el católico centro, también liderado por una figura nueva (Kaas), empezó a hablar de la necesidad de un régimen autoritario; mientras tanto, en el Ministerio de Defensa un general con ambiciones políticas (Schleicher) tramaba planes golpistas. La derecha quería evitar a toda costa que volviera a repetirse un resultado electoral como el de 1928, y pretendía que el gobierno —un eterno gobierno de derechas— no dependiera del parlamento ni de las elecciones, como en el *Reich* de Bismarck. Había que acabar con el poder parlamentario e instaurar un régimen presidencial.

En marzo de 1930 llegó el momento. Stresemann había muerto en octubre de 1929, mes en el que un crack bursátil en Estados Unidos provocó una crisis económica de trascendencia mundial que tuvo consecuencias inmediatas y nefastas para Alemania. El gobierno, incapaz de hacerle frente, dimitió sin que esta vez lo sustituyera otro gobierno parlamentario. En su lugar, un hombre del centro poco conocido, Brüning (candidato de Schleicher), asumió el cargo de canciller sin mayoría parlamentaria, pero dotado de poderes cuasi dictatoriales y con la misión secreta de consumir el paso hacia un régimen autoritario-conservador independiente del parlamento. Primero gobernó con decretos avalados por el artículo que regulaba el estado de emergencia, y cuando el *Reichstag* se rebeló, lo disolvió sin más. Esta fue la oportunidad

de Hitler. En la República intacta (o aparentemente intacta) de los años 1925-1929 no había tenido ninguna opción. Pero en la crisis del Estado de 1930 su partido se convirtió de golpe en el segundo mas votado.

Hitler ante portas! A partir de ahora incluso los socialdemócratas toleraron, como mal menor, el antiparlamentario régimen de emergencia de Brüning, y éste pudo seguir gobernando casi dos años más de forma semilegal. Pero la miseria fue aumentando, y también creció la ola prohitleriana; además, Brüning no encontró la manera de dar el paso hacia el nuevo Estado autoritario que Schleicher le había encomendado preparar, por lo que fue derrocado en mayo de 1932. Papen, el nuevo candidato de Schleicher, con aún menos apoyo parlamentario que su antecesor, se convirtió en canciller, formo un «gabinete de los barones» y proclamó «una forma totalmente nueva de conducir el Estado». El primer acto de su gobierno fue también disolver el *Reichstag*; el partido de Hitler volvió a doblar su número de votos y se convirtió en la formación más fuerte. A partir de entonces no hubo otra alternativa que la de Papen/Schleicher o Hitler. Ya nadie hablaba de la república parlamentaria. Había sido sepultada en silencio. Lo que ahora estaba en liza era el régimen que había de sucederle.

En la apasionante comedia de intrigas entre Papen/Schleicher y Hitler que marcó el período comprendido entre agosto de 1932 y enero de 1933 y que no vamos a narrar aquí con pelos y señales, se sabía de entrada que Hitler tenía las mejores cartas. En primer lugar, por el mero hecho de ser *uno* y sus antagonistas *dos*. Luego, porque lo respaldaba un movimiento de masas, mientras que Papen y Schleicher sólo contaban con la élite desbancada del difunto Imperio del *Kaiser*. Pero, sobre todo, porque sabía exactamente lo que quería, mientras que Papen y Schleicher no lo

sabían y, en el fondo, no *podían* saberlo: lo único que habría podido dar sostén a su Estado autoritario tras la desaparición de Hindenburg, que entretanto había cumplido ochenta y cinco años, era una restauración monárquica; pero no se atrevieron a contemplar esta posibilidad, y con razón: no había un candidato apropiado ni convincente que pudiera ocupar el trono. Así, se empeñaron en formulas imposibles: Papen, como arrojado caballero que era, soñaba con una prohibición de todos los partidos políticos y con una dictadura de las clases altas o incluso de la nobleza que se apoyara únicamente en las bayonetas del ejército; Schleicher, considerando (con realismo) que tal misión desbordaba al ejército, tenía sueños no menos fantasiosos: dividir a los nacionalsocialistas y formar una coalición con los nazis «moderados» (sin Hitler), los sindicatos, las asociaciones juveniles y el ejército como fundamentos de un Estado estamental de corte fascista. Naturalmente, ambos fracasaron ya de entrada, pero la consecuencia más grave de sus intentos fallidos fue el hecho de que acabaron por pelearse. Schleicher derrocó a Papen y se erigió en canciller. Y Papen, sediento de revancha y siempre dispuesto a jugarse el todo por el todo, se alió con Hitler y persuadió a Hindenburg para que retirara su apoyo a Schleicher y nombrara a Hitler canciller. Siempre había estado dispuesto a aceptar a Hitler como socio menor (en cierto modo de nuevo como «tambor»); ahora estaba dispuesto a ser él quien desempeñara el papel de socio menor de un Hitler canciller. Todavía albergaba la esperanza de poderlo «cercar» con su equipo ministerial de aristócratas conservadores.

Pero la esperanza se frustró. La manera en que Hitler fue sacando del ruedo a sus socios menores en los meses sucesivos hasta hacerse con el poder total después de la muerte de Hindenburg en agosto de 1934 es demasiado conocida para que tengamos que repasarla con todos sus detalles. En cambio, de lo que sí

merece la pena dejar constancia —pues no es en absoluto de dominio público e incluso puede sorprender a algunos— es de lo que sigue a continuación.

Los únicos adversarios o rivales internos con los que Hitler tuvo que contar seriamente y, en ocasiones, incluso batallar durante los años 1930-1934, fueron los conservadores. Los liberales, los hombres del centro y los socialdemócratas no le preocuparon lo más mínimo, como tampoco los comunistas.

Y así siguió siendo después de 1934, en los años de su poder sin restricciones. En la medida en que permanecieron fieles a sus convicciones, los liberales, los hombres del centro y los socialdemócratas se replegaron, casi todos, en la pasividad de un exilio interior o exterior que resultó inofensivo para Hitler; y la resistencia meramente simbólica de pequeños grupos comunistas desactivados y reorganizados una y otra vez en la clandestinidad —cuyo desprecio a la muerte en una situación sin salida infunde ciertamente respeto—, no suponía para Hitler más que un problema policial. Pero los conservadores, bien atrincherados en el ejército, la diplomacia y la administración, siempre representaron un verdadero problema político para Hitler. Imprescindibles para que funcionara el engranaje del Estado, eran aliados a medias, pero, también, opositores a medias, y, algunos de ellos, incluso absolutos: Papen y Schleicher volvieron a levantar cabeza en la crisis del verano de 1934 (Schleicher lo pagó con su vida, Papen con el ostracismo de un puesto diplomático en el extranjero); algunos generales conservadores de la *Wehrmacht* tramaron planes golpistas en 1938 y 1939; políticos conservadores como Goerdeler y Kopitz conspiraron, mientras duró la guerra, en alianza con las más diversas fuerzas del ejército, la administración y el mundo económico; y finalmente, en 1944 se había formado una especie de gran coalición de opositores conservadores, tanto políticos

como militares, cuya máxima expresión fue el atentado del 20 de julio. Atentado que, en su esencia, fue una acción eminentemente conservadora —se ha dicho, con razón, que la lista de sus muertos parecía un extracto del nobiliario de Gotha—, si bien en el futuro gobierno posgolpista estaban previstas, con intención maquiladora, algunas carteras para jóvenes socialdemócratas. La intentona se frustró, y el hecho de que las ideas románticas que se proponía materializar en un Estado conservador fueran tan poco meditadas, tan anacrónicas y tan alejadas de la realidad como lo fueron antes las de Papen y Schleicher, tuvo un papel no poco determinante en este fracaso.

La oposición conservadora nunca logró convertirse en un verdadero peligro para Hitler, y la serie de éxitos fáciles que se apuntó contra la misma es interminable. Así y todo, fue la única oposición que le dio quehacer hasta el final; la única que tuvo la oportunidad, aunque minúscula, de tumbarlo y que al menos intentó hacerlo en una ocasión. Y hay que recalcar que esa oposición venía de la derecha. Desde su perspectiva, Hitler era de izquierdas.

Esto da que pensar. Hitler no encaja tan fácilmente en la extrema derecha del espectro político como acostumbra a pensar mucha gente. Naturalmente, no era un demócrata, pero sí un populista, un hombre que basaba su poder en la masa y no en las élites; en cierto modo, un tribuno popular que consiguió el poder absoluto. Su recurso más importante fue la demagogia, y su instrumento de poder no fue una jerarquía estructurada sino un caótico hatajo de organizaciones de masas sin coordinación y únicamente aglutinadas por su persona. Todos ellos constituyen elementos más propios de la «izquierda» que de la «derecha».

Todo indica que Hitler, en el desfile de dictadores del siglo XX, se sitúa en algún lugar entre Mussolini y Stalin; y, si nos fijamos

atentamente, más cerca de Stalin que de Mussolini. Nada más falaz que calificar a Hitler de fascista. El fascismo es el dominio de las clases altas apuntalado por una exaltación de masas creada artificialmente. Si bien es cierto que Hitler exaltó a las masas no lo hizo para apuntalar a ninguna clase alta. No era el político de una determinada clase, y su nacionalsocialismo era todo menos fascismo. Hemos visto en el capítulo anterior que su «socialización de las personas» tiene equivalencias exactas en la Unión Soviética o en la República Democrática Alemana, equivalencias que en los Estados fascistas no existen o alcanzan, cuando mucho, un grado de desarrollo ínfimo. El «nacionalsocialismo» de Hitler se distinguía, naturalmente, del estalinista «socialismo en un país» (¡Repárese en la identidad terminológica!) en que en aquél seguía existiendo la propiedad privada de los medios de producción, aspecto que para los marxistas constituye una diferencia fundamental. No vamos a entrar aquí en la cuestión de si tal diferencia resulta realmente tan fundamental en un Estado de mando totalitario como el hitleriano. Más fundamentales son, en cualquier caso, las diferencias con respecto al fascismo clásico de Mussolini: en el de Hitler no había monarquía, por lo tanto el dictador no era ni destituable ni sustituible; no había jerarquía establecida en el partido ni en el Estado, ni tampoco había constitución (¡ni siquiera una constitución fascista!); y no existía una verdadera alianza con las tradicionales clases altas ni, menos aún, ningún tipo de prestación de servicios a las mismas. Hay un signo externo que simboliza las diferencias de fondo: Mussolini lucía el frac tan a menudo como el uniforme del partido. Hitler se lo enfundaba sólo de vez en cuando y únicamente en el periodo de transición de 1933-1934, mientras Hindenburg era presidente del *Reich* y había que guardar las apariencias de la alianza ficticia con Papen; después sólo vistió de uniforme, como Stalin.

Antes de abandonar los éxitos obtenidos por Hitler en política interior durante los años 1930-1934 y de centrarnos en sus éxitos internacionales de 1935-1938, igualmente fáciles de explicar desde el contexto histórico, se impone una última observación marginal. A menudo surge la pregunta de si Hitler tendría las mismas posibilidades de triunfar como en 1930 si apareciera hoy en día en la República Federal, sobre todo en una situación de crisis económica y desempleo similar a la de la República de Weimar. Si nuestro análisis de la toma de poder de Hitler es correcto, la respuesta es tranquilizadora: Hitler no tendría las mismas posibilidades. Y eso por la sencilla razón de que en la República Federal no existe una derecha que rechace el Estado y esté dispuesta a destruirlo para allanar el camino a un dictador.

Un Estado no se desintegra así como así a causa de una crisis económica y un desempleo masivo. De lo contrario, también los Estados Unidos de la Gran Depresión, por ejemplo, con sus trece millones de parados, deberían haberse desintegrado en los años 1930-1933. La República de Weimar no fue destruida por la crisis económica y el desempleo —aunque contribuyeron, naturalmente, a enturbiar la atmósfera de decadencia que se respiraba— sino por la previa determinación que la derecha asumió de abolir el Estado parlamentario en aras de un Estado autoritario vagamente definido. Tampoco fue destruida por Hitler, que se la encontró ya arrasada cuando llegó a canciller, y lo único que hizo fue arrebatar el poder a quienes la habían echado abajo.

La gran diferencia entre Bonn y Weimar radica en que, en la República Federal, no existe ya aquella fuerza política que destruyó a la República de Weimar, a saber, una derecha que rechazaba el Estado. Tal vez fue justamente su derrota en la lucha contra Hitler y la amarga y, en parte, sangrienta experiencia de varios años de vana oposición lo que hizo que la derecha alemana

se convirtiera al parlamentarismo y a la democracia. En cualquier caso, con Hitler aprendió que más vale medirse como partido democrático con otros partidos parlamentarios de izquierdas en la alternancia del gobierno que intentar competir con un dictador populista y demagogo por la dirección de un Estado autoritario. La creación de la CDU, una fusión del católico centro con los antiguos partidos derechistas, marca este fundamental cambio de actitud de la derecha y representa, en la política alemana, un acontecimiento tan importante como el cambio efectuado treinta años atrás por el SPD, cuando dejó de ser un partido revolucionario para transformarse en parlamentario.

La República Federal tiene lo que no tuvo la de Weimar: una derecha democrática. No sólo la sustenta una coalición de centro izquierda, sino que goza del apoyo de todo el espectro de los partidos (excepto los grupos marginales de tendencia radical). Con este panorama ya no cabe imaginar una evolución como la que despejó el camino a Hitler en 1930. Bonn es, por su estructura política y no sólo por las supuestas ventajas de su Norma Fundamental frente a la Constitución de Weimar, un Estado democrático más sólido y fuerte que la República de 1919. Y continuará siéndolo, dicho sea de paso y para zanjar el tema, aun cuando vuelva a tener un gobierno de derechas —como ya lo tuvo en los primeros diecisiete años de su existencia— o cuando, bajo el impacto del terrorismo, endurezca sus leyes. Quienes comparan la República Federal con el *Reich* de Hitler —personas casi todas ellas que no vivieron bajo su régimen— no saben de qué están hablando.

Hasta aquí los éxitos de Hitler en política interior. Pasemos ahora a sus éxitos internacionales, que también deben más a la flaqueza de sus adversarios que a su propia fortaleza. Igual que en

1930 Hitler se había encontrado con la República de 1919 en plena agonía, en 1935 halló el orden europeo heredado de la paz de 1919 en franca decadencia. Y lo mismo que entonces, ahora topaba con defensores del statu quo desalentados, e incluso con aliados involuntarios entre quienes deseaban sustituir ese orden por algo diferente. Para comprender el porqué de esa constelación debemos dirigir una breve mirada retrospectiva a la historia del orden europeo creado en París en 1919, al igual que antes hemos pasado revista fugazmente a la historia de la República de Weimar.

Se trata de una historia no menos desafortunada y que incluso se halla provista de una estructura idéntica. El orden europeo de 1919 padecía el mismo defecto congénito que la República de Weimar. Así como ésta fracasó por no haber desbancado, desde el comienzo y de una vez por todas, al que seguía siendo el grupo de poder político interior más fuerte y determinante para el funcionamiento del Estado, a saber, la derecha alemana (oportunidad que le proporcionó la Revolución de 1918), y también por no haber sabido integrarlo de forma perdurable en el nuevo Estado republicano, así el tratado de paz parisino fracasó por el hecho de no haber derrocado de forma duradera a la que seguía siendo la potencia europea más fuerte y determinante para la estabilidad del continente, es decir, el Imperio alemán, y también por no haberlo integrado de forma perdurable en ese nuevo orden europeo. Sus creadores hicieron todo lo contrario. En lugar de involucrar desde el comienzo a Alemania como un artífice más en la creación del nuevo orden —como hiciera Metternich con Francia después de las guerras napoleónicas—, la ofendieron y la ultrajaron. Y en lugar de actuar en consecuencia y neutralizarla de forma duradera mediante su partición u ocupación, no sólo no tocaron su unidad e independencia —que ya entre 1871 y 1918 la

habían convertido en la potencia más fuerte de Europa— sino que incluso aumentaron su poderío al eliminar, inconscientes de lo que hacían, gran parte de los contrapesos existentes.

Es psicológicamente comprensible que el Tratado de Versalles —concretamente las estipulaciones reguladoras de la paz que concernían directamente a Alemania— fuese sentido por los alemanes como una ofensa, pues, en efecto, lo fue. La ofensa radicaba, sobre todo, en la forma en que se había gestado el tratado. Era realmente, y así lo denominaban los ultrajados alemanes, una imposición. No fue negociado y pactado entre vencedores y vencidos como los tratados europeos de paz precedentes, en los que, si bien la posición de los vencedores era la más fuerte —por la naturaleza misma de la negociación—, los vencidos participaban, formalmente, en igualdad de condiciones, quedando a salvo su honor y asegurada su implicación moral en el cumplimiento de los pactos. Por el contrario, los alemanes fueron obligados, por ultimátum y con la amenaza de una declaración de guerra, a estampar su firma en un documento negociado y pactado sin su participación. Así pues estaba claro de antemano que no se sentirían vinculados a lo que habían firmado bajo coacción, y no habría sido necesaria la larga lista de disposiciones oprobiosas, discriminatorias y ultrajantes que contenía el tratado, para que los alemanes se reafirmasen en su propósito de sacudirse cuanto antes las ataduras de Versalles. Este propósito determinó la política exterior alemana entre 1919 y 1939, tanto la de Weimar como la de Hitler, y las dos se apuntaron éxitos en la lucha contra el tratado. Cuando Hitler apareció, el orden europeo del que formaban parte «las ataduras de Versalles» se hallaba ya en plena desintegración.

En efecto, las ataduras de Versalles eran papel mojado, como ya había quedado demostrado antes de que Hitler rompiera con asombrosa facilidad lo que restaba de ellas. Eran papel mojado

tanto la prohibición de la anexión de Austria, deseada por alemanes y austríacos, como la de dotar a las fuerzas armadas alemanas de armamento moderno; era papel mojado la limitación de sus efectivos a cien mil hombres y era papel mojado la obligación impuesta a Alemania de pagar reparaciones durante varias generaciones. De hecho, no había ningún poder capaz de forzar el cumplimiento de esas limitaciones y obligaciones. Las resoluciones de la conferencia de paz celebrada en París en 1919 se habían encargado de que tal poder no existiera. Es más, habían logrado justamente aquello que Alemania no había conseguido en los cuatro años de empeño bélico —aunque al comienzo, bajo el impacto de la derrota, los alemanes no se percataran de ello y tardaran algún tiempo en hacerse cargo de la situación—: dar a Alemania una supremacía absoluta y aplastante en Europa. Las amputaciones territoriales que se le practicaron no le restaron fuerza alguna.

Entre 1871 y 1914, sólo la estrecha vecindad con cuatro grandes potencias, —Inglaterra, Francia, Austria-Hungría y Rusia— había impedido que Alemania, desde su posición de primera potencia europea, alcanzara un papel de hegemonía absoluta. Todas ellas eran potencias a las que debía tener presente porque, aunque Alemania era más fuerte que cada una de ellas, resultaba, naturalmente, más débil que todas ellas juntas. Y fue precisamente la gran coalición de Inglaterra y Francia, primero con Rusia y luego con Estados Unidos, lo que, entre 1914 y 1918, abortó la conquista alemana del poder mundial. Ahora bien, con los tratados parisinos de 1919, de las cuatro grandes potencias europeas, una, Austria-Hungría, fue destruida, y otra, Rusia, resultó excluida de toda participación en los asuntos europeos y, por supuesto, también de la coalición vencedora. Al mismo tiempo Estados Unidos, que en 1917 había cerrado la brecha abierta por

Rusia, se retiró de la coalición y se negó a coasumir el orden europeo de sus antiguos aliados. Así pues el nuevo orden sólo fue asumido por Inglaterra y Francia, del mismo modo que la República de Weimar únicamente fue asumida por los tres partidos que integraban la coalición weimariana. En ambos casos, la base era demasiado estrecha para poder afianzar las respectivas estructuras políticas. En efecto, el Imperio alemán, cuya sustancia había quedado intacta, era a la larga demasiado fuerte —y bastaba con fijarse en el desarrollo de la guerra para verlo con claridad— como para que Inglaterra y Francia pudiesen por sí solas mantenerlo dentro de las fronteras trazadas por el Tratado de Versalles. Y los pequeños y recién creados Estados que, ahora ocupaban el espacio de la antigua Austria-Hungría y el que mediaba entre Alemania y Rusia parecían casi predestinados a convertirse en satélites alemanes una vez que Alemania se hubiese recuperado del agotamiento de la guerra y del impacto de la derrota. Con el trato ultrajante dispensado a Alemania en París no sólo se la había empujado al camino del revisionismo y del revanchismo —y se diría que de manera casi obsesiva—, sino que se había hecho lo posible por allanarle ese camino.

Las dos potencias responsables, Inglaterra y Francia, no tardarían en advertir que habían cometido un error capital, pero sacaron consecuencias opuestas de la tenue luz que les encendió la razón. Inglaterra apostó por la necesidad de apaciguar (*appease*) a Alemania suavizando de forma paulatina las condiciones impuestas con miras a convertir a un rival irreconciliable en un socio dispuesto a asumir el orden europeo en cuanto éste hubiera sido revisado: Francia, por el contrario, defendía que había que hacer lo que no se había hecho en París, a saber, despojar de una vez por todas a Alemania de su poder. El antagonismo se hizo patente cuando Francia, en 1923, intentó llevar a cabo su

propósito ocupando la cuenca del Ruhr. Inglaterra no la secundó, y Francia tuvo que ceder y alinearse, a regañadientes, con la política inglesa de apaciguamiento. Política esta que no comenzó, como dice la leyenda, en Múnich en 1938 y con Neville Chamberlain —donde más bien terminó—, sino en Locarno en 1925, con su hermano Austen Chamberlain.

El periodo siguiente —asociado en Alemania al nombre de Stresemann— coincide de manera sorprendentemente exacta con el lapso de tiempo posterior a la elección de Hindenburg como presidente (aunque se extiende más allá del mismo, puesto que también Brüning, Papen y Schleicher siguieron navegando en la estela del apaciguamiento inglés; y, durante los cinco primeros años de su régimen, el mismo Hitler hizo lo propio, al menos en apariencia): así como en Alemania la derecha opositora de la República se dignó por un tiempo aceptar la República con la condición de poder gobernarla, así también Alemania se dignó aceptar el orden europeo de 1919 con la condición de que fuera siendo desmantelado paulatinamente.

Y así sucedió. Los éxitos de Stresemann, Brüning, Papen y Schleicher —el Tratado de Locarno, la incorporación de Alemania en la Sociedad de Naciones, la retirada anticipada de los franceses de la Renania ocupada, la cancelación de las reparaciones, el reconocimiento del derecho de Alemania a rearmarse igual que los otros países— no fueron menores que los de Hitler —el rearme y el servicio militar obligatorio, el acuerdo naval con Inglaterra, la remilitarización de Renania, las anexiones de Austria y de la región de los Sudetes—, pero con una diferencia: los antecesores de Hitler procuraban subrayar el carácter conciliador de sus éxitos, a fin de no contrariar a Inglaterra y mantener en marcha su política de apaciguamiento. Hitler, por el contrario, puso el máximo énfasis en presentar sus éxitos como si los hubiese conquistado con

tesón a un mundo hostil; efecto que, por cierto consiguió, y no sólo por su total control de la opinión pública alemana sino también gracias a cierta predisposición anímica del pueblo alemán, que siempre había ansiado tales triunfos sobre el odiado orden europeo creado en Versalles y había celebrado sólo a medias los éxitos de política exterior mientras fueron obtenidos en nombre de la reconciliación.

Por otra parte, Hitler, con su particular manera de escenificar los éxitos internacionales que le eran concedidos e incluso servidos en bandeja, acabó agriándoles el humor a sus interlocutores ingleses. A éstos no podía ocultárseles que Hitler les negaba más y más la esperada contraprestación, a saber, su participación en la consolidación de la paz europea y la asunción del orden europeo revisado en favor de Alemania. Incluso empezaron a sospechar —y su sospecha era más que fundada— que todas las concesiones que le habían hecho en aras de consolidar la paz, él las usaba para fortalecerse con vistas a una nueva guerra. La anexión de Austria todavía fue aceptada en Inglaterra sin pestañear; en la anexión del territorio de los Sudetes, Londres quería ya tener voz y voto, y los acuerdos de Múnich a los que accedió para satisfacer la «última reclamación territorial» de Hitler fueron enormemente controvertidos. La paciencia de Inglaterra se agotó cuando, al cabo de un año, Hitler violó estos acuerdos marchando sobre Praga. La política de apaciguamiento fue sepultada, y en su lugar surgió, también y precisamente en Inglaterra, una disposición entre resignada y feroz a tensar la cuerda y arriesgarse a emprender una nueva guerra contra Alemania.

Bajo esta luz cabe incluso preguntarse si los éxitos internacionales de Hitler —precisamente por el carácter deslumbrante que supo darles y con el que al mismo tiempo fue cegando poco a poco la fuente de la que manaban— pueden calificarse

verdaderamente como tales, o si no deberían añadirse más bien a sus desaciertos, que nos ocuparán en un capítulo posterior. En cualquier caso, fueron el preámbulo de un gran error, a saber, el cometido por Hitler en los años 1939-1941, cuando se jugó la hegemonía alemana en Europa —que ya nadie discutía y que había sido restablecida sin necesidad de guerra— al transformarla en conquista bélica y ocupación del continente, acto comparable a la violación con alevosía que un hombre comete contra una mujer totalmente dispuesta a entregarsele.

Así y todo, esos años le depararon otra tanda de éxitos, superfluos y, por su efecto duradero, incluso perjudiciales, pero éxitos al fin y al cabo, si bien esta vez no de carácter político sino militar. De todos ellos sólo uno fue realmente impresionante: la rápida y fácil victoria militar sobre Francia. Que Alemania pudiera si se le antojaba avasallar militarmente a países como Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, Luxemburgo, Yugoslavia y Grecia, no sorprendía a nadie y sólo suscitaba temor y odio, pero no admiración. Pero que Francia, con la que no había podido durante los cuatro años de la Primera Guerra Mundial, fuera ahora obligada a capitular en cuestión de seis semanas bajo el mando de Hitler, reforzaba una vez más —por última vez— su fama de milagrero y de genio militar. En 1940 se convirtió a los ojos de sus admiradores, después de todos sus éxitos nacionales e internacionales, en «el mariscal más grande de todos los tiempos». Hoy ya no hace falta perderse en prolíficas explicaciones para demostrar que no lo fue. Antes bien, hay que salir en su defensa cuando lo atacan los críticos del estamento militar. En efecto, a juzgar por sus memorias, todos los generales alemanes de la Segunda Guerra Mundial habrían ganado la contienda si Hitler no se lo hubiera impedido.

Pero no fue para tanto. Hitler sabía perfectamente cómo conducir una guerra. Intelectualmente, había asimilado mejor que cualquier otra cosa sus experiencias de campaña en la Primera Guerra Mundial. Además siguió ampliando sus conocimientos militares después de la guerra, y, comparado con sus adversarios Churchill, Roosevelt y Stalin —como Hitler, estrategias no profesionales que asumieron el mando supremo no sólo formalmente sino impartiendo a menudo órdenes a sus generales— no sale mal parado, como tampoco sale perdiendo si se le compara con algunos de sus propios generales. Es cierto que la idea de las divisiones acorazadas independientes procedió de Guderian y que el plan, estratégicamente brillante, de la campaña de Francia (un plan mucho mejor que el famoso plan Schlieffen) fue concebido por Manstein. Pero, sin Hitler, ni Guderian ni Manstein se habrían impuesto contra los generales de mayor rango en el escalafón, más devotos de la tradición y de mentalidad más cerrada. Fue Hitler quien se hizo eco de sus planes, y sólo a él debían que éstos se hubieran llevado a la práctica. Y si, por una parte, la obstinada, rígida y nada ingeniosa estrategia defensiva seguida por Hitler en los últimos años de la guerra contra Rusia dejaba demasiado patente su obsesión por las trincheras heredada de la Primera Guerra Mundial, por otra parte hay que preguntarse si, de no ser por la misma obstinación de Hitler, esa guerra no se hubiera perdido ya en el primer invierno de forma clamorosa. Sin duda, Hitler no fue el genio militar que creía ser, pero tampoco fue el ignorante y chapucero redomado en que, como chivo expiatorio de la derrota, aparece en tantas memorias de generales. En cualquier caso, una buena parte del éxito por sorpresa que constituyó la campaña de Francia de 1940 le corresponde a él.

Y no sólo porque supo reconocer el valor del plan Manstein e imponerlo en contra de las reservas de Brauchitsch, comandante

del ejército, y de Halder, jefe del estado mayor, sino sobre todo porque fue él, y sólo él, quien se encargó de que se osara siquiera emprender tal campaña. De hecho, todos los generales alemanes tenían presente el espectro de la campaña de Francia de 1914, que tras la primera embestida se había paralizado para convertirse en una guerra de posiciones de cuatro años de duración. Antes de embarcarse por segunda vez en una aventura similar, algunos altos mandos estaban incluso dispuestos a protagonizar una intentona contra Hitler. Y, al igual que los generales alemanes, el mundo entero daba por supuesto que Francia repetiría el milagro defensivo de 1914. Todos menos Hitler. Fueron precisamente esa esperanza generalizada y su súbita frustración las que hicieron que la victoria de Hitler sobre Francia apareciera rodeada de la aureola resplandeciente de un auténtico milagro. Pero no lo fue en absoluto. El milagro había sido la heroica defensa de Francia de 1914; pero la Francia de 1940 no era la de 1914. (Tal vez no sea ocioso señalar que la Francia de 1978 tampoco es la de 1940. Se trata de una nación rejuvenecida y física y moralmente refortalecida). En realidad, Francia ya estaba derrotada interiormente antes de que los primeros tanques alemanes atravesaran el Mosa.

Cuando antes hemos esbozado la disolución del orden europeo de 1919, hemos dejado a Francia en el año 1924, año en que, tras el fracaso de su empresa en solitario en la cuenca del Ruhr, no tuvo más remedio que acomodarse a la política inglesa de apaciguamiento, primero mostrándose reacia y actuando de freno, luego con una inercia creciente y al final con un exceso de celo casi masoquista. En efecto, Francia desempeñó, a partir de ese año, un papel inferior en la política europea. Los protagonistas eran ahora Inglaterra y Alemania, y la pregunta crucial era si el apaciguamiento inglés armonizaría con el revisionismo alemán. A Francia no le quedaba más que esperar lo mejor, es decir, que al

final Alemania se contentara con la paulatina satisfacción de sus reclamaciones.

De lo contrario, a Francia le tocaría la peor parte, pues cada concesión a Alemania sería a sus expensas; con cada concesión, la supremacía natural de los setenta millones de alemanes sobre los cuarenta millones de franceses, que Francia había tratado de romper en vano en 1919 y 1923, quedaba restablecida; y si el apaciguamiento, como en Francia siempre se había temido, no daba frutos, y la Alemania refortalecida pasaba algún día al ataque y a la revancha, Inglaterra tenía al menos el mar de por medio, pero Francia no tenía ya ni siquiera el Rin. Francia siguió la política inglesa aunque desde el comienzo juzgó con profundo escepticismo sus posibilidades de éxito; la siguió porque no tenía más remedio. Pero en esta partida su nervio vital se fue debilitando poco a poco, y su voluntad de autoafirmación se atrofiaba más y más; con el tiempo, no se atrevía a imaginar una segunda batalla del Marne o un segundo Verdún. Desde que, en 1936, las tropas de Hitler habían vuelto a ocupar sus antiguas posiciones de despliegue en Renania —la misma Renania que Francia, siguiendo la política de apaciguamiento, había evacuado seis años atrás y antes del plazo previsto—, Francia miraba a Alemania como el conejo a la serpiente; y en última instancia debía de deseear, en su subconsciente, que llegara el horrible pero inevitable final. // *faut en finir* («Hay que acabar con esto»): el grito con que Francia entró en la guerra en 1939 sonaba ya casi como la invocación de la derrota: «¡Acabemos de una vez!».

La historia de Francia entre 1919 y 1939, que comprende una victoria amarga y duramente conquistada, después irremediablemente perdida, y un gradual descenso de la más orgullosa autoconciencia a un autoabandono casi consumado, constituye toda una tragedia. Naturalmente en Alemania no se percibió así;

Francia seguía siendo, en la memoria colectiva de los alemanes, el ogro malvado de los primeros años de la posguerra. Es más: su tragedia no se percibió en absoluto. Se creía que el país vecino seguía siendo no sólo la Francia triunfante de 1919 sino también la Francia heroica de 1914. Los generales alemanes temían un nuevo Marne o un nuevo Verdún, tanto como los franceses. Y cuando estalló la guerra en 1939 no sólo los alemanes, sino —y esto fue lo más sorprendente— el mundo entero, con Inglaterra y Rusia a la cabeza, daba por descontado que Francia, igual que en 1914, estaría en todo momento dispuesta a derramar la sangre de sus hijos para defender el suelo patrio. Hitler fue el único que no lo creyó así.

A posteriori es fácil ver lo que entonces solo Hitler veía: Francia, presa de una desesperación resignada, llevaba quince años actuando en contra de sus intereses vitales, primero a regañadientes, luego con inercia creciente. En 1925 había cerrado el Tratado de Locarno, con el que prácticamente abandonó a su suerte a sus pequeños aliados del Este europeo; en 1930, evacuó Renania, en la que habría podido quedarse cinco años más; en el verano de 1932, renunció a sus reclamaciones de reparación; a finales de otoño, concedió a Alemania su igualdad de derechos en el terreno militar; en 1935, contempló petrificada cómo Alemania proclamaba a los cuatro vientos su impresionante programa de rearme; no menos sorprendida se vio en 1936, cuando la *Wehrmacht* entró en Renania, que según el Tratado de Locarno había de permanecer desmilitarizada; y también en marzo de 1938, cuando Alemania, no sin recurrir a la fuerza militar, consumó la anexión de Austria; en septiembre de ese año, incluso la misma Francia entregaría a Alemania grandes territorios de su aliada Checoslovaquia para comprar la paz; y cuando al cabo de un año, por fin, le declaró la guerra a Alemania —significativamente seis

horas después que Inglaterra y más apesadumbrada que encolerizada—, porqué ésta acababa de atacar a su segundo aliado, Polonia, mantuvo a sus soldados descansando armas durante tres semanas, tres semanas en las que la totalidad del ejército francés sólo tuvo enfrente una única unidad alemana, mientras que todos los demás efectivos germanos se hallaban en el extremo oriental, empleados en acabar con Polonia. ¿Y un país así iba a ser capaz de un segundo Marne o un segundo Verdún cuando fuera atacado? ¿No se derrumbaría al primer asalto, como se derrumbó Prusia en 1806, que también había practicado una política cobarde durante once años, para declarar, en el último y peor momento, a un Napoleón ya muy superior, una guerra cuyo sentido ella misma no comprendía del todo? Hitler estaba muy seguro del triunfo de su empresa. Y hay que reconocer que tenía razón. La campaña de Francia se convertiría en su mayor éxito.

Claro está que de este éxito cabe decir lo mismo que hemos dicho con respecto a todos sus demás éxitos. No fue el milagro por el que el mundo entero lo tomó. Fueran la República de Weimar o el orden europeo de 1919 los que recibieran la estocada final, fueran los conservadores alemanes o Francia entera las víctimas de su avasallamiento, lo cierto es que Hitler se limitó a tumbar lo que ya se venía abajo, a rematar lo que ya agonizaba. Si hay que reconocerle algo es el instinto para adivinar lo que se venía abajo, lo que agonizaba esperando el golpe de gracia; instinto que lo aventajaba frente a todos sus rivales (ya lo había tenido de joven en la vieja Austria) y con el que impresionaba tanto a sus contemporáneos como a sí mismo. Pero este instinto, que sin duda es un don muy útil en un político, se parece menos a la vista del águila que al olfato del buitre.

Errores

La vida de los hombres es breve, y larga la de los Estados y la de los pueblos; también los estamentos y las clases, las instituciones y los partidos suelen perdurar considerablemente más que los individuos que están a su servicio en calidad de políticos. De ahí que en su mayoría éstos actúen de forma puramente pragmática —y curiosamente cuanto más a la derecha están, mayor es esta tendencia—. No conocen la obra entera en la que tienen su breve intervención; tampoco pueden ni quieren conocerla y se limitan a hacer lo que parece pedir el momento. Se trata de una actitud con la que a menudo tienen más éxito que aquellos que persiguen metas lejanas e intentan, por lo general en vano, descubrir el sentido de la obra entera. Hay incluso políticos agnósticos (y con frecuencia son los de mayor éxito) que ni siquiera creen que la obra tenga sentido. Bismarck fue uno de ellos: «¿Qué son nuestros Estados y nuestro poder y honor ante Dios sino hormigueros que aplasta la herradura del buey, o colmenas de abejas a las que el destino les llega disfrazado de apicultor!».

El otro tipo de político, aquel que intenta llevar a la práctica una teoría y, sirviendo a su Estado o a su partido, quiere servir también a la providencia, a la historia o al progreso, suele actuar desde la izquierda y acostumbra a tener menos éxito. Los políticos idealistas y utopistas fracasados son legión. Así y todo, algunos grandes hombres han tenido éxito con esa clase de política, sobre

todo los grandes revolucionarios, como Cromwell, Jefferson o, en nuestro siglo, Lenin y Mao. Que en la realidad su éxito siempre fuera muy distinto al esperado —léase más feo—, no afecta al éxito como tal.

Hitler, y ésta es la razón principal por la que deberíamos ser prudentes a la hora de encasillarlo sin más en la derecha, pertenecía por completo a esta segunda clase de políticos. No deseaba en absoluto ser un político meramente pragmático, sino que aspiraba a ser un pensador y pretendía fijar metas políticas; lo que Hitler quería era convertirse en un político «programático», según su expresión privativa; en cierto modo, no sólo en el Lenin sino también en el Marx del hitlerismo. Y estaba muy orgulloso de que en él se unieran el «programático» y el político, cosa que, en su opinión, sólo pasaba una vez «en largos periodos de la humanidad». También supo ver acertadamente que el político cuyo trabajo se inspire en una teoría o «programa» tiene, por lo general, mayores dificultades que el político meramente pragmático: «Pues cuanto más grandes para el futuro son las obras de un hombre, más difícil es también la lucha, y más raro el éxito. Si éste, no obstante, llega a sonreírle alguna vez en siglos, entonces podrá rodearle a uno, en sus días postreros, un tenue brillo de la gloria venidera».

Es sabido que no fue éste el destino de Hitler. Lo que en sus días postreros le «rodeó» fue todo menos el brillo de la gloria venidera. Pero es absolutamente cierto que en su quehacer político siguió un programa de confección propia, con lo cual más bien se complicó las cosas antes que facilitárselas. Podemos incluso ir más lejos y decir que prácticamente programó su fracaso. En efecto, la concepción del mundo que se había fabricado, y sobre la cual descansaba su programa, no era correcta; y una política

inspirada en esa concepción no podía alcanzar su meta, como tampoco puede alcanzarla el viajero que usa un mapa equivocado.

Así pues, merece la pena examinar más de cerca la cosmovisión política de Hitler para separar en ella lo equivocado de lo correcto o mínimamente tolerable. Curiosamente hasta la fecha apenas se han realizado intentos de este tipo. En 1969, cuando Eberhard Jäckel desbrozó la «cosmovisión de Hitler» a partir de la masa informe de sus pensamientos dispersos en libros y discursos, los estudiosos de Hitler ni siquiera habían apuntado la existencia de tal cosmovisión. Antes bien, la opinión dominante hasta entonces puede resumirse con las palabras de su biógrafo inglés Alan Bullock: «El único principio del nazismo era el poder y el dominio *per se*». Estaría así en explícita oposición a Robespierre y Lenin, por ejemplo, en quienes «la voluntad del poder (...) coincidía con el triunfo de un principio». Hitler era considerado —y sigue siendo considerado por muchos que no han profundizado en el tema— un mero oportunista y un político guiado únicamente por su instinto.

Pero eso es justamente lo que no fue. Por mucho que en cuestiones de táctica y de calendario confiara en su instinto —en su «intuición»—, Hitler se guiaba en su estrategia política por principios fijos e incluso rígidos, principios que por otra parte había ordenado de tal manera que conformaban un entramado medianamente coherente aunque deshilachado en sus bordes —una «teoría» en el sentido marxista de la palabra—. Jäckel reconstruyó esa teoría *a posteriori*, por así decirlo, recogiendo los numerosos y dispersos fragmentos y divagaciones sobre la misma en los escritos políticos de Hitler. Sin embargo, el autor no pasó de allí, pues consideró superfluo someter la teoría a un análisis crítico: «Entre personas civilizadas huelga decir que esta cosmovisión, que de antemano se valía de la guerra y el asesinato descarada y

exclusivamente, jamás ha sido superada en cuanto a primitivismo y brutalidad». Ciertamente y más que cierto. En efecto, no supone ningún placer ahondar en Hitler como pensador político en aras de un análisis crítico. No obstante, parece necesario hacerlo, y por dos motivos contrapuestos.

Por una parte, porque mientras se rehuya tal análisis, seguirán perviviendo más elementos de la teoría hitleriana de los que uno creería, y no sólo entre los alemanes ni tampoco únicamente entre los adeptos declarados. Por otra parte, porque mientras lo equivocado de esos pensamientos no se separe de los aspectos más o menos certeros que hay en ellos, lo correcto corre el peligro de ser convertido en tabú por el mero hecho de haber sido pensado también por Hitler. Sin embargo, dos y dos son cuatro, y así seguirá siendo aunque Hitler, indudablemente, estaría de acuerdo.

El segundo peligro es tanto mayor cuanto que casi todas las posiciones de partida hitlerianas carecen de originalidad. Lo original, y casi siempre equivocado, como pudo comprobarse, es lo que hizo a partir de ahí —de forma similar a como en sus proyectos arquitectónicos partía de un clasicismo convencional inobjetable para luego estropearlo mediante proporciones exageradas y ostentadamente provocadoras—. Sus concepciones básicas eran compartidas por la mayoría de sus contemporáneos; se trataba muchas veces de verdades de Perogrullo del tipo «dos y dos son cuatro».

Verdad de Perogrullo es, por ejemplo, afirmar que existen diferentes pueblos, y diferentes razas, aunque desde Hitler esta última palabra apenas puede utilizarse ya. Una idea casi universalmente aceptada en su tiempo, incluso hoy muy dominante, es la de que los Estados y los pueblos deberían coincidir entre sí lo máximo, y por tanto los Estados ser Estados nacionales. Y también la opinión de que las guerras son indisociables de las

relaciones entre los países es una manera de pensar que no ha sido puesta en tela de juicio hasta después de Hitler, y la cuestión de cómo eliminarlas sigue sin tener respuesta en la actualidad.

Valgan estos ejemplos como advertencia para no rechazar por indiscutible cuanto Hitler dijo y pensó, por el mero hecho de haberlo dicho y pensado él; para no acallar con su mortífero nombre a todo aquel que considere a los pueblos y las razas como las realidades que efectivamente son, defienda el Estado-nación, o contemple la posibilidad de la guerra. Que Hitler haya calculado mal no es motivo para abolir los números.

Intentemos ahora exponer, siquiera brevemente, la concepción histórico-política del mundo que informaba el pensamiento de Hitler, esto es, la teoría del «hitlerismo». Tiene, a grandes rasgos, el siguiente perfil.

Los únicos actores de todo acontecer histórico son los pueblos o las razas, no las clases ni las religiones, ni tampoco, en rigor, los Estados. La historia «es la representación de cómo se desarrolla la lucha vital de un pueblo». O también, si se quiere: «Todo acontecer histórico-universal no sería más que la manifestación del instinto de conservación de las razas». El Estado es «en principio sólo un medio para un fin y entiende que su finalidad es la de conservar la existencia racial de los hombres». O, de manera menos defensiva: «Su finalidad radica en la conservación *y potenciación* de una comunidad de seres vivos de igual naturaleza física y anímica». «La política interior ha de asegurarle a un pueblo la fortaleza interna para que pueda afirmarse en su política exterior».

Afirmarse en la política exterior significa luchar: «Luche, pues, el que quiera vivir, y el que no quiera batallar en este mundo de la pugna eterna no merece la vida», y la lucha entre los pueblos (o las razas) adopta normal y naturalmente la forma de la guerra.

Bien miradas, «las guerras pierden el carácter de sorpresas aisladas más o menos violentas y se integran en un sistema natural y hasta espontáneo de desarrollo profundo, sólidamente cimentado y duradero de un pueblo».

«La política es el arte de llevar a cabo la lucha vital de un pueblo por su existencia en la tierra. La política exterior es el arte de asegurarle a un pueblo el tamaño y la calidad de espacio vital que necesita. La política interior es el arte de conservar el valor de la raza y el número de un pueblo como recursos necesarios para conseguir lo anterior». En suma, la política es la guerra o la preparación para la misma, y lo que en ella está realmente en liza es el espacio vital. Se trata de una ley general que vale para todos los pueblos e incluso para todos los seres vivos, pues «ilimitado es su instinto de conservación y el ansia de pervivencia, y limitado es, en cambio, el espacio en el que tiene lugar todo ese proceso vital. En esta limitación del espacio vital radica la necesidad de la lucha vital». Pero es una ley que vale particularmente para el pueblo alemán, que «debe acumular fuerzas para avanzar por la vía que ha de conducirlo de la estrechez del espacio vital en la que hoy vive, hacia nuevas tierras». Su principal meta ha de ser «eliminar la desproporción existente entre el número de miembros de nuestro pueblo y la superficie de su suelo, vista ésta como fuente de alimentación y como base del poder político».

En segundo lugar, sin embargo, la guerra tiene por objeto el dominio y la subyugación. Lo que «desea el principio aristocrático de la naturaleza es la victoria del más fuerte y la destrucción o la sumisión incondicional del más débil». En ello consiste aquel «libre juego de fuerzas que ha de conducir a un permanente perfeccionamiento mutuo de la raza a través de la crianza».

En tercer lugar, el objeto último de esa lucha permanente de los pueblos es la dominación mundial. Es en su discurso del 13 de

noviembre de 1930, donde más clara y concisamente lo expresó: «Todo ser aspira a la expansión, y todo pueblo a la dominación del mundo». Y está bien que sea así, pues «todos nosotros intuimos que en un futuro lejano se cernirán sobre el ser humano problemas a cuya superación sólo estará llamada una raza suprema por su condición de pueblo de amos que puede apoyarse en los recursos y las posibilidades de todo un planeta». Y al final de *Mi lucha* dice, en referencia inequívoca a Alemania, «que necesariamente tiene que ganar la posición que le corresponde en esta tierra»: «Un Estado que en la era de la intoxicación de las razas se dedica al cuidado de sus mejores elementos raciales tiene que convertirse algún día en amo y señor de la tierra».

Hasta aquí todo su pensamiento resulta ciertamente un poco estrecho, enrevesado y temerario, pero no deja de ser coherente. Sólo se torna angustioso cuando se observan los juegos malabares que Hitler hace con el concepto de «raza», concepto clave de su ideario («la cuestión racial es la clave de la historia universal») pero que no llega a definir nunca y que equipara al concepto de «pueblo». «Una raza suprema por su condición de pueblo de amos» dominará un día el mundo, según Hitler. ¿Pero quién, en definitiva? ¿Una raza o un pueblo? ¿Los alemanes o los arios? Hitler nunca lo aclara.

Tampoco aclara a quiénes considera arios. ¿Sólo a los pueblos más o menos germánicos? ¿O a todos los blancos excepto los judíos? No hay en Hitler ninguna referencia concreta sobre este particular.

En efecto, el término «raza» tiene dos significados distintos, tanto en la lengua corriente como en la de Hitler: uno es ponderativo y el otro neutral con función diferenciadora. «Buena raza», «mejorar la raza» son expresiones ponderativas propias del ámbito de los criadores de animales útiles, que excluyen a ejemplares

de valor inferior y tratan de potenciar determinadas cualidades de la raza mediante la crianza. Así es también como Hitler emplea el término a menudo: habla del «valor de la raza» de un pueblo, que debe ser aumentado, por ejemplo, mediante la esterilización de los oligofrénicos o la exterminación de los perturbados mentales. Junto a este uso, en la lengua corriente existe el empleo neutral del término «raza» para diferenciar las variedades de una misma especie, variedades que, evidentemente, existen tanto en los humanos como en los caballos o en los perros. A los humanos de diferente color de piel se les llama, sin ningún juicio de valor, personas de diferentes razas, y si desde Hitler uno se niega a usar la palabra no hay más remedio que inventar otra con el mismo significado. Por otra parte, y para complicar aún más las cosas, en tiempos de Hitler se había generalizado la tendencia a llamar «razas» —nórdicas, del Este, del Oeste o «dináricas»— a las diferentes variantes de la raza blanca, es decir, a los pueblos germánicos, románicos y eslavos, o a los distintos tipos somáticos y craneales, a los que se asociaban toda clase de prejuicios y valoraciones arbitrarias; «germánico» o «nórdico» sonaba para algunos más fino que «eslavo» o «del Este».

En Hitler todas estas ideas aparecen en completo desorden, y Jäckel, cuya meritoria exposición de la cosmovisión hitleriana hemos seguido hasta aquí en lo esencial, acentúa tal vez ese desorden, si bien procura otorgar a la doctrina racial de Hitler un lugar fijo e inobjetable, desde un punto de vista lógico, en el panorama global. Ello sólo es posible obviando una cosa, y es precisamente esa cosa la que Hitler consideraba la idea principal. Ciertamente, todo encaja mientras sólo se utilice el término «raza» en el sentido que le dan los criadores —y como lo hace también Hitler algunas veces—, esto es, diciendo que un pueblo puede y debe mejorar el «valor de su raza» por medio del

«perfeccionamiento de la crianza». Los actores de la historia son entonces los pueblos; la propia historia consiste en las guerras y en la lucha por el espacio vital y la dominación del mundo por parte de los mismos pueblos, y en consecuencia éstos deben rearmarse constantemente no sólo en el plano militar y en el ideológico sino también en el biológico, aumentando precisamente el «valor de la raza», es decir, aniquilando a los débiles y cultivando conscientemente las cualidades útiles para la guerra. Aunque todo eso no sea correcto —y volveremos sobre esta cuestión— debemos reconocer que es coherente y concluyente. Pero no representa más que una mitad de la concepción hitleriana del mundo. La otra corresponde a su antisemitismo, cuya justificación y racionalización requiere el segundo significado de «raza». Es más: podemos afirmar que necesita una teoría totalmente nueva y que se contradice con la primera en muchos aspectos.

Hasta aquí hemos tocado sólo en una ocasión, y brevemente, el antisemitismo de Hitler: cuando, al examinar su biografía, hemos concluido que el antisemitismo fue lo primero que cuajó en él, antes aún que su nacionalismo étnico y pangermánico. A partir de ahora, este aspecto repugnante de su pensamiento nos ocupará en todos los capítulos, pues su visión de los judíos no sólo fue entre sus errores de concepto el que más consecuencias acarreó, sino que su política con respecto a los judíos fue también su primera actuación desacertada; contra los judíos cometió el más grave de todos sus crímenes, y también en su traición final a Alemania su obsesión antisemita desempeñó un papel nada despreciable. En este capítulo nos ocuparemos de los aspectos erróneos que presenta su teoría antisemita. Se trata, una vez más, de toda una teoría en sí misma, y únicamente con grandes malabarismos puede hacerse que encaje en la otra, que acabamos de esbozar y que podríamos llamar teoría nacionalista. En ésta, la historia sólo

consistía en las luchas permanentes que los pueblos libran por el espacio vital. Ahora de repente vemos que ésa no es toda la historia. Además de la lucha de los pueblos, la historia tiene, según Hitler, otro contenido perpetuo, a saber, la lucha de las razas, que no es una pugna entre blancos, negros y amarillos (las diferencias raciales que puedan existir entre éstos le tienen sin cuidado), sino una lucha dentro de la raza blanca, es decir, entre los «arios» y los «judíos», o sea, entre los judíos y todos los demás, quienes, aunque estén luchando constantemente unos con otros, pertenecen a un mismo bando: el bando opuesto al de los judíos. No es una lucha por el espacio vital sino, literalmente, por la vida: es una lucha de exterminio. «El judío» es el enemigo común de todos: «Su meta final es la desnacionalización, la bastardía total de los otros pueblos, el rebajamiento del nivel racial de los superiores, así como el dominio sobre esa maraña de razas por medio del exterminio de las inteligencias nacionales y su sustitución por miembros de su propio pueblo». Y no sólo eso: «Si el judío, con la ayuda de su credo marxista, triunfa sobre los pueblos de este mundo, su corona será la corona funeraria de la humanidad; entonces este planeta vagará por el éter vaciado de seres humanos, como hace millones de años». Por tanto los judíos no sólo pretenden exterminar «las inteligencias nacionales» sino acabar, al parecer, con toda la humanidad. Siendo así, la humanidad entera tiene que unirse naturalmente para exterminarlos a su vez; y en efecto, Hitler, en su calidad de exterminador de judíos, no se presenta como un político específicamente alemán sino como el pionero de toda la humanidad: «Defendiéndome de los judíos, luché por la obra del Señor». En su testamento político dice del «judaísmo internacional» que es el «intoxicador de todos los pueblos del mundo», y su último dictado a Bormann, del 2 de abril de 1945, termina con las siguientes palabras: «Gracias eternas

serán dadas al nacionalsocialismo porque yo haya borrado a los judíos del mapa alemán y centroeuropeo». Hitler se presenta aquí como un político internacionalista y benefactor de la humanidad.

De momento aún nos abstendremos un poco más de criticar su ideario (por muy difícil que resulte reproducir sin censura esas barbaridades asesinas) y nos limitaremos a exponerlo. Y en este punto, la exposición requiere que demos respuesta a tres preguntas.

La primera: ¿qué son, en realidad, los judíos a los ojos de Hitler? ¿Una religión, un pueblo, una raza?

La segunda: ¿qué hacen, según Hitler, para convertirse en un peligro tan grande para los otros pueblos y merecer una suerte tan atroz?

La tercera: ¿cómo se puede conciliar la doctrina hitleri-ana de la lucha eterna entre los judíos y el resto de los pueblos con su doctrina de la lucha no menos eterna —y asimismo deseada por Dios— de todos los demás pueblos entre sí?

Hitler intentó responder a las tres preguntas, pero sus respuestas resultan un tanto confusas y forzadas. Es en estas últimas donde su ideario se deshilacha.

En cuanto a la primera pregunta, para Hitler sólo está claro que los judíos no son una comunidad religiosa. No se cansa de repetirlo, aunque jamás ofrece la justificación que su afirmación requiere. Pues está a la vista de todos que existe una religión judía, y que gracias a ella los judíos se mantuvieron unidos durante casi mil novecientos años de diáspora. Sea como fuere, para Hitler no

constituyen una comunidad religiosa. En cambio, parece que nunca acabó de definir si se trataba de una raza o de un pueblo. Si bien habla una y otra vez de la raza judía —en el doble sentido de «raza mala» y «otra raza»—, en su segundo libro, donde se encuentra la exposición más elaborada de su teoría del antisemitismo, los llama, más acertadamente sin duda, un pueblo, e incluso les concede lo mismo que a los demás pueblos: «Del mismo modo que todo pueblo posee, como fuerza motriz y tendencia básica del conjunto de sus acciones terrenales, la obsesión por conservarse a sí mismo, también los judíos la tienen». Pero se apresura a añadir: «Sólo que en ellos la lucha por la supervivencia adopta formas diferentes, dada la predisposición radicalmente distinta de los pueblos arios y de los judíos».

Pues los judíos —y ahora pasamos a la respuesta dada por Hitler a la segunda pregunta— son, por esencia, internacionales, y por tanto incapaces de formar Estado. «Judío» e «internacional» son para Hitler casi sinónimos. Todo lo que es internacional es a la vez judío, y en este contexto habla incluso de un Estado judío: «El Estado judío nunca ha estado limitado geográficamente sino que ha sido ilimitadamente universal en el espacio; sin embargo, está restringido a la cohesión de una raza». De ahí que ese «Estado judío» —y ahora viene lo gordo—, el «judaísmo internacional», sea el enemigo de todos los demás Estados, a los que combate implacablemente por todos los medios: en la política exterior, mediante el pacifismo y el internacionalismo, el capitalismo y el comunismo; en la política interior, mediante el parlamentarismo y la democracia. Instrumentos todos ellos para debilitar y destruir el Estado, inventados por los judíos, que sólo buscan una cosa: perturbar y debilitar a los pueblos «arios» en su magnífica lucha por el espacio vital (lucha en la que los judíos

arteramente no participan) para asegurarse de este modo su propia y perniciosa dominación del mundo.

Y con ello ya tenemos la respuesta de Hitler a la tercera pregunta. ¿Por qué todos los pueblos deben cerrar filas en contra de los judíos cuando supuestamente se dedican de lleno a luchar entre sí por el espacio vital? Respuesta: deben hacerlo justamente *porque* han de luchar por el espacio vital y *para que* puedan consagrarse a esa lucha sin que nadie los moleste. Los judíos son los aguafiestas de ese hermoso juego: con su internacionalismo y su pacifismo, su capitalismo (internacional) y su comunismo (asimismo internacional) distraen a los pueblos «arios» de su tarea y ocupación principal, y por eso tienen que desaparecer, desaparecer completamente, del mundo entero y no sólo de Alemania. Hay que «quitarlos de en medio», pero no como se quita un mueble para ponerlo en otro sitio, sino como se quita una mancha, eliminándolos. No hay que dejarles ninguna salida. Aun cuando abjuren de su religión, eso no significa nada, ya que no son una comunidad religiosa sino una raza. Y si intentan escapar de su raza mezclándose con los «amos», es todavía peor, puesto que así deterioran la raza «aria» y hacen del pueblo en cuestión un pueblo inepto para la necesaria lucha vital. Pero lo peor de todo es cuando tratan de asimilarse a ese pueblo convirtiéndose en patriotas alemanes, franceses, ingleses o de la nación que sea: pues entonces su propósito es «empujar a los pueblos a enzarzarse en guerras unos con otros», ¿pero no era ésta la misión de los pueblos, según Hitler?, «y erigirse así lentamente en sus amos mediante el poder del dinero y de la propaganda». Vemos que los judíos, hagan lo que hagan, nunca están en su derecho; y en cualquier caso, deben ser exterminados.

Hasta aquí la segunda teoría de Hitler, la antisemita, independiente de la primera e incluso difícil de compaginar con ésta.

Una y otra constituyen lo que puede llamarse el «hitlerismo», el ideario del Hitler «programático», y en cierto modo es su correlato del marxismo.

Con éste, el hitlerismo comparte al menos una cosa: la pretensión de explicar toda la historia universal desde un solo punto de partida: «La historia de todas las sociedades existentes hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases», dice el *Manifiesto comunista*; y, de forma análoga, Hitler dice: «todo acontecer histórico universal sólo es la manifestación del instinto de conservación de las razas».

Tales frases poseen un gran poder de sugestión. Quien las lee tiene la sensación de que, de repente, se le está encendiendo una luz: lo embrollado se torna sencillo, lo complicado, simple. A quien las acepta de buena voluntad le dan una agradable sensación de haber sido iluminado y saberlo todo; además suscitan rabia e impaciencia contra aquellos que *no* las aceptan, pues la connotación implícita de tan contundentes palabras es que «todo lo demás es superchería». Esa mezcla de arrogancia e intolerancia se encuentra tanto en los marxistas como en los hitleristas convencidos.

Naturalmente, es un error pensar que «toda la historia» es una cosa o es otra. La historia es una jungla, y ninguna brecha que se abra en ella permite acceder a todo el bosque. En la historia, ha habido luchas de clases y luchas de razas, pero, además (y con mayor frecuencia), ha habido luchas entre Estados, pueblos, religiones, ideologías, dinastías, partidos y un largo etcétera. No hay comunidad humana imaginable que en determinadas circunstancias no pueda entrar en conflicto con otra, ni existe ninguna que no lo haya hecho en algún momento de la historia.

Sin embargo, la historia no sólo consiste en luchas. He aquí el segundo error de concepto que subyace a aseveraciones de este

género. Tanto los pueblos como las clases han convivido en paz durante bastante más tiempo histórico de lo que lo han hecho en guerra, y los medios con los que lo han conseguido son al menos tan interesantes y dignos de investigación histórica como las causas que, una y otra vez, los han llevado a enfrentarse bélicamente.

Uno de estos medios es el Estado, y llama la atención el papel subalterno que éste desempeña en el esquema político de Hitler. En un contexto muy diferente, al examinar sus logros hemos topado ya con el hecho sorprendente de que Hitler no era un estadista y que incluso destruyó en lo posible, mucho antes de la guerra, lo que quedaba del Estado alemán sustituyéndolo por un caos de «estados dentro del Estado». Ahora encontramos en su ideario la justificación teórica de ese comportamiento erróneo. Hitler no se interesaba por el Estado, no entendía nada del Estado ni le concedía la menor importancia. Para él, únicamente contaban los pueblos y las razas. El Estado era «solo un medio para llegar a un fin», a saber: la guerra. De hecho, entre 1933 y 1939, no escamoteó medios para preparar la guerra, por lo que creó una maquinaria bélica y no un Estado. Y ello habría de volverse en su contra.

Pues un Estado no es solamente una maquinaria bélica —a lo sumo la tiene— y tampoco es, necesariamente, la organización política de un pueblo. La idea del Estado-nación no tiene más de doscientos años de existencia. La mayoría de los Estados históricos abarcaban o abarcan muchos pueblos, como los grandes imperios de la antigüedad o la Unión Soviética, o solamente partes de un pueblo, como los antiguos Estados-ciudad o los dos Estados alemanes modernos resultado de la Segunda Guerra Mundial. No por eso dejan de ser Estados; no por eso dejan de ser necesarios. La idea de Estado es mucho más vieja que la idea de nación. Y la función principal de los Estados no es la de librar guerras sino, al

contrario, la de conservar y asegurar la paz interior y exterior de sus habitantes, sean éstos nacionalmente homogéneos o no. Los Estados son sistemas de orden. La guerra es, no menos que la guerra civil, un estado de excepción y de emergencia estatal. Para resolver tales situaciones el Estado tiene su monopolio de poder, su ejército y su policía. Naturalmente, los tiene también para dirimir conflictos, pero no para conquistar espacio vital a costa de otros pueblos, ni para librar guerras a fin de mejorar la raza u obtener la dominación del mundo.

De todo eso Hitler no tenía la menor idea. O tal vez deberíamos decir que no quería tener la menor idea. En efecto, el carácter voluntarista de su concepción del mundo es innegable: veía el mundo como *quería* verlo. Que el mundo es imperfecto, lleno de luchas, miserias y sufrimientos, que también lo es el mundo de los Estados, tan salpicado de celos, hostilidades, temores y guerras... ¡Es una gran verdad! ¡Cuánta razón tienen los que no se engañan al respecto! Mientras no dice otra cosa, Hitler habita en la verdad. Lo malo es que no lo dice con la triste y valerosa seriedad con que Lutero o Bismarck afrontaban, ecuanímenes, el pecado original y la imperfección terrenal respectivamente, sino que lo dice con la voz chillona con la que Nietzsche, por ejemplo, ensalzaba a menudo lo deplorable. Para Hitler, el estado de excepción era la norma, y la razón de ser del Estado era la guerra. Y en esto se equivocaba. El mundo no es así. Tampoco el mundo de los Estados. Tal como éste aparece organizado, las guerras siempre se hacen para llegar a una paz. Eso se sobreentiende en las guerras defensivas, pero también sucede así en las guerras de agresión, si éstas persiguen algún objetivo. Toda guerra concluye con un tratado de paz o de Estado y abre un nuevo periodo de paz, que suele durar mucho más que el periodo bélico precedente. Cuando las armas han decidido la contienda hay que hacer la paz, pues, de

lo contrario, la guerra no habría tenido sentido. El hecho de que Hitler no lo viera así, o no quisiera verlo, lo llevó a cometer uno de sus más fatales desaciertos, como veremos en el capítulo siguiente.

En la concepción hitleriana del mundo, las guerras eran más bien guerras de conquista con el objeto de ganar espacio vital para el pueblo beligerante, de subyugar (o destruir) duraderamente al vencido y de alcanzar, en último término, la dominación del mundo. He aquí otro error de concepto. En Europa no se habían dado guerras para aumentar el territorio —por lo menos hasta Hitler— desde la gran migración de los pueblos ocurrida en el declive del Imperio romano, esto es, desde hacia un milenio y medio. Europa estaba ya colonizada. Sus pueblos eran sedentarios. Y cuando, a raíz de un tratado de paz, una provincia pasaba a formar parte de otro Estado, o un Estado entero era repartido entre sus vecinos, como fue el caso de Polonia, sus habitantes permanecían en su lugar de residencia. En Europa el espacio vital no se ganaba ni se perdía, pues no era un fin por el que luchar. Fue Hitler quien, tras un paréntesis de mil quinientos años aproximadamente, lo introdujo de nuevo en la historia europea, con consecuencias terribles para Alemania. La expulsión, como la que sufrirían los alemanes residentes en los territorios del Este, fue justamente lo que Hitler siempre había pregonado como el sentido de toda guerra, y él mismo ya la había practicado en la Polonia conquistada.

La idea del «espacio vital» era también una concepción equivocada por otra razón. Y es que, en el siglo XX, no merece ya la pena luchar por el espacio vital. Si Hitler medía el bienestar y el poder de un pueblo en función del perímetro del área que éste habitaba y cultivaba, y si exigía y ponía en práctica una «política del suelo», olvidaba o dejaba de lado la revolución industrial.

Desde el advenimiento de ésta, el bienestar y el poder ya no dependen del tamaño del territorio, sino del nivel tecnológico. Y para este último el tamaño del espacio vital es irrelevante.

A efectos del desarrollo tecnológico-industrial de un país, un exceso de «espacio vital», es decir, una gran extensión poco poblada puede suponer incluso un impedimento; sirva como botón de muestra la Unión Soviética, que no consigue de ningún modo explotar y desarrollar el inmenso territorio rico en materias primas de la demasiado poco poblada Siberia. En todo caso, salta a la vista que algunos de los países más pobres y débiles del mundo actual disponen de una superficie enorme, mientras que algunos de los más prósperos y seguros son realmente diminutos. Con su teoría del espacio vital, Hitler, que en otros campos —tecnología militar o motorización de las masas— tenía un pensamiento absolutamente moderno, estaba anclado por completo en la era preindustrial.

Y éste es precisamente uno de los errores de concepto más persistentes de Hitler. En efecto, la nostalgia de la era preindustrial y el angustioso hastío causado por el mundo «inhumano» que ha creado el hombre y al que desde hace doscientos años nos acomodamos cada vez más deprisa, no sólo estaban muy difundidos en tiempos de Hitler sino que han recobrado fuerza justamente en la época en que vivimos. A estos sentimientos se debe el que la idea hitleriana del espacio vital les resultara tan obvia a muchos de sus contemporáneos. ¿Acaso Alemania, vista en el mapa, no parecía demasiado pequeña para su fortaleza y su número de habitantes? Si Alemania había de reconvertirse en un país predominantemente agrario —es curioso que Hitler coincidiera en este punto con Morgenthau—, necesitaba más espacio vital. Pero sólo sentada esta premisa.

También la idea de que, en las guerras del siglo xx, lo que en definitiva estaba en liza era la dominación del mundo, es más antigua que Hitler y ha perdurado en el tiempo. Ya antes de la Primera Guerra Mundial, Kurt Riezler, asesor del canciller Bethmann-Hollweg y hombre muy ilustrado, escribió: «Todo pueblo tiene la idea de crecer, expandirse, dominar, subyugar sin fin, de cohesionarse cada vez más firmemente e incorporar elementos siempre nuevos, de ser una entidad cada vez más superior hasta que el universo, bajo su dominio, se haya convertido en un todo orgánico». Hitlerismo puro, aunque con mayor unción. Pero el autor se equivoca: no todos los pueblos tienen tales metas. ¿O acaso los suizos o los suecos, por poner dos ejemplos, no son pueblos? Ni siquiera puede afirmarse que las grandes potencias europeas de la era del imperialismo colonial aspiraran de verdad, en solitario, a la dominación del mundo: la idea de que no podían eliminarse mutuamente y de que toda tentativa de alcanzar la supremacía, aunque sólo fuera en Europa, provocaba indefectiblemente una coalición de las otras grandes potencias —que, amenazadas por esa tentativa, se encargaban de hacerla fracasar— había calado hondo en todas ellas.

También los pangermánicos de la época guillermina, cuando hablaban exultantes de una potencia mundial alemana sólo querían decir, por lo general, que Alemania debería ser una «potencia mundial» al lado de las demás. Tenían en mente un gran imperio colonial alemán en Asia y África, sustentado por la supremacía alemana en el continente europeo, pero no una conquista y dominación del mundo en el sentido estricto de la palabra.

Hitler, por el contrario, se refería al parecer a una dominación del mundo en el sentido literal del término, aunque en vida apenas esperaba alcanzar más que la dominación de Europa, incluyendo a Rusia en particular (las colonias le interesaban poco). Y el

«Gran Imperio Alemán» que se proponía construir a partir de la Europa conquistada, y en el que los pueblos serían fundidos y refundidos en una nueva jerarquía de razas, había de ser el trampolín hacia la verdadera hegemonía mundial.

Ahora bien, no es del todo equivocado pensar que nuestro mundo, menguado por la tecnología y amenazado por las armas de destrucción masiva, necesita unidad, y que, por consiguiente, la idea de la hegemonía mundial —los conceptos de unidad mundial, gobierno mundial o hegemonía mundial están, en definitiva, muy próximos entre sí— ha recobrado actualidad en el siglo xx. El error de Hitler no fue haber hecho suya esa idea. Consistió en que veía al Imperio alemán como serio aspirante a esa dominación del mundo. La Alemania de su tiempo era, sin duda alguna, una gran potencia, incluso la más fuerte de Europa. Sin embargo, seguía siendo una potencia entre otras, y había fracasado ya una vez en su intento de alcanzar la supremacía europea y la hegemonía mundial. Sólo si se hubiese logrado la unificación europea —imposible de conseguir mediante guerras de conquista y de subyugación—, tal vez la unión resultante, en la que Alemania tendría que haber estado integrada, habría podido optar a la dominación del mundo. Pero contemplar la unificación de Europa habría sido propio del internacionalismo judío! Hitler, en cambio, creía poder triunfar desde una gran Alemania étnicamente pura, dominada por la política racial y el antisemitismo. Burda equivocación. Un rearme biológico por medio del perfeccionamiento de la raza al estilo de los criadores de animales, aparte de su problemática en sí, habría requerido varias generaciones de alemanes. Demasiado tiempo para Hitler, que quería lograr en vida cuanto se había propuesto.

En lo que concernía al antisemitismo, Hitler no sólo se equivocaba sobre los judíos sino también acerca de los mismos

antisemitas. Creía de verdad —y así lo demuestran no sólo las declaraciones escritas y públicas que hemos citado, sino también las opiniones que expresó en privado durante la guerra— que con su antisemitismo ganaría las simpatías de todo el mundo para la causa alemana y que, en cierto modo, podría convertirla en una causa de la humanidad. Él contaba con que había antisemitas en todo el mundo, pero su antisemitismo exterminador no existía en ninguna parte salvo en el Este de Europa, de donde lo había importado. Y tampoco allí respondía —dicho sea en honor de ucranianos, polacos y lituanos— a las fantasías hitlerianas de un complot universal judío encaminado a esclavizar o exterminar a la humanidad «aria», sino al mero hecho de que los judíos residieran en esas regiones como un pueblo extraño y muy cohesionado. Era la única parte del mundo donde los judíos vivían de esa forma, de ahí que el antisemitismo de otros lugares no tuviera por objeto el exterminio o la «eliminación» de los judíos.

Allí donde existía, el antisemitismo era, mayormente, de naturaleza religiosa. Fue sobre todo la Iglesia católica la que, hasta el Concilio Vaticano Segundo, combatió a los judíos como infieles. La meta de tal antisemitismo religioso, el más extendido con creces, no era el exterminio sino la conversión de los judíos. Si éstos se hacían bautizar, todo quedaba zanjado.

Luego existía, en zonas rurales particularmente, un antisemitismo de carácter social. En efecto, los judíos eran odiados por su papel de prestamistas, oficio que, como es sabido, era el único que les estaba permitido desempeñar en los tiempos anteriores a su emancipación. El antisemitismo social, aunque resulte paradójico, en el fondo buscaba la emancipación de los judíos. Tan pronto como el judío desempeñaba una función diferente de la de prestamista, esa forma de antisemitismo desaparecía: así, por

ejemplo, el judío médico, donde excepcionalmente lo hubo, siempre fue muy apreciado y solicitado.

Por último, existía un antisemitismo nuevo y post-emancipatorio, al que podemos llamar antisemitismo de rivalidad. Desde su emancipación a mediados del siglo XIX, los judíos, en parte por su talento, en parte —hay que admitirlo— gracias a su cohesión como grupo social, habían alcanzado posiciones manifiestamente destacadas en muchos países así como en numerosos ámbitos de la vida cultural, pero también en la medicina, la abogacía, la prensa, la industria, las finanzas, la ciencia y la política. De ese modo resultaron ser, si no la sal de la tierra, sí en muchos países una especie de flor y nata de la sociedad. En la República de Weimar, al menos en Berlín, constituían algo parecido a una segunda aristocracia, que despertaba no sólo la merecida admiración sino también la envidia y la animadversión de los no judíos. Quien era antisemita por este motivo se alegraba de que los judíos recibieran algún que otro coscorrón, y deseaba incluso que les dieran una buena paliza. ¿Pero exterminarlos? ¡Por Dios! Al comienzo, mientras se limitaba a desfogar verbalmente su particular forma de delirio y odio asesino contra los judíos, Hitler provocaba sacudidas de cabeza entre los mismos antisemitas de todos los países; más tarde, cuando pasó a la acción, muchos se horrorizaron. Pues incluso los antisemitas corrientes sólo compartían una mínima parte de las ideas aberrantes difundidas por Hitler sobre los judíos.

A continuación someteremos estas ideas a crítica, que será breve porque, en realidad, ya han quedado refutadas por lo antes expuesto.

Por mucho que Hitler insistiera en que los judíos no constituían una comunidad religiosa, cualquiera se da cuenta de que eran todo lo contrario. La religión judía se yergue como un

peñasco colosal ante los ojos del mundo: es la primera y hasta hoy la más pura religión monoteísta, la única que osó concebir y logró conservar, sin diluirla ni ablandarla, la sobrecogedora idea de un Dios único, sin nombre y sin imagen, inaprensible e inescrutable: y es, seguramente, la única que ha sido capaz de mantener la unidad de sus fieles durante diecinueve siglos de diáspora y de persecuciones recurrentes. Hitler no lo vio así, probablemente no lo vio en absoluto. Pues a pesar de su habitual invocación retórica a la Providencia y al Todopoderoso, no sólo no era un hombre religioso sino que tampoco tenía sensibilidad alguna para captar lo que la religión puede significar para otras personas. El trato que dispensó a las iglesias cristianas lo demuestra claramente.

Por el contrario, los judíos no son, bajo ningún concepto, una raza, ni siquiera si aplicamos el término a las distintas tribus y variedades de la raza blanca. El Israel actual, por ejemplo, es un Estado eminentemente multirracial, cosa que cualquier visitante puede comprobar con sus propios ojos. Además, es sabido que la razón de esta variedad racial radica en que el judaísmo siempre ha sido una religión misionera y proselitista. Entre los convertidos a su credo en la Roma del Bajo Imperio había representantes de todos los pueblos, tribus y variedades de la raza blanca existentes en aquella época, si bien no fueron tantos como los que se hicieron cristianos. (No puede negarse que el judaísmo y el cristianismo mantuvieron durante siglos una competencia misionera). Incluso hay judíos, aunque pocos, que pertenecen a la raza negra o a la amarilla. Fue Arthur Koestler quien avanzó la tesis fidedigna de que los judíos del Este, los más castigados por Hitler, no eran probablemente, en su gran mayoría, semitas sino descendientes de los *kasares*, un pueblo turco originalmente asentado entre el Volga y el Cáucaso que abrazó la religión judía en la Edad Media y luego se desplazó hacia el oeste y noroeste.

(En este sentido, la misma palabra «antisemita» es imprecisa; si la empleamos es porque ha tomado carta de naturaleza).

¿Podemos decir que los judíos son un pueblo, una nación? Esta es ya una cuestión más opinable. Sin duda alguna, carecen del atributo más infalible que existe para reconocer a un pueblo, la lengua común. Los judíos ingleses hablan inglés; los judíos franceses, francés; los judíos alemanes, alemán, etcétera. Y también es cierto que muchos judíos —seguramente la mayoría de ellos— se han convertido, desde su equiparación jurídica, en buenos patriotas de sus respectivos países natales; a veces, y justamente en Alemania, han llegado a ser «superpatriotas». A pesar de ello, no puede ignorarse que existe cierto sentimiento de copertenencia y solidaridad judía que trasciende las fronteras, un sentimiento judío de pueblo o nación que hoy en día se manifiesta particularmente en la solidaridad general con Israel. Cosa que, por otra parte, no es difícil de explicar, ya que a muchos pueblos que durante largo tiempo no tuvieron Estado propio la religión les sirve de aglutinante nacional. Así, el catolicismo de los polacos y los irlandeses tiene, aparte de su componente religioso, un claro ingrediente nacional. Entre los judíos, que vivieron sin Estado propio durante mucho más tiempo que los polacos y los irlandeses, esa fuerza aglutinante y constituyente de un sentimiento nacional ha sido tal vez aún más acusada. Además, las frecuentes persecuciones que padecieron también contribuyeron a que se mantuvieran unidos. Seguramente, algo de esta fuerza cohesionadora de la religión (y de la persecución) sigue existiendo en aquellos que han abjurado de su credo, cosa que puede observarse también en miembros de otras religiones. La diferencia entre un ex católico y un ex protestante viene a ser más o menos la misma que la que existe entre un católico y un protestante. A menudo, su hábito espiritual queda impregnado, durante generaciones, de la religión

de sus padres y antepasados. Tratándose de una religión tan fuerte como la judía, los efectos que ésta deja en sus apóstatas pueden ser incluso más persistentes.

Sin embargo, todo ello no es motivo para ser antisemita y, menos aún, para perseguir a los judíos con el odio asesino y la voluntad aniquiladora que Hitler les demostró desde un comienzo. El odio antijudío específicamente hitleriano sólo puede clasificarse como fenómeno patológico, pues la justificación que Hitler intenta ofrecer —la presunta conspiración internacional judía para exterminar a todos los «arios»— es, evidentemente, no sólo un error conceptual sino una aberración paranoide. O ni siquiera eso, sino una forma fantasiosa de racionalizar una intención asesina premeditada. Sus argumentos se caen por su propio peso. El «judaísmo internacional» no sólo no tenía los designios tenebrosos que Hitler le imputó, sino que carecía en absoluto de designios comunes. Al contrario: en tiempos de Hitler, el judaísmo estaba más desunido y escindido que en ningún momento anterior de los tres mil años de su historia: escindido entre religiosidad tradicional y secularización moderna, entre asimilación y sionismo, entre nacionalismo e internacionalismo... por no hablar de las grandes divisiones y escisiones políticas que también afectaban de lleno a los judíos, que desde su emancipación civil se integraban en el mundo de una forma muy distinta a como lo habían hecho anteriormente. Desde hacía un siglo más o menos, y debido a la asimilación, las conversiones y los casamientos con no judíos, muchos incluso estaban en trance de abandonar deliberadamente su identidad y disolverse por completo en los países en que vivían. Y en ninguna parte lo hacían con tanta convicción, con tanto fervor, como en Alemania. En suma, cuando recibieron el terrible golpe, los judíos, que Hitler pretendía ver como una comunidad de conspiradores tan poderosa como diabólica, eran

en realidad un colectivo en plena crisis, más debilitado que nunca e incluso inmerso mayoritariamente en una incipiente disolución. Es sabido que fueron como corderos al matadero, y el que presumía de matar dragones asesinó a gente indefensa.

Desaciertos

El análisis de los desaciertos de Hitler se ve entorpecido por dos barreras psicológicas. La primera es la misma con que nos topamos ya a la hora de considerar sus errores de concepto. La propensión a calificar de erróneo, a priori y sin examen previo, todo pensamiento de Hitler por el mero hecho de haber sido él quien lo tuviera, se corresponde con la tendencia a tachar indiscriminadamente de desacierto todo lo que Hitler hizo, por la sencilla razón de haber sido él quien lo hiciera. Se trata de una actitud harto comprensible; pero, naturalmente, tal prejuicio no redundará en provecho del conocimiento ni sirve para formarse una opinión al respecto. La segunda barrera consiste en la tendencia, hoy predominante en la investigación histórica, a identificar en lo posible la historiografía con una ciencia exacta, es decir, a buscar leyes y enfocar principalmente aquellos procesos sociales y económicos donde se supone que éstas se cumplen con mayor probabilidad; a minimizar, por tanto, el papel del factor específicamente político en la historia y, sobre todo, a negar la influencia que los «grandes hombres» o las personalidades que moldean la política ejercen sobre la marcha de la historia. Naturalmente, Hitler no encaja en ese planteamiento de la historiografía moderna, y quienes lo aplican consideran francamente intolerable que un historiador serio se dedique a explorar cuanto haya de acertado o desacertado en los actos de un individuo que hizo política durante

nada más que quince años, y que, encima, tal pesquisa le exija rastrear los rasgos específicos de su carácter, máxime si se trata de un carácter tan carente de atractivos como el de Hitler. [Qué enfoque más anacrónico!

Pero también se puede opinar lo contrario y sostener que precisamente un fenómeno como el de Hitler demuestra que toda esa corriente histórica va por mal camino; como, por lo demás, también lo demuestran los fenómenos de Lenin y Mao, aunque la influencia inmediata de ambos se limita a sus propios países, mientras que la de Hitler empujó al mundo entero en otra dirección, aunque diferente de la que él pretendía. Es por eso por lo que su caso es tan complejo y a la vez tan interesante.

Un historiador serio no puede afirmar, bajo ningún concepto, que la historia del siglo XX se habría desarrollado de la misma manera si no hubiese existido Hitler. No hay certeza alguna de que, sin Hitler, la Segunda Guerra Mundial hubiera llegado a producirse; y es del todo seguro que, *de haberse producido*, habría transcurrido de otro modo —posiblemente incluso con otras alianzas, otros frentes y otros resultados—. El mundo actual, nos guste o no, es obra de Hitler. Sin Hitler, no habría división de Alemania y de Europa; sin Hitler, no habría habido americanos y rusos en Berlín; sin Hitler, no existiría Israel; sin Hitler, no habría tenido lugar la descolonización o, por lo menos, no se habría llevado a cabo con tanta celeridad; ni tampoco se habrían emancipado los países asiáticos, árabes y del África negra, ni Europa habría perdido su papel hegemónico en el mundo. Para ser más exactos debemos decir que, sin los desaciertos de Hitler, nada de eso habría sucedido. De hecho, ninguna de esas consecuencias entraba en sus planes.

Hay que remontarse a épocas históricas muy remotas —tal vez hasta Alejandro Magno— para encontrar a un hombre que, en una

vida relativamente breve, haya transformado el mundo de forma tan radical y duradera como Hitler. Y lo que no se hallará en toda la historia universal es otro hombre que, con un despliegue de energía sin par, haya conseguido justo lo contrario de lo que se proponía conseguir.

Lo que Hitler se proponía era la supremacía de Alemania en Europa y la dominación directa de Rusia; además quería conservar el dominio europeo sobre África y sobre grandes extensiones de Asia y Oceanía. Construiría una pirámide de poder cuya base estaría constituida por las antiguas colonias europeas de ultramar y por Rusia como nueva colonia alemana; en su cuerpo central se encontrarían los demás países europeos, escalonados en países anexos, pueblos de siervos, satélites y aliados medio o pseudoindependientes; el vértice lo ocuparía Alemania. Ese enorme conglomerado de poder habría de luchar posteriormente por la hegemonía mundial contra Estados Unidos y contra Japón, y tendría buenas perspectivas de salir victorioso de la contienda.

Lo que Hitler consiguió fue la supremacía de Estados Unidos en la Europa occidental, y la de Rusia en la Europa oriental, además de la partición de Alemania y la desintegración de todos los imperios coloniales europeos. Un mundo con dos vértices de poder, en el que las antiguas colonias europeas gozaban de una súbita autonomía y de cierta libertad controlada, mientras que Europa (también escalonadamente) quedaba supeditada a las dos superpotencias. Alemania, tras perder por completo su soberanía estatal, quedó totalmente hundida y tardaría años en ascender siquiera, dividida y ocupada, al estatus de aliado dependiente de Estados Unidos y de Rusia en el que permanece el resto de Europa.

En otras palabras, Hitler no obtuvo resultados positivos, pero sí resultó monstruosamente negativo. De los demás «grandes

hombres» de la Historia, prácticamente ninguno falló el golpe con tan asombrosa contundencia como él. Sin embargo, no hay duda de que logró un efecto enorme, como tampoco puede negarse que en dos ocasiones —otoño de 1938 y verano de 1940— estuvo muy cerca de su objetivo. Desde un punto de vista histórico, no es pues un juego inútil sino una tarea absolutamente seria tratar de descubrir los desaciertos que le llevaron a deshacer cuanto ya había alcanzado a medias, como tampoco responde a una curiosidad morbosa que con ese objeto uno se detenga a examinar los rasgos de la personalidad hitleriana. En efecto, los errores que cometió solían tener su origen en los defectos de su carácter.

Pero en parte también se derivaban de los errores de concepto que hemos tratado en el capítulo anterior. Hay al menos *una* actuación desacertada que el Hitler «programático» dicta al Hitler político. Es la primera de todas, y ya comienza a traer consecuencias en 1933.

En el capítulo anterior veíamos que, en la teoría hitleriana del acontecer mundial, corrían en paralelo dos líneas de actuación totalmente distintas. Por una parte, la lucha eterna de los pueblos —más exactamente, de los pueblos blancos, pues los de color no contaban para Hitler— por el espacio vital y por la dominación o la subyugación, con la hegemonía mundial de uno de ellos como máximo premio por la victoria; por otra, la lucha común de todos los pueblos blancos contra los judíos. Por consiguiente, el Hitler político perseguía, desde un comienzo, dos objetivos totalmente distintos: por un lado, el dominio de Alemania sobre Europa; por otro, el «apartamiento» de los judíos, que equivalía para él a su exterminio. El primer propósito no tenía nada que ver con el segundo, y viceversa; es más: ambos se obstaculizaban mutuamente.

En política siempre es un error perseguir dos objetivos a la vez, tanto más cuanto que el primero es ya tan ambicioso que solo puede alcanzarse concentrando todas las fuerzas y contando con una buena dosis de suerte. Hasta entonces todos los hombres que se habían propuesto dominar Europa habían fracasado: tanto Carlos V y Felipe II, como Luis XIV y Napoleón. Tal vez eso no justificaba necesariamente que no se volviera a intentarlo por imposible; al fin y al cabo, no podía desecharse la posibilidad de que la Alemania del siglo XX lograra lo que no consiguieron la España del XVI ni la Francia del XVII y del XIX. Pero, en todo caso, era un motivo para no añadir, innecesaria y gratuitamente, más resistencias a las que tal empeño ya oponía de por sí, y que se preveían enormes. Quien pretendiera conquistar Europa no debía engrosar la lista de enemigos que con esa empresa se creaba en el continente sumándole nuevos enemigos, desperdigados pero influyentes, en el mundo entero (y en el propio país). Hacer eso era una equivocación, sobre todo teniendo en cuenta que esos enemigos adicionales creados arbitrariamente habían sido antes los mejores amigos. Y los judíos lo fueron hasta que Hitler los convirtió en enemigos.

En este aspecto, no importa el grado de influencia que uno quiera atribuir a los judíos en la política de sus respectivos países. Hitler seguramente la sobrevaloraba, y eso tendría que haber sido una razón más para mantenerlos en su bando y no obligarlos, sin motivo, a pasarse al del enemigo. De hecho, hasta la llegada de Hitler, la influencia judía en el mundo había sido de carácter eminentemente germanófila, y los adversarios de Alemania en la Primera Guerra Mundial pueden dar prolijo testimonio de ello. En Estados Unidos, los judíos se opusieron abiertamente y durante mucho tiempo a que el país entrara en guerra al lado de la

Entente. En la Rusia zarista habían desempeñado un papel importante en el movimiento revolucionario impulsado exitosamente por Alemania. De modo que con su antisemitismo, Hitler no solo se creó enemigos adicionales sin ninguna necesidad, sino que convirtió a los amigos en enemigos, colocando en el otro lado de la balanza un peso que antes había estado en el platillo alemán. Una doble pérdida.

Por otra parte, se sigue subestimando la rémora que el antisemitismo de Hitler creó desde el comienzo en la misma Alemania, aun cuando al principio ese antisemitismo sólo se manifestaba en forma de ofensa, difamación y discriminación permanente de los judíos alemanes y no permitía vislumbrar todavía la espeluznante dimensión que adoptaría al final. Hasta la irrupción de Hitler, la gran masa de los judíos alemanes estaban francamente enamorados de Alemania —conmueve comprobar que algunos pocos incluso siguieron estándolo después de Hitler y a pesar de él—. Los judíos se habían convertido en buenos patriotas en todos los países occidentales, pero en ninguno su patriotismo había adoptado rasgos tan fervorosos y profundamente emotivos como en Alemania. Se puede hablar de una relación amorosa de los judíos con Alemania, que duró el medio centenar de años anterior a Hitler (Jörg von Uthmann, en su libro *Doppelgänger, du bleicher Geselle*, ha intentado llegar al fondo de la afinidad judío-germana). Y no cabe duda de que los judíos desempeñaban el papel del amante, mientras que los alemanes, lisonjeados y algo extrañados, a lo sumo se complacían de ser el objeto de tanta adoración por parte de sus compatriotas, cuando no la rechazaban por considerarla un acoso judío. Lo cierto es que esa relación de amor judío-germana hizo brotar retoños primorosos en el campo cultural: pensemos en el editor Samuel Fischer y sus escritores, o en el dramaturgo Max Reinhardt y sus actores. También es innegable

que los judíos alemanes contribuyeron en buena medida a que Alemania llegara a aventajar claramente y por primera vez a Francia e Inglaterra tanto en el campo intelectual y cultural como en la ciencia y la economía durante el primer tercio del siglo XX. En 1933 esa relación se acabó tajantemente. Hitler se encargó de que en la mayoría de los judíos alemanes ese amor ofendido se convirtiera en odio. Y aparte de la enemistad de los judíos alemanes, también se granjeó la hostilidad de aquellos alemanes que —ciertamente no mayoritarios pero tampoco la escoria de la sociedad— siguieron siendo fieles a sus amigos judíos. En efecto, una gran parte de la resistencia pasiva que la ola del hitlerismo encontró en Alemania se debió al antisemitismo del *Führer*. No se puede calcular, naturalmente, en qué medida esa negativa silenciosa a colaborar de una minoría, y no ínfima, de la población debilitó a Hitler. Así, por ejemplo, la emigración de casi todos los escritores de prestigio no le quitó el sueño, pero fue un imponderable que contribuyó a estropear de antemano la reputación de la Alemania hitleriana en el mundo. Todavía más grave fue la sangría que Hitler causó a la ciencia alemana. No sólo emigraron los científicos judíos, con Einstein a la cabeza, sino que los siguieron sus colegas o maestros no judíos. Y los extranjeros que antes habían peregrinado en masa a Alemania dejaron de hacerlo. Hasta la llegada de Hitler el centro mundial de la investigación atómica estaba en Gotinga; en 1933 se desplazó a Estados Unidos. Es interesante pensar en la hipótesis de que, sin el antisemitismo de Hitler, habría sido probablemente Alemania y no Estados Unidos la primera potencia en desarrollar la bomba atómica.

El hecho de que Hitler, con su antisemitismo, lastrara desde el comienzo y con consecuencias imprevisibles sus aspiraciones de poder fue sin duda su primer desacierto grave, un error aún

subestimado hoy en día. Pero, naturalmente, tuvieron que añadirse otros errores para que se colmara el vaso.

A pesar de los daños que el antisemitismo hitleriano infligió, desde el principio, a la causa alemana, lo cierto es que Hitler estuvo en dos ocasiones a punto de alcanzar su objetivo: en el otoño de 1938, cuando con el pleno consentimiento de Francia e Inglaterra se le concedió una posición predominante en el este de Europa; y en el verano de 1940, momento en el que, tras la victoria sobre Francia y la ocupación de muchos otros países, tuvo a sus pies a casi todo el continente situado al oeste de Rusia. Esto obliga a preguntarse si un dominio o un predominio de Alemania en y sobre Europa era de por sí una utopía y representa, por tanto, uno de los errores *a priori* de Hitler.

Hoy en día, si surge la pregunta, la respuesta es afirmativa, incluso para los alemanes actuales y en especial para las generaciones jóvenes, que miran a sus padres y abuelos como si fuesen seres desquiciados por haberse fijado semejante meta. Por lo pronto hay que hacer constar que esos padres y abuelos, es decir, dos generaciones de alemanes, la de la Primera y la de la Segunda Guerra Mundial, consideraron en su gran mayoría que tal objetivo era racional y alcanzable, lo abrazaron con entusiasmo y no pocos dieron su vida por él.

Naturalmente, ello no quiere decir que el objetivo fuera alcanzable o deseable. Son pocos los que hoy en día están dispuestos a afirmar lo contrario. Pero si evocamos algunas imágenes de la Europa del otoño de 1938 y del verano de 1940, y, más aún, si comparamos el estatus desolador de la Europa poshitleriana con la posición que ocupaba en un nivel mundial en la prehitleriana, nos asaltan una serie de dudas. ¿No necesitaba Europa la unidad si quería conservar esa posición en el mundo? ¿Podía esa unidad conseguirse sin recurrir a la violencia? ¿No suponía dicha

unidad, por lo menos en su fase inicial, el predominio de la potencia más poderosa del continente? ¿Y no era acaso Alemania esa potencia? De todos modos, no eran sólo los alemanes —dos generaciones— los que respondían afirmativamente a tales preguntas. Es sabido que entre 1938 y 1940 también muchos europeos no alemanes habrían contestado afirmativamente, aunque tal vez con reservas. Y la posguerra pondría en evidencia que tal vez no estaban tan equivocados, o no lo habrían estado si la Alemania con la que tuvieron que vérselas no hubiese sido la de Hitler.

Indudablemente, una Europa dominada por Hitler habría sido una pesadilla, como lo fue la Alemania hitleriana en muchos aspectos: persecución de los judíos, campos de concentración, caos constitucional, abolición del Estado de derecho e imposición de un provincianismo cultural. Pero no por ello debe pasarse por alto que el equilibrio europeo del siglo XIX estaba irremediablemente perdido en el XX. Ya la Primera Guerra Mundial y el acuerdo de paz subsecuente habían destruido en su esencia ese equilibrio, y el tímido intento de restablecerlo emprendido por Inglaterra y Francia en 1939 tras un largo titubeo, fracasó al año siguiente. La Segunda Guerra Mundial demostró que la Europa del siglo XX sólo tenía dos opciones: o se sometía a una supremacía alemana o a una americano-rusa. No hay duda de que, comparada a una supremacía alemana con Hitler a la cabeza, era muy preferible una americana, e incluso y hasta cierto punto una rusa, aunque algunos discrepen. Por otra parte, una supremacía alemana habría unido a Europa, mientras que una americano-rusa forzosamente había de dividirla. Y una Europa unida bajo la supremacía alemana habría podido conservar por mucho tiempo su supremacía imperialista en Asia y África, mientras que la Europa dividida

entre Estados Unidos y Rusia estaba abocada a perderla precipitadamente.

Así se comprende por qué Hitler, en 1938 en Europa del Este y en 1940 tras su victoria sobre Francia, encontró, en todo el continente, cierta disposición al entendimiento y a la subordinación, si bien el anhelo europeo de unidad no era tan fuerte como lo había sido, por ejemplo, en los alemanes a mediados del siglo XIX. Tal anhelo no empezó a surgir hasta después de 1945, cuando la casa había quedado reducida a cenizas. Sin embargo, ya en 1938 y en 1940 se hizo evidente en Europa cierta disposición a ceder ante la fuerza y sacar el mayor provecho posible de la subordinación a la potencia superior. Esa disposición tenía que ver, al menos en algunos lugares, con la intuición de que a Europa quizá le convendría un mayor grado de unidad, incluso si el precio era la aceptación de una supremacía alemana (que podía ser de carácter provisional). Todavía se guardaba un vivo recuerdo de cómo la Prusia de Bismarck había unido los países alemanes derrotados en la guerra de 1866 para luego disolverse paulatinamente en la Alemania unificada. ¿No se podía pensar que una Alemania victoriosa también se disolvería paulatinamente en una Europa unida, perdiendo poco a poco sus rasgos repulsivos? ¿No se podría acelerar tal vez ese proceso deseado cooperando con ella? En 1940, tales ideas estaban muy difundidas en los países europeos, sobre todo en Francia, por mucho que después se haya renegado de ellas. Si la Alemania de entonces hubiese tenido un Bismarck y no un Hitler...

Pero no nos pongamos a soñar. Alemania tenía un Hitler, y de él dependía —diga lo que diga la escuela sociológica de la historiografía— que de esa situación surgiera una Europa unida y fortalecida, si bien al principio dominada por Alemania, o la que finalmente surgiría. «He sido la última oportunidad de Europa»,

declaró en los dictados a Bormann en febrero de 1945, y en cierto modo tenía razón. Pero tendría que haber añadido: «Y la he desperdiciado». Desperdiciarla fue su segundo gran desacierto después del primero, consistente en hipotecar su política europea con el antisemitismo. Para comprender cómo y por qué la desperdició —en dos ocasiones—, tenemos que repasar la política que llevó a cabo en el otoño de 1938 y en el verano de 1940. Observaremos que en ambos momentos no acertó a ver, o rechazó deliberadamente, la oportunidad que se le brindaba —omisión doble y tan grave como el desacierto, más obvio, cometido en 1941 de atacar Rusia y declarar la guerra a Estados Unidos.

Repasemos brevemente los hechos.

En marzo de 1938, Hitler, mediante la anexión de Austria, había convertido el Imperio alemán en el Gran Imperio Alemán; en septiembre del mismo año, Inglaterra y Francia, en virtud del Compromiso de Munich, toleraron que ese Imperio se anexionara las regiones periféricas de Bohemia y Moravia, de población alemana. Pero el Compromiso de Múnich significó mucho más que el mero desmembramiento de Checoslovaquia, que en vano había confiado en su alianza con Francia. Significó, a efectos prácticos, el repliegue político de Francia e Inglaterra de la mitad oriental del continente y el reconocimiento de la Europa del Este, hasta la frontera rusa, como zona de influencia alemana. La Checoslovaquia desmembrada que dejaba el Compromiso de Múnich era como un pedazo de cera en las manos de Hitler. Polonia y Hungría, países a los que hizo cómplices de su apropiación de Checoslovaquia, se convertían en sus aliados, aliados débiles de un Estado fuerte. Rumania y Yugoslavia, que ya tenían vínculos económicos tan fuertes con Alemania que cabía hablar de una dependencia de hecho, debían buscar una relación política lo más estrecha posible, ahora que su alianza con Francia había quedado

anulada por el Compromiso de Múnich. También Bulgaria y Turquía, antiguos aliados alemanes de la Primera Guerra Mundial, se pusieron del lado de Alemania. Así pues Hitler había hecho realidad la primera visión política de su juventud: una gran Alemania como potencia hegemónica de los Estados sucesores de la antigua Austria y, más allá de ésta, de todo el territorio comprendido entre Alemania-Austria y Rusia; lo había conseguido, además, sin guerra y con el pleno consentimiento de Francia e Inglaterra, mientras Rusia no tenía más remedio que contemplar, recelosa pero impotente, esa enorme concentración de poder en su frontera occidental. Todo lo que ahora quedaba por hacer era ordenar ese nuevo Imperio pangermánico-europeo-oriental, configurarlo y dar tiempo a sus pueblos para que se adaptasen a la nueva realidad. Ya no hacía falta una guerra, y que se hiciera sin guerra fue la condición implícita a la que Francia e Inglaterra vincularon su consentimiento. Pues era la «paz para nuestro tiempo» la que quisieron comprar en Munich, y cuando a su regreso de la capital bávara el primer ministro británico Chamberlain proclamó —precipitadamente, como la historia demostraría— que tal objetivo se había alcanzado, lo hizo con el convencimiento de que Hitler estaría durante años pacíficamente ocupado en esa tarea. En efecto, la organización y consolidación de la enorme y heterogénea zona de influencia europeo-oriental que Chamberlain y su homólogo francés Daladier habían despejado en Munich para Alemania requería, además de tacto y delicadeza, dos cosas: el arte para construir un Estado —podríamos decir: el arte de la arquitectura estatal— y paciencia.

Pero éstas eran justamente las cualidades de las que Hitler carecía. Ya nos hemos topado una vez con su falta de habilidad constructiva: había sido incapaz, o no había querido, dar a su propio y ya existente Estado un nuevo orden constitucional. ¿Cómo

iba a dárselo a una comunidad de Estados aún por crear! Sencillamente no tenía la imaginación de estadista necesaria para ello, y tampoco le interesaba —resulta extraño decirlo— el destino de los países y pueblos que ahora tenía en sus manos. No eran más que pueblos de siervos, suministradores de materias primas y de territorios de despliegue de tropas para lanzarse a empresas ulteriores.

Tampoco tenía la paciencia necesaria para organizar su nuevo imperio, cosa que efectivamente habría sido la tarea de toda una vida. Desde 1925, por lo menos, acariciaba proyectos más ambiciosos: la conquista y el sometimiento de Rusia previa neutralización de Francia. Y, como ya hemos visto, todo lo que le rondaba por la cabeza lo quería conseguir en vida. No tenía tiempo. En abril de 1939 cumplió cincuenta años, y pronunció la frase que ya hemos citado anteriormente: «tengo cincuenta años, y prefiero que la guerra sea ahora y no cuando cumpla cincuenta y cinco o sesenta». En el fondo ya quería la guerra en 1938, como también hemos recordado en otro contexto. El Compromiso de Munich, considerado con razón por tirios y troyanos como un triunfo fabuloso de Hitler, a él le pareció casi una derrota: las cosas no habían salido como quería, había tenido que recibir de la mano de Francia e Inglaterra lo que hubiera preferido tomar por la fuerza, y había perdido tiempo. Así que en 1939 forzó la guerra que se le había escapado en 1938: con la ocupación militar absolutamente superflua de la inerme, indefensa y desmembrada Checoslovaquia y su repartimiento ulterior destruyó la base sobre la que se había negociado el Compromiso de Munich; y cuando, a raíz de ello, Francia e Inglaterra establecieron o renovaron su alianza con Polonia, desencadenó el enfrentamiento bélico con una especie de «ahora sí», provocando de este modo la declaración de guerra de Inglaterra y Francia. La declaración de guerra, y todavía no la

guerra propiamente dicha. En efecto, en 1939, Inglaterra y Francia no estaban ni material ni psicológicamente armadas para librar una guerra activa contra Alemania. Le dejaron la iniciativa a Hitler, que estaba preparado para la contienda contra Francia, pero *no* para una guerra contra Inglaterra. La «destrucción» de Francia siempre había figurado en sus planes como preludio de la verdadera guerra por el espacio vital contra Rusia. Así fue como la campaña de Francia de 1940 se convirtió en su mayor éxito.

En cuanto a Inglaterra, estaba previsto que fuera un aliado o, al menos, un país benévolutamente neutral. Hitler no se había preparado para una invasión ni para un bloqueo o una guerra marítima contra Gran Bretaña. Se arredraba ante la idea de una invasión improvisada —sin duda con razón, en vista de la superioridad aérea y naval inglesa—. El terror de las bombas, lejos de disuadir a los ingleses de entrar en guerra, tuvo el efecto contrario. De ese modo, desde el verano de 1940, Hitler arrastró un enfrentamiento no deseado con Inglaterra sin poder resolverlo, lo que constituyó una primera señal de que su política de 1938-1939 había sido equivocada.

En cambio, había vencido a Francia, lo que le confirió en toda Europa un aura de poder irresistible, y además había ocupado con su ejército toda la parte occidental del continente, desde el cabo Norte hasta los Pirineos. Volvía a brindársele una vez más, y ahora ampliada a la totalidad del continente, la oportunidad que le había ofrecido el Compromiso de Munich con respecto a la Europa del Este: darle a Europa un «nuevo orden» y hacer perdurable la supremacía alemana en el continente. Tal oportunidad no sólo se brindaba sino que esta vez prácticamente se imponía: se había librado una guerra, y una guerra conducida con éxito, para que no haya sido en vano, ha de desembocar en un tratado de paz. Es más: Francia no sólo se mostraba dispuesta a hacer la

paz, sino que algunos de sus políticos ahora en el poder estaban incluso dispuestos a establecer una alianza. Lo que ofrecían lo bautizaron expresamente «colaboración», un término muy maleable. Si Hitler lo hubiese querido, en el verano de 1940 habría podido conseguir la paz con Francia en cualquier momento, y si hubiera sido una paz más o menos generosa, habría despertado, sin duda alguna, la sed de paz en todos los pequeños países de Europa occidental a los que había arrastrado a la guerra. La paz con Francia y la posterior convocatoria —a poder ser juntamente con ésta— de un congreso europeo para la paz desembocarían en una especie de alianza de Estados europeos o, al menos, en una comunidad económica y defensiva: en el verano de 1940, todo ello estaba al alcance de un estadista alemán que gozara de la posición de Hitler. Por otra parte, habría sido la estrategia más prometedora para desarmar psicológicamente a Inglaterra y extinguir el conflicto con ella. ¿Qué razón tendría Inglaterra para continuar luchando cuando los países por cuya causa había declarado la guerra a Hitler ya estaban en paz con éste? ¿Y qué habría podido conseguir contra una Europa unida y unificada en torno a Alemania?

Lo curioso es que, durante los doce meses comprendidos entre junio de 1940 y junio de 1941, estas posibilidades no entraran en absoluto en los proyectos y las ideas de Hitler. Ni siquiera las contempló para luego desecharlas. No fue a la vencida Francia a la que, tras la triunfante campaña de 1940, le ofreció la paz, sino a la invicta Inglaterra, comportamiento del todo paradójico por poco que uno se detenga a reflexionar. Para Inglaterra, que acababa de declararle la guerra y, con las espaldas cubiertas por una aviación y una marina que la protegían de una invasión, empezaba a movilizar sus fuerzas y reservas, todos los motivos para continuar la guerra seguían en pie. Es más: se habían multiplicado con los

nuevos ataques de Hitler y con su ocupación de Noruega y Dinamarca, Holanda, Bélgica y Luxemburgo. ¿Por qué Londres habría de hacer la paz? Es el vencido, y no el invicto, quien está dispuesto a negociar la paz.

Las guerras se hacen para que el adversario, una vez derrotado militarmente, acepte la paz, y el vencedor que no utiliza esa disposición a la paz desperdicia la victoria que ha logrado por las armas. Lo que hizo Hitler fue desaprovechar la victoria sobre una Francia derrotada y dispuesta a la paz, y ofrecer, en su lugar, la paz a una Inglaterra invicta y de ningún modo dispuesta a aceptarla —sin siquiera dejar entrever cualquier concesión en los puntos conflictivos que habían desencadenado la guerra—. Fue un error político tan fundamental como incomprensible. Que junto con su victoria sobre Francia desperdiciara, además, la oportunidad singular de unificar Europa y de hacerle más llevadera —mediante tal unificación— la supremacía de Alemania, no hizo sino agigantar esa equivocación. Es sorprendente que, hasta el día de hoy, en la literatura sobre Hitler apenas se haya reparado en un error tan colosal.

Por otra parte, cuesta imaginarse a Hitler como un vencedor generoso, paciente hacedor de la paz y visionario del futuro. En su última alocución radiofónica, pronunciada el 30 de enero de 1945, se califica a sí mismo como un hombre «que sólo supo hacer una cosa: golpear, golpear y golpear», caracterización que pretendía ser un elogio de su persona pero que en realidad representa una autoacusación; tal vez incluso una autoacusación excesiva. Pues Hitler supo ser no sólo violento, sino también astuto, aunque no comprendió jamás la sabiduría de la famosa frase de Cromwell, según la cual uno no posee realmente lo que sólo posee por la fuerza. No fue un pacificador, ya que carecía de ese talento. Tal vez sea esa la razón por la que la mayoría de los estudios sobre

Hitler y la Segunda Guerra Mundial apenas calibran la enorme oportunidad que dejó escapar en el verano de 1940. Pero es a la vez una razón para detener la película justo en ese verano de 1940, a fin de valorar correctamente los puntos fuertes y débiles de Hitler, pues en ningún otro momento quedan tan bien encuadrados en un solo plano. En efecto, fue el mismo Hitler quien creó la oportunidad que luego desecharía. Sin duda alguna, había demostrado ser un dechado de voluntad, de energía y de potencia. Había desplegado todo el abanico de talentos políticos nada despreciables que poseía: sobre todo, un olfato infalible para detectar las debilidades ocultas de sus adversarios, y la capacidad de aprovecharse de tales debilidades «con frialdad absoluta» y «con la velocidad del rayo», por decirlo con dos de sus expresiones favoritas. Por si fuera poco, poseía una combinación nada frecuente de talentos políticos y militares, según demostró también en ese momento histórico. En cambio carecía en absoluto de la imaginación constructiva propia de todo estadista: la capacidad de edificar algo perdurable. Por este motivo no podía lograr un tratado de paz, al igual que antes no había sido capaz de crear una constitución (para la comunidad de Estados, los tratados de paz cumplen la misma función que la constitución para el Estado). También se lo impedía su aprensión a definirse y su impaciencia, ambas relacionadas con su autoadmiraación: considerándose infalible y confiando ciegamente en su «intuición» no podía crear instituciones que le ataran las manos; y como se creía insustituible y se empeñaba en realizar en vida todo su programa, no podía plantar nada que necesitara tiempo para desarrollarse, ni podía dejar nada a sus sucesores y ni siquiera velar por que los hubiera (siempre le resultaba extrañamente desagradable pensar en un sucesor).

Hasta aquí son, pues, los defectos de carácter y la falta de talento los que explican las graves omisiones del año 1940. Sin embargo, éstas se deben también a errores de concepto del Hitler «programático» que ya hemos tratado en el capítulo anterior.

Para el Hitler pensador político, la guerra representaba el estado de normalidad, mientras que la paz equivalía a un estado de excepción. Entendía que la paz podía servir para preparar la guerra, pero no entendía que la guerra siempre ha de conducir a la paz. No era la conquista de la paz sino la guerra victoriosa la que constituía para él el fin último de toda política. Durante seis años había preparado la guerra proclamando sus intenciones pacíficas. Ahora que por fin la tenía, no podía permitir que se le volviera a escapar enseguida. En algunas ocasiones hasta lo dijo abiertamente: si tras las guerras victoriosas contra Polonia y Francia consentía que se produjera un estado intermedio de paz, luego tendría dificultades para «movilizar» a Alemania para una nueva guerra, la guerra contra Rusia.

Había otra razón por la cual Hitler rechazaba la idea de hacer la paz con Francia. Como hemos visto en el capítulo dedicado a los errores conceptuales, en su pensamiento político la victoria del más fuerte significaba siempre «el aniquilamiento del débil o su subyugación incondicional». Justamente cuando se refiere a Francia en *Mi lucha* emplea, con mucha naturalidad, la palabra «aniquilamiento». «La eterna y de por sí infructuosa pugna con Francia», dice, únicamente cobraría sentido «bajo la condición de que Alemania viera en el aniquilamiento de Francia sólo un medio para permitir por fin a nuestro pueblo la expansión hacia otros lugares». Vista la situación que reinaba en el verano de 1940, cuando Hitler aún confiaba en que Inglaterra terminaría por transigir, evidentemente descartaba practicar en Francia una política de aniquilamiento como la que llevaba a cabo ya en

Polonia o la que al año siguiente iniciaría en Rusia. Aunque un objetivo bélico que no consistiera en el aniquilamiento de Francia era, al parecer, inimaginable para Hitler, pues en su pensamiento no cabía la paz con esta nación, una paz que, para resultar útil, tendría que ser de reconciliación, o incluso de unificación. Lejos de abandonar la idea de aniquilarla, sólo había aplazado o, al menos, dejado pendiente su puesta en práctica. En cualquier caso, no quería taponarse ninguna salida.

En este aspecto se juntan dos rasgos de Hitler que, a primera vista, parecen contradecirse: su aprensión a definirse y su terquedad programática. Una y otra en cierto modo no le dejaban ver la realidad. No veía las oportunidades insospechadas y no programadas, como tampoco veía los peligros adversos a su programa. En esto se diferenciaba de Stalin, con quien compartía muchas características (como la crueldad, a la que habremos de dedicarnos en el próximo capítulo): Stalin siempre estuvo ojo avizor para captar las realidades que lo circundaban; Hitler, en cambio, se creía capaz de mover montañas.

En ningún otro momento eso queda tan patente como en el año ya mencionado comprendido entre junio de 1940 y junio de 1941, cuando Hitler, sin saberlo, selló su destino. No quiso ver que había alcanzado todo cuanto podía alcanzar. Y no quiso saber nada de la paz que entonces tocaba pactar en el continente europeo y que a la larga, necesariamente, habría consumido incluso la voluntad bélica de Inglaterra. En el fondo, esa guerra en ultramar no le interesaba, porque no entraba en sus planes ni encajaba en su concepción del mundo. Que detrás de Inglaterra estaba la amenaza cada vez más cercana de Estados Unidos era un hecho que no tomó en serio durante mucho tiempo. Confiaba en el atraso armamentístico de los norteamericanos, en el desacuerdo que enfrentaba a intervencionistas y aislacionistas en el

país, y, en el peor de los casos, en el factor de distracción que Japón representaba para ellos. Pero Estados Unidos no figuraba en su programa de acción, que, tras la guerra preparatoria contra Francia para cubrirse las espaldas, preveía la gran guerra principal, la «guerra por el espacio vital» contra Rusia. Una guerra por la que Hitler se decidió tras algún titubeo, a pesar de que el papel que reservaba a Inglaterra no era el de enemigo sino el de aliado o espectador benévola­mente neutral, y a pesar de que Rusia, en la ahora pendiente y no programada guerra con Inglaterra, era un suministrador leal e imprescindible de víveres y materias primas, necesarios para romper el bloqueo. Pero Hitler pensó que una Rusia conquistada sería un suministrador todavía más fiable que una Rusia benévola­mente neutral; y en cuanto a Inglaterra, se convenció de que ésta arrojaría la toalla una vez que quedaran abortadas sus esperanzas puestas en Rusia como futuro aliado. No se percató de que Rusia no nutría en lo más mínimo tales esperanzas británicas, y que Inglaterra, como se veía claramente, no contaba en absoluto con Rusia sino con Estados Unidos como futuro aliado.

No hay que tomar demasiado en serio tales intentos racionalizadores de Hitler. El ataque a Rusia no se produjo *por*, sino *pese a* la persistente guerra con Inglaterra; ni tampoco a causa de los roces habidos con Moscú en la segunda mitad de 1940, ya solucionados en el verano de 1941. La agresión se produjo porque Rusia siempre había figurado en el mapa mental de Hitler como espacio vital para Alemania y porque, según su calendario, tras la victoria sobre Francia había llegado el momento de poner en escena esta obra principal de su repertorio de conquistas. En efecto, ya en julio de 1940 había insinuado a sus generales tal propósito para, más tarde, el 18 de diciembre del mismo año, elevarlo a resolución firme y hacerlo realidad el 22 de junio de 1941.

Que su ataque a Rusia, lanzado sin que mediara provocación, fue un error —y por sí solo un error que había de decidir la guerra— está hoy a la vista de todo el mundo. La pregunta es, en todo caso, si ese error podía advertirse también en aquel entonces. En 1941, la fuerza de Rusia era subestimada por muchos —también los estados mayores británico y norteamericano contaban con una rápida derrota rusa— y Rusia, con su pobre actuación en la guerra contra Finlandia en el invierno de 1940 había dado motivos suficientes para abonar tal creencia. Los imponentes éxitos iniciales de la campaña de 1941 parecían confirmar el escaso valor que Hitler daba a la capacidad de resistencia rusa. La cuestión de si con una estrategia diferente habría podido tomar Moscú sigue siendo muy debatida hoy en día. En cualquier caso, no faltó mucho para que lo consiguiera.

Sin embargo, con las enormes reservas humanas y territoriales de Rusia, ni siquiera la caída de Moscú habría puesto fin a la guerra, ni en 1941, ni en 1812. ¿Cómo iba a ser posible poner fin a una guerra contra una Rusia dotada de tales reservas? Hoy sabemos que Hitler, curiosamente, nunca se planteó en serio esa pregunta. Lo mismo que en el caso de Francia, no pensó más allá de la victoria militar. Sus planes de guerra sólo preveían, también en el supuesto de una victoria militar, un avance hasta la línea Arcángel-Astracán. Es decir, incluso entonces habría tenido que defender un inmenso frente oriental al tiempo que continuaba la guerra contra Inglaterra y surgía la amenaza de una guerra contra Estados Unidos.

Por lo demás, la guerra contra Inglaterra y la represión del continente, ocupado pero no pacificado, absorbían, ya entonces, una cuarta parte del ejército de tierra alemán, una tercera parte de su aviación y toda su flota, además de las correspondientes industrias proveedoras. También hay que tener en cuenta que esa

guerra no concluida en el oeste imponía un plazo estricto a la contienda en el este: Inglaterra, que en el momento de estallar la confrontación, llevaba un atraso de varios años con respecto a Alemania por lo que a rearme se refiere, se fortalecía cada vez más, y ni que decir tiene que Estados Unidos hacía lo mismo. Al cabo de dos o tres años, ambos tendrían capacidad ofensiva en Europa. Todas esas razones habrían hecho dudar a cualquier estadista responsable de la conveniencia de embarcarse en una guerra rusa, máxime cuando nadie le obligaba a hacerlo. Pero Hitler sólo era responsable ante sí mismo, y su intuición, nunca sometida a examen, le venía diciendo invariablemente desde hacía quince años —desde que así lo formulara en *Mi lucha*— que «el inmenso Imperio en el este» estaba «a punto de derrumbarse». Tan ciegamente se fiaba de esa intuición que ni siquiera se preocupó de dotar al ejército alemán de los pertrechos imprescindibles para el invierno ruso, seguro como estaba de que la campaña, iniciada el 22 de junio, terminaría muy pronto con el triunfo de los alemanes. Es sabido que la llegada del invierno acarreó la primera grave derrota de Alemania. El diario de guerra del jefe del estado mayor de la *Wehrmacht* dice al respecto: «Cuando sobrevino la catástrofe del invierno de 1941-1942, el *Führer* comprendió... que a partir de ese punto culminante... ya no se podría obtener la victoria». El apunte es del 6 de diciembre de 1941. El 11 del mismo mes, Hitler declaró la guerra a Estados Unidos.

He aquí el mayor y el último —y por su estridente obviedad el menos explicado— de los desaciertos con los que Hitler, en 1941, se cavó su propia tumba. Parece como si, sabiendo que tras el fracaso de su guerra relámpago contra Rusia ya no podía alcanzar la victoria, hubiese llegado a la conclusión de que ahora quería la derrota y que se encargaría de rematarla tan clamorosamente como pudiera. Pues no cabe pensar que no previera lo inevitable

de la derrota cuando se enteró de que a los adversarios invictos que eran Inglaterra y Rusia se les sumaba la ya entonces potencia más poderosa de la tierra.

No existe hasta el día de hoy explicación racional alguna de ese acto, que uno está tentado de calificar de locura. Pensemos que la declaración de guerra venía a ser para Estados Unidos una invitación a hacer, a su vez, la guerra a Alemania. De hecho, Hitler no tenía medios para lanzar operaciones bélicas contra Estados Unidos; carecía incluso de bombarderos de larga distancia para clavarle alguna que otra punzada. Además, con esa invitación a la guerra, Hitler le hacía al presidente norteamericano Roosevelt el mayor favor que cupiera imaginar. Por medio de su apoyo creciente a Inglaterra y, últimamente, con sus claras actuaciones bélicas en el Atlántico, Roosevelt llevaba más de un año intentando provocar a Hitler a la guerra, una guerra que el presidente norteamericano sin duda alguna quería —era el único de todos los contrincantes de Hitler que la deseaba— por considerarla necesaria, pero que no podía iniciar debido a la oposición existente en su propio país. Hitler, sensatamente, no sólo no se había dejado provocar durante más de un año, sino que había intentado todo lo posible para disuadir a Estados Unidos de una participación en la guerra europea, alentando y potenciando la actitud de amenaza adoptada por Japón. Y era precisamente ahora cuando esa política de distracción acababa de arrojar su mayor éxito: el 7 de diciembre, Japón había atacado a la flota norteamericana del Pacífico en Pearl Harbor, iniciando por su parte una guerra con Estados Unidos. Si Alemania hubiera permanecido pasiva, ¿cómo habría podido Roosevelt movilizar el ejército de Estados Unidos, tan duramente desafiado por Japón, no contra ese país sino contra una Alemania que no le había dado motivos para ello? ¿Cómo

podría explicárselo al pueblo americano? Al declararle la guerra, Hitler le resolvió el problema.

¿Por qué lo hizo? ¿Por fidelidad nibelunga a Japón? Es evidente que no. No había ninguna obligación de que Alemania participara en una guerra que Japón comenzaba por su cuenta, como tampoco la había a la inversa. El triple pacto de septiembre de 1940 entre Alemania, Japón e Italia era una alianza meramente defensiva. Por consiguiente, Japón no participaba en la guerra de agresión de Alemania contra Rusia. Al contrario: cuando en abril de 1941 el despliegue alemán contra Rusia se fue haciendo evidente, Japón firmó un acuerdo de neutralidad con Stalin y lo cumplió escrupulosamente. Fueron tropas siberianas, retiradas de la frontera militar ruso-nipona en Manchuria, las que pararon la ofensiva alemana contra Moscú. Tanto desde el punto de vista jurídico como desde el moral, Hitler habría estado en su pleno derecho si hubiera considerado la guerra japonesa contra Estados Unidos como la bienvenida operación de distracción y descarga que podría haber sido para Alemania, y la hubiera contemplado con la misma sonrisa fría con que Japón miraba la guerra alemana contra Rusia —máxime cuando no podía hacer absolutamente nada para brindarles socorro activo a los japoneses—. Y sobra decir que no era hombre para dejarse influir en su política por sensiblerías de apego sentimental, menos aún en el caso de Japón.

Efectivamente, no fue el ataque japonés a Pearl Harbor lo que movió a Hitler a provocar la entrada de Estados Unidos en la guerra alemana —entrada que hasta entonces supo conjurar en la medida de sus posibilidades—, sino la exitosa contraofensiva rusa ante Moscú, que, según consta, le hizo comprender intuitivamente que «ya no se podría obtener la victoria». Eso se puede afirmar con cierta seguridad. Pero no explica el paso dado por

Hitler. Aun considerándola un acto desesperado, la declaración de guerra a Estados Unidos no acaba de tener sentido.

¿Fue esa declaración de guerra una disimulada llamada de socorro? El caso es que, en diciembre de 1941, no sólo se demostró lo que vendría a ser confirmado por el desarrollo ulterior de la guerra, a saber, que Rusia, con sus doscientos millones de habitantes, era sencillamente más fuerte que Alemania, que sólo contaba con ochenta, y que esa superioridad acabaría por imponerse con el tiempo; los acontecimientos de diciembre parecían también augurar algo que, de momento (y no en último término por la fuerza de voluntad de Hitler), aún podía ser evitado: una catástrofe inminente como la de Napoleón, causada por el doble efecto de la contraofensiva y del invierno rusos. Ante esa eventualidad, cabría imaginarse que Hitler deseara casi provocar una invasión angloamericana en el oeste, con el fin de no perder contra Rusia, sino contra las potencias occidentales, de las que Alemania podía esperar un trato más benigno. Sin embargo, esta hipótesis queda invalidada por el hecho de que, tres años después, cuando Alemania ya sólo tenía la opción de recibir el golpe mortal en el oeste o en el este, Hitler invirtió ese supuesto orden de preferencia —de esta decisión volveremos a tratar bajo el epígrafe «Traición»—. Y también queda invalidada por el hecho de que Hitler conocía exactamente el estado del rearme y de la movilización americanos: en el invierno de 1941-1942, las potencias occidentales aún no estaban ni de lejos en condiciones de llevar a cabo una invasión, los americanos incluso menos que los ingleses. ¿O es que Hitler esperaba meter cizaña entre sus enemigos al crear una coalición bastante antinatural de americanos, ingleses y rusos? ¿Creía, en particular, que justamente Estados Unidos tardaría muy poco en desavenirse con Rusia y que entonces él, aprovechando la coyuntura, podría salvar la cabeza? En una situación en la que «obtener

la victoria es ya imposible», eso habría sido un pensamiento, si bien especulativo, no del todo descabellado. En efecto, Inglaterra y Estados Unidos tuvieron con Rusia, en el transcurso ulterior de la guerra, varias disputas de consideración, como la de los años 1942 y 1943, motivada por la creación de un «segundo frente en Europa», la de 1943 y 1944, suscitada por la cuestión polaca, y finalmente en 1945, a causa de Alemania (siendo la Inglaterra de Churchill una litigante mucho más peleona que la América de Roosevelt). Lo que después habría de convertirse en la «guerra fría» ya estaba gestándose durante la Segunda Guerra Mundial, y en 1941 no hacían falta dotes de visionario para pronosticar que las cosas evolucionarían por ahí. Sólo que Hitler, llegado el momento, no hizo nada para aprovecharse de esa situación. Se distanciaba cada vez más de la posibilidad de firmar una paz por separado con Rusia manteniendo el *statu quo*, paz que en 1942 e incluso en 1943 tal vez aún habría podido conseguir (por entonces Rusia, sangrando de mil heridas, cargaba con casi todo el peso de la guerra y reclamaba en vano un «segundo frente en Europa»); y los monstruosos crímenes que cometió justamente durante los años posteriores a 1941 frustraron la posibilidad de una paz con el oeste.

Cuando buscamos los motivos de la inexplicable declaración de guerra a Estados Unidos hemos de conformarnos con meras hipótesis, ya que Hitler nunca reveló las razones que lo movieron a dar ese paso. Tal declaración de guerra no es sólo el más incomprensible de los errores con los que transformó, en los años 1940 y 1941, una victoria ya casi consumada en una derrota inevitable; es también la decisión más solitaria de sus solitarias decisiones. Antes de que la pusiera sobre el tapete en una sesión del *Reichstag* expresamente convocada para ese fin no había hablado con nadie al respecto: ni con los generales de su entorno, con quienes

pasaba la mayor parte del día desde el inicio de la guerra contra Rusia, ni con el ministro de Asuntos Exteriores, ni menos aún con su gabinete, al que no había vuelto a reunir desde 1938. Pero ya el 27 de noviembre, cuando la contraofensiva rusa aún no había comenzado y la ofensiva alemana contra Moscú sólo estaba sufriendo un parón, había hecho comentarios extraños ante dos visitantes extranjeros, los ministros de Asuntos Exteriores danés y croata, Scavenius y Lorkowitsch, comentarios de los cuales ha quedado constancia: «También sobre eso pienso con frialdad absoluta», dijo. «Si llegara el día en que el pueblo alemán no fuera lo suficientemente fuerte y sacrificado como para entregar su propia sangre en aras de su existencia, prefiero que sucumba y sea exterminado por otra potencia más fuerte... Yo, por mi parte, no derramaré entonces una sola lágrima por el pueblo alemán». Siniestras palabras. Efectivamente, en 1945 dio la orden de volar por los aires todo lo que aún se mantuviera en pie en Alemania, a fin de despojar al pueblo alemán de cualquier posibilidad de supervivencia, es decir, para castigarlo, mediante la destrucción, por haberse mostrado incapaz de conquistar el mundo. Y es ya en ese momento, tras la primera derrota, cuando de repente surge en él la idea de la traición. Idea que responde a un rasgo ya conocido de su personalidad: su inclinación a sacar las consecuencias más radicales, «con frialdad absoluta» y «con la velocidad del rayo». La declaración de guerra a Estados Unidos, ¿no era el primer indicio de que Hitler había cambiado de actitud? No pudiendo entrar en la historia como el máximo conquistador y triunfador, ¿había decidido ya entonces convertirse al menos en el arquitecto de la mayor catástrofe?

Pero no hay duda de que Hitler, con la declaración de guerra a Estados Unidos, sella la derrota que se anunciaba con la batalla perdida ante Moscú. Y a partir de 1942 ya no hace nada para

prevenirla. Deja de tener iniciativas nuevas, sean políticas o militares. Su innegable ingenio de los años anteriores desaparece por completo. Hace caso omiso de las oportunidades políticas que todavía se presentan para salir de algún modo airoso de la guerra perdida, y desaprovecha incluso las oportunidades militares de dar un giro a la contienda, como las generadas a raíz de las sorprendentes victorias de Rommel en África en el verano de 1942. Es como si el interés de Hitler ya no se centrara en la victoria sino en otra cosa.

También se observa que, en esos años, Hitler se repliega cada vez más. No se le ve, no se le oye. No tiene contacto con las masas, no visita el frente, no mira las ciudades asoladas por los bombardeos aéreos, y apenas pronuncia discursos públicos. Vive enclaustrado en su cuartel militar, donde, eso sí, continúa gobernando con el absolutismo de siempre, sin dejar de destituir y sustituir a generales y tomando él mismo todas las decisiones. Decisiones a menudo extrañas, como la de sacrificar al Sexto Ejército en Stalingrado. Sigue durante esos años una estrategia obstinada y carente de ideas; su única fórmula es «mantener la posición al precio que sea». El precio se paga, pero las posiciones no se mantienen. Los territorios conquistados se pierden uno tras otro, desde finales de 1942 en el este, desde 1944 también en el oeste. Y Hitler no reacciona: libra una dilatada guerra de resistencia, pero ya no por la victoria, evidentemente, sino para ganar tiempo. Es curioso: antes siempre había tenido prisa, ahora lucha por ganar tiempo.

Continúa luchando, y necesita tiempo. ¿Para qué? Siempre había tenido dos objetivos: la dominación de Europa por parte de Alemania, y la erradicación de los judíos. El primero no lo consiguió. Ahora se concentra en el segundo. Mientras los ejércitos alemanes libran una larga, inútil y diezmadora lucha de dilación,

ruedan día a día trenes con carga humana hacia los campos de exterminio. En enero de 1942 se decretó la «solución final de la cuestión judía».

Hasta 1941 habían sido las acciones políticas y militares de Hitler las que mantuvieron en vilo al mundo entero. Eso se había acabado. Ahora eran sus crímenes los que le quitaban el aliento al mundo.

Crímenes

No cabe duda de que Hitler es una figura destacada de la política mundial. Pero tampoco cabe la menor duda de que también le corresponde un lugar en la crónica del crimen universal. Intentó, aunque sin éxito, crear un imperio mundial mediante guerras de conquista. Tales empresas suelen ir acompañadas de gran derramamiento de sangre. No obstante, nadie calificará de meros criminales a los grandes conquistadores de la historia, desde Alejandro Magno hasta Napoleón. Si Hitler es un criminal, no lo es por el hecho de haberlos emulado.

Lo es por un motivo bien distinto. Hitler mandó matar a un sinnúmero de personas inocentes sin finalidad militar o política, sino únicamente para su propia satisfacción. Por eso no se le debe equiparar a Alejandro Magno ni a Napoleón, sino a asesinos como el famoso exterminador de mujeres Kürten o el infanticida Haarmann; con la diferencia de que sus acciones alcanzaron dimensiones industriales mientras que los otros se movieron en un nivel artesanal, por lo que el número de las víctimas de Hitler asciende, no a docenas o centenares, sino a varios millones. Fue sencillamente un genocida.

Empleamos el término en su precisa acepción criminológica y no en el sentido retórico polémico que a veces adquiere cuando se usa para asañear a estadistas o generales que enviaron a la muerte a sus enemigos o a sus propios soldados. Muchos

estadistas (y generales), de todas las épocas y de todos los países, han pasado por situaciones en las que han mandado matar, sea en guerras con otras naciones o en contiendas civiles, bien en momentos de crisis de Estado o bien en tiempos de revolución. Ello no los convierte en criminales. Los pueblos siempre han tenido un buen olfato para saber si sus soberanos actuaban obligados por la necesidad o para satisfacer un placer oculto. La reputación del soberano *cruel* siempre queda manchada, por eficiente que éste haya sido. Es el caso de Stalin, por ejemplo. Hitler también fue, entre otras cosas un soberano cruel, y como tal representa más bien un fenómeno excepcional en la historia alemana. Antes de Hitler, hallaremos muchos menos soberanos crueles en la historia de Alemania que en la de Rusia o Francia, por ejemplo. Pero no es a esto a lo que nos referimos. Hitler no sólo fue cruel como soberano y como conquistador. Lo singular en él es que incluso mandaba matar, y tan pródigamente que supera lo imaginable, cuando la razón de Estado no le brindaba el menor motivo o pretexto para hacerlo. Es más: algunos de sus genocidios iban francamente en contra de sus intereses político-militares. La guerra contra Rusia, por ejemplo, imposible de ganar en el campo de batalla, como ahora sabemos, tal vez habría podido ganarla en el terreno político si se hubiese presentado como libertador y no como exterminador. Pero su afán asesino era más fuerte que su ciertamente no escasa habilidad para el cálculo político.

Sus genocidios fueron cometidos en época de guerra, pero no eran acciones bélicas. Antes bien podemos afirmar que utilizó la guerra como pretexto para cometer genocidios que nada tenían que ver con la misma pero que, desde el principio, constituyeron una necesidad personal suya. «Si en el frente caen los mejores, en casa por lo menos se podrá matar a las sabandijas», había escrito ya en *Mi lucha*. La matanza de seres humanos, que para Hitler no

eran más que sabandijas, sólo estaba relacionada con la guerra en la medida en que ésta servía para desviar la atención en el propio país. Por lo demás, era un fin en sí mismo, y no un medio para alcanzar la victoria o para prevenir la derrota. Al contrario, el genocidio obstaculizó las operaciones bélicas, pues absorbió, durante años, a miles de hombres de las SS aptos para la guerra y numéricamente equivalentes a varias divisiones y que de ese modo faltaron en el frente. Al mismo tiempo los transportes masivos que se realizaban a diario a través de toda Europa hacia los campos de exterminio privaban a la tropa combatiente de una parte considerable del ya escaso material rodante que necesitaba para el suministro. Además, una vez que la victoria se hizo imposible, las masacres cerraron las vías a cualquier paz de compromiso, pues, a medida que iban saliendo a la luz, los estadistas, primero los de Occidente, luego también los de Rusia, se iban convenciendo uno tras otro de que la única manera razonable de terminar la guerra no era una negociación diplomática *con* Hitler, sino un proceso judicial *contra* Hitler. El objetivo bélico de «castigar a los responsables de esos crímenes», proclamado por los aliados occidentales en enero de 1942 y asumido por la Unión Soviética en noviembre de 1943, requería, como segundo objetivo, la capitulación incondicional de Alemania.

Entre 1942 y 1945 el mundo entero fue consciente de que los genocidios de Hitler no eran meros «crímenes de guerra» sino crímenes por antonomasia, crímenes, además, de una envergadura hasta entonces desconocida, una catástrofe de la civilización que, en cierto modo, comenzaba allí donde terminaban los habituales «crímenes de guerra». Lamentablemente, esa conciencia luego volvió a eclipsarse a causa de los «procesos de Nuremberg por crímenes de guerra», un acontecimiento desafortunado que hoy en día a nadie le gusta recordar.

La justicia de los vencedores tuvo muchos fallos: faltaba el principal acusado, puesto que se había sustraído a toda justicia terrenal; la ley según la cual se juzgaba era una ley *ad hoc* y de carácter retroactivo; pero sobre todo, el crimen hitleriano propiamente dicho, es decir, el exterminio masivo de polacos, rusos, judíos, gitanos y enfermos, no era sino uno más de los cargos imputados, agrupado junto con los de trabajos forzados y deportación bajo el título «crímenes de lesa humanidad», mientras que los cargos principales eran «crimen contra la paz» —es decir, la guerra como tal— y «crímenes de guerra», definidos éstos como «violaciones de las leyes y costumbres de la guerra».

Tales violaciones se habían producido, naturalmente, de forma más o menos grave, en todos los bandos, pues la guerra la habían hecho también las potencias vencedoras. Por esta razón resultaba fácil decir que, en el juicio de Nuremberg, unos culpables juzgaban a otros y que, en realidad, los acusados estaban siendo condenados por haber perdido la guerra (tras el proceso, el mariscal británico Montgomery expresó públicamente ese pensamiento). Nuremberg causó una gran confusión. Entre los alemanes —y justamente entre *aquellos* alemanes que más motivos tenían para hacer examen de conciencia y sentir vergüenza— suscitó una mentalidad de contable, una actitud que ante cualquier reproche replica con un *tu quoque* («¿Y acaso vosotros no?»). Entre las potencias vencedoras dejó una especie de resaca que, sobre todo en Inglaterra, hizo brotar las más absurdas justificaciones del fenómeno Hitler. Hoy en día, para saber cuáles fueron los verdaderos crímenes de Hitler que entonces helaron la sangre a todo el mundo, primero hay que tomarse el trabajo de entresacarlos de la maraña de suciedad que envuelve cualquier guerra. Lo mejor es comenzar por examinar aquellas fechorías que *no* forman parte de esos crímenes, aun a riesgo de que ese esfuerzo pueda tomarse

como un intento de justificar a Hitler. Es exactamente lo contrario.

Comencemos por el «crimen contra la paz». En el juicio de Nuremberg, se declaró —por primera y última vez hasta el momento— que la guerra como tal, y en todo caso la guerra de agresión premeditada y planeada era constitutiva de crimen. Se alzaron entonces voces que llegaron a calificar este crimen como el cargo más importante de la acusación, considerando que englobaba incluso los demás crímenes, voces que presentaron la criminalización de la guerra como un progreso que inauguraba una nueva época en la historia de la humanidad. Esas voces prácticamente han dejado de oírse en la actualidad. La guerra y el homicidio, por fácil que sea equipararlos en un plano retórico, son dos cosas distintas. Hitler es, precisamente, un buen ejemplo de ello.

Es cierto que la actitud hacia la guerra, por lo menos entre los pueblos de Occidente, ha experimentado una transformación sustancial en el transcurso del siglo xx. Antes, la guerra era glorificada. En la primera conflagración mundial de la centuria, los pueblos implicados —y no sólo el alemán— iban todavía con júbilo y entusiasmo al frente. Eso se acabó. La Segunda Guerra Mundial ya se percibió por todos los pueblos —inclusive el alemán— como una desgracia y un azote. Desde entonces el desarrollo de las armas de destrucción masiva ha venido fortaleciendo aún más el miedo generalizado y el rechazo a la guerra. Pero no ha acabado con ella. Aún no se ha encontrado un camino para conseguirlo. Declararla constitutiva de crimen, como sucedió en Nuremberg, no es, al parecer, el camino correcto.

Así lo demuestran las numerosas guerras que ha habido y sigue habiendo desde entonces, y también lo demuestran las ingentes inversiones y esfuerzos que realizan cada año, para

mantenerse armadas, las mismas potencias que en Nuremberg calificaron la guerra de crimen. No tienen otra alternativa; saben que la guerra continúa siendo posible en cualquier momento y que puede darse el caso de que incluso sea inevitable.

Es cierto que, ya antes de la Segunda Guerra Mundial, la mayoría de los países que luego participarían en ella firmaron el Pacto Kellogg-Briand, una solemne declaración de renuncia a la guerra, como también es cierto que, después de 1945, tales declaraciones han formado parte integrante de tratados internacionales, desde los estatutos de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) hasta el Acta de Helsinki. Pero todos los gobiernos saben que no pueden confiar seriamente en ellas, por lo que se preparan de forma adecuada para la eventualidad. Nadie calificará por ello a todos estos gobiernos de bandas de criminales. Declarar crimen lo que es desagradable pero inevitable no ayuda a encontrar la solución. Si declaramos que la guerra es un crimen, también podríamos decir lo mismo de la deyección.

Una mirada a la historia universal, tanto antes como después de Hitler, por fugaz que sea, enseña, en efecto, que, así como la deyección no puede eliminarse del organismo humano, tampoco la guerra puede eliminarse del sistema internacional. Y basta con una simple reflexión para comprender por qué. Las guerras se hacen entre Estados; y formarán parte del sistema internacional mientras los Estados sean, como hoy en día siguen siendo, la máxima instancia del poder en la tierra. Su monopolio del poder es imprescindible; es la condición necesaria para que los conflictos internos entre grupos o clases de ciudadanos puedan dirimirse sin recurrir a la violencia. Pero, a la vez, hace inevitable que los conflictos entre los Estados mismos, en caso de agravarse, sólo puedan dirimirse por la fuerza, es decir, mediante la guerra. Distinto sería si, por encima de los Estados, hubiese otra instancia

superior: un Estado universal único y globócrata que mediara entre los estados como un Estado federal terciaria entre los estados que lo integran. Un Estado universal de estas características ha sido siempre el ideal de los grandes conquistadores y de los imperios que éstos crearon, pero el objetivo nunca se ha logrado. Mientras el mundo político esté compuesto por múltiples Estados soberanos, tiene validez la afirmación de Schiller:

La guerra es terrible, cual las plagas del cielo, mas es buena, una fatalidad, igual que ellas.

Criminalizarla, como se pretendió en Nuremberg, sólo puede volverla más terrible, puesto que entonces la del perdedor no será ya una lucha por la victoria o la derrota, sino una lucha por la vida o la muerte.

Se objetará, tal vez, que en Nuremberg no se estigmatizaron como crímenes todas las guerras, sino sólo la guerra ofensiva y de conquista. Y nadie negará que la de Hitler, por lo menos la que sostuvo en el este, merece esta denominación. A diferencia de la Primera Guerra Mundial, en la Segunda no se plantea, prácticamente quién fue el culpable. Hitler planificó, quiso y emprendió esa guerra con el objetivo inmediato de crear un gran imperio dominado por los alemanes con la finalidad lejana de dominar al mundo.

Sin embargo, tampoco eso puede calificarse de crimen sin más, sobre todo cuando se defiende la opinión de que la guerra debe ser abolida porque la humanidad, con su tecnología actual, ya no puede permitirse los enfrentamientos bélicos. Si, por una parte, en un mundo de Estados soberanos las guerras se han hecho inevitables y, por otra, amenazan la supervivencia de la humanidad en la era tecnológica, entonces la necesidad de un *war to end war*, de una guerra para acabar con todas las guerras, se explica por la situación de la humanidad. Como acabamos de ver, el

único medio para abolir la guerra como institución sería, en efecto, el Estado universal, y para crearlo no existe, probablemente, ningún otro camino que el de una guerra de conquista mundial llevada a cabo con éxito. En cualquier caso, la experiencia histórica no nos muestra ninguna alternativa.

Que instituciones como la ginebrina Sociedad de Naciones o la Organización de las Naciones Unidas de Nueva York no acaban con la guerra no admite ninguna duda. Por otra parte, la paz más larga y más segura de la que se guarda memoria, a saber, la *pax romana* de los cuatro primeros siglos de nuestra era, vino precedida de toda una serie de bien calibradas guerras de conquista romanas, y fueron esas guerras las que la hicieron posible. Imperio romano y *pax romana* eran sinónimos. Para citar un ejemplo menor, pero históricamente más próximo, señalemos los estados alemanes, enzarzados durante siglos en confrontaciones bélicas —algunas tan devastadoras como la de los Treinta Años— hasta que Bismarck los unificó... ¶ mediante la guerra! ¿Y qué sucedió con la Segunda Guerra Mundial? ¿Acaso no acabó convirtiéndose, de forma deliberada o no, en una guerra de conquista que alumbró imperios auspiciados por las dos principales potencias vencedoras, Rusia y Estados Unidos? La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y el Pacto de Varsovia, ¿no fueron, en cierto modo, imperios americanos y rusos, respectivamente? En la guerra fría que siguió a la Segunda Guerra Mundial hasta que el empate nuclear la frenó momentáneamente, ¿no se aspiraba ya, en secreto, a la dominación del mundo? ¿Y no hay que reconocer que tanto los dominios rusos como los americanos, ambos resultado de la Segunda Guerra Mundial, eran las únicas áreas del mundo en cuyo interior reinaba una paz segura? Aunque suene a paradoja, debe afirmarse que los conquistadores y fundadores de imperios mundiales —entre los que Hitler quiso figurar— han

hecho más por la paz a lo largo de la historia que todas las acar tonadas declaraciones de renuncia a la guerra. El crimen de Hitler no estriba, pues, en su afán de emularlos o, visto de otro modo, en su fracasado intento de hacer lo que después, impulsados por él, consumaron exitosamente sus vencedores americanos y rusos.

El crimen específico de Hitler tampoco estriba en la «violación de las leyes y costumbres de la guerra», es decir, en aquellos «crímenes de guerra» que dieron nombre al juicio de Nuremberg. Hay que señalar al respecto que tal cargo se contradice con el que acabamos de tratar. Si la guerra en general es un crimen, entonces sus leyes y sus costumbres forman parte del mismo, y ya no importa si son violadas o no. De hecho, no obstante, las «leyes y costumbres de la guerra» presuponen que la guerra no es un crimen, sino una institución internacional aceptada en principio por inevitable. Sirven, según la feliz expresión de Carl Schmitt, para el «acotamiento de la guerra»; tratan de limitarla y hacerla más llevadera por medio de preceptos y convenios básicamente destinados a la protección de la población civil y de los prisioneros de guerra.

Por otra parte, dichas leyes y costumbres son todo menos perfectas. Las convenciones de Ginebra, que protegen la vida e integridad física de los prisioneros de guerra, no han sido ratificadas por todos los países. El Reglamento de La Haya sobre la guerra terrestre, que prohíbe los excesos contra la población civil en zonas de conflicto bélico no tiene un equivalente sobre la guerra aérea, por lo que los bombardeos de zonas civiles no constituyen una contravención a las leyes y costumbres de la guerra reconocida por todos.

Mayor importancia todavía reviste el hecho de que las violaciones de tales leyes y costumbres, que naturalmente se producen en todas las guerras y en todos los bandos, no suelen, por

tradición, estar sometidas a ninguna sanción internacional, y con razón. Son los superiores y tribunales de guerra del propio bando los que, con rigor cambiante, las castigan durante la guerra misma, y a veces severamente, puesto que los saqueos, asesinatos, violaciones, etcétera socavan, de ser tolerados, la disciplina y la combatividad de la propia tropa. Acabada la guerra, tales crímenes suelen ser amnistiados calladamente en todos los bandos, cosa que sólo pueden lamentar los justicieros. Hay cierta sabiduría en la práctica de tratar las, por así llamarlas, habituales atrocidades de la guerra como fenómenos concomitantes de una inevitable situación excepcional —en la que el buen ciudadano y padre de familia tiene que acostumbrarse a matar— y de dejar que caigan en el olvido tan pronto como termine la contienda.

Fue un error de las potencias vencedoras haber olvidado esa sabiduría tras la Segunda Guerra Mundial. No sólo porque al perseguir únicamente a los vencidos por desmanes que también cometieron los vencedores se generó, forzosamente, una sensación de injusticia, sino sobre todo porque la conciencia del carácter específico de los crímenes hitlerianos se atrofió una vez que se los echó en el mismo saco que los crímenes de guerra que suelen producirse en cualquier conflicto. Los genocidios de Hitler se distinguen, precisamente, por *no* tratarse de crímenes de guerra. Masacres de prisioneros de guerra cometidas en el fragor de la batalla; fusilamientos de rehenes en la guerra de partisanos; bombardeos de zonas exclusivamente civiles en la guerra aérea «estratégica»; hundimientos de buques de pasajeros y barcos neutrales en la guerra de submarinos: todos ellos son crímenes de guerra horrendos, sin duda, pero que las partes implicadas tratan de olvidar de común acuerdo tras la contienda. El genocidio, el exterminio planificado de grupos de población enteros, las

matanzas de personas calificadas de sabandijas son cosas totalmente distintas.

De estos crímenes hemos de ocuparnos ahora, pero lo haremos sin entrar en una descripción de sus espeluznantes pormenores. Éstos están profusamente reseñados en otros libros, como, por ejemplo, en el minucioso y rigurosamente documentado *Los crímenes del nacionalsocialismo*, de Reinhard Henkys. Baste aquí una breve relación cronológica de los hechos.

1. Del primero de septiembre de 1939, día en que comenzó la guerra, data la orden escrita por Hitler de matar masivamente a los enfermos de Alemania. En virtud de esta orden las autoridades procedieron, en los dos años siguientes, a la matanza de alrededor de cien mil alemanes («bocas inútiles»): entre setenta mil y ochenta mil pacientes de sanatorios y centros asistenciales, de diez mil a veinte mil enfermos e inválidos reclusos en campos de concentración, todos los pacientes judíos internados en clínicas de reposo y cerca de tres mil menores, entre tres y trece años, básicamente alumnos en régimen de educación especial así como pupilos de la beneficencia pública. La acción fue suspendida en agosto de 1941, en parte por el creciente malestar que provocaba en la población y en las diferentes Iglesias, que hicieron públicas sus protestas, y en parte —y sin duda éste fue el principal motivo— porque la organización creada para llevar a cabo el exterminio de los enfermos (su nombre en clave era T4) se necesitaba a partir de entonces para la puesta en marcha, a gran escala, del exterminio judío. Más tarde ya no hubo ocasión de retomar la erradicación de personas enfermas.

2. También en septiembre de 1939 comenzó la operación de exterminio de los gitanos. Fueron apresados en todas partes y enviados, primero, a campos de concentración, luego, y en dos tandas (1941 y 1943), a campos de exterminio. A partir de 1941, en los países ocupados del este de Europa la población gitana fue erradicada tan sistemáticamente como la judía. El genocidio gitano está muy poco estudiado, tal vez porque sucedió en silencio y no fue nunca objeto de propaganda ni de debate. No se habló de él cuando ocurrió, y poco más sabemos acerca del mismo, salvo que se llevó a cabo. Los documentos escasean. Se calculan hasta quinientas mil personas asesinadas. Lo cierto es que, de los cerca de veinticinco mil gitanos que vivían en Alemania en 1939, en 1945 sólo cinco mil seguían con vida.

3. Un mes después aproximadamente, en octubre de 1939, tras concluir las operaciones de combate en Polonia, comienza el tercer genocidio de Hitler, perpetrado contra la intelectualidad y la clase dirigente polacas; durará cinco años. En este caso no existe orden escrita de Hitler —la de erradicar a los enfermos fue la última de esta índole—, sino sólo una serie de órdenes verbales —de las que, no obstante, también hay testimonios— que fueron ejecutadas con igual rigor. Heydrich, por ejemplo, comentando en un informe del 2 de julio de 1940 las quejas surgidas en el seno de la *Wehrmacht* a causa del régimen de terror alemán impuesto en Polonia, habla de «una orden especial del *Führer*, de extraordinaria radicalidad (como la orden de liquidar a numerosos grupos dirigentes polacos, cifrados en miles de personas)», y el gobernador general de la Polonia ocupada, Frank, cita una

amonestación verbal de Hitler, del 30 de mayo de 1940: «Hay que liquidar a todos los elementos fichados como pertenecientes a la clase dirigente de Polonia, y los que vengan a relevarlos deben ser registrados y eliminados en un tiempo prudencial». Está comprobado que, por orden de Hitler, no sólo los judíos sino también los polacos no judíos carecieron durante cinco años de derechos en su propio país, se vieron expuestos a un régimen arbitrario que se cebaba precisamente en los miembros de las capas cultas de la población (sacerdotes, maestros, profesores, periodistas, empresarios), convertidos en víctimas de una campaña de exterminio planificado. Su fin último se desprende de la memoria de Himmler, fechada en mayo de 1940 (Himmler, mano derecha de Hitler en lo que respecta a los crímenes, puede ser considerado el portavoz del *Führer* en este particular):

Para la población no alemana del Este no debe haber educación que vaya más allá de una escuela elemental de cuatro cursos. Los objetivos de esa escuela han de limitarse a la impartición del cálculo básico hasta un máximo de quinientos, de la escritura del nombre, de la obediencia a los alemanes como precepto divino, de la honestidad, la laboriosidad y la bondad. El aprendizaje de la lectura no lo considero necesario. Aparte de esa escuela no debe haber en el Este ningún otro tipo de formación escolar... Tras la aplicación consecuente de estas medidas, la población del gobierno general de Polonia necesariamente quedará compuesta, durante los próximos diez años, por el resto de una población de valor inferior... Esa

población, un pueblo de trabajadores sin dirigentes, estará a disposición de Alemania, país al que suministrará cada año mano de obra de emigrantes y efectivos para proyectos especiales (carreteras, canteras, edificaciones).

El proceso «descivilizador» de un pueblo con una larga tradición cultural fue, evidentemente, un crimen en sí mismo, pero incluía, además, el crimen de genocidio contra su clase ilustrada. La cifra exacta de polacos cultos víctimas de este genocidio sistemático es más difícil de establecer que la de los judíos. Según cifras oficiales polacas, la nación perdió en los seis años de guerra un total aproximado de seis millones de personas, de las cuales unos tres millones eran judíos. Los polacos caídos en combate no superaron los trescientos mil. Si descontamos setecientos mil refugiados y fallecidos de forma natural, quedan dos millones de personas; de éstos más de la mitad, seguramente, murieron a consecuencia del exterminio planificado cometido contra las élites dirigentes. La otra mitad puede atribuirse a las represalias de la guerra de partisanos, a los desplazamientos de población llevados a cabo con la máxima brutalidad y al terror intimidador sembrado por las fuerzas de ocupación.

4. El trato que los alemanes impusieron a la población rusa en los vastos territorios ocupados en este país durante dos o tres años correspondía exactamente a la política practicada en Polonia: exterminio de las clases dirigentes, privación de derechos y esclavización del resto de la población. En efecto, Polonia, al negarse a asumir el papel que Hitler le había reservado originariamente —el de ser un pueblo de siervos a la manera de Hungría, Rumania,

Eslovaquia y Bulgaria— se convirtió en el tubo de ensayo de la política de erradicación y esclavización prevista desde el principio para Rusia. Sin embargo, en Rusia hubo dos factores diferenciadores que endurecieron aún más esa política.

En primer lugar, las capas altas de Rusia eran, real o supuestamente, comunistas (mientras que las polacas eran predominantemente católicas y conservadoras), lo que eliminó los últimos escrúpulos a la hora de exterminarlas de forma sistemática. En segundo lugar, en los crímenes cometidos en Rusia participó también la *Wehrmacht*, voluntaria o involuntariamente.

En Polonia, Blaskowitz, el primer comandante militar del territorio ocupado, todavía se había atrevido a manifestar, durante el primer invierno de la guerra, su indignación por el hecho de que detrás de las líneas alemanas se diera rienda suelta a «instintos bestiales y patológicos» (motivo por el cual luego fue destituido de su puesto); y Heydrich, en su ya citado informe del 2 de julio de 1940, había señalado que la orden del *Führer*, «de extraordinaria radicalidad», naturalmente no podía ser transmitida a todos los mandos del ejército, «de manera que las acciones de la policía y la ss fueron consideradas como brutales arbitrariedades por los no iniciados». Con vistas a la campaña de Rusia, Hitler creyó necesario sacar al ejército de tal estado de inocencia. Ya el 30 de marzo de 1941, es decir, varios meses antes del comienzo de la guerra, pronunció un discurso ante oficiales de alto rango en el cual expuso claramente sus intenciones: «Debemos abandonar el principio de la camaradería entre soldados. El comunista no ha sido un camarada ni lo será. Se trata de una guerra de exterminio... No hacemos la guerra para conservar al enemigo... En el Este, en el futuro, toda dureza será poca».

Aún hoy en día, la cuestión de hasta qué punto los generales de la *Wehrmacht* hicieron caso de tales exhortaciones despierta controversias, sobre todo la de la famosa orden de Hitler de matar a todos los comisarios políticos que fuesen capturados. Lo que no suscita controversia es el destino de los prisioneros de guerra rusos en manos alemanas. Según una relación de la Oficina General de la *Wehrmacht* del primero de mayo de 1944, hasta esa fecha habían sido capturados 5,16 millones de rusos, la mayoría durante la campaña de 1941. De éstos, 1.871.000 todavía estaban con vida, mientras que 473.000 figuraban como «ejecutados» y 67.000 como fugados. Los casi tres millones restantes habían perecido durante el cautiverio, la mayor parte por inanición. Es absolutamente cierto que, más tarde, muchos prisioneros de guerra alemanes tampoco sobrevivieron al cautiverio ruso.

Aquí se difumina la línea divisoria entre los crímenes de guerra, que más vale olvidar, y los genocidios de Hitler. Ciertamente, las dificultades para alimentar a los millones de prisioneros capturados en pocos meses explican muchas cosas, pero no todas. En un momento inesperado, Hitler confesó abiertamente que dejar morir de hambre y permitir el canibalismo en las jaulas de prisioneros eran prácticas intencionadas: el 12 de diciembre de 1942, en la reunión del estado mayor celebrada a mediodía, Hitler justificaba su negativa a que el Sexto Ejército apostado en Stalingrado rompiera el cerco señalando, entre otras cosas, que en ese caso la artillería tendría que ser abandonada, ya que los caballos que tiraban de ella, debilitados por el hambre, no tenían fuerza de tracción suficiente. Y prosiguió: «Si fueran rusos diría: que se coman unos a otros. Pero lo que no puedo hacer es dejar que un caballo se coma a otro».

El genocidio de civiles rusos miembros de las capas dirigentes no fue encomendado a la *Wehrmacht* sino a cuatro grupos

especiales, denominados *Einsatzgruppen*, que, en la retaguardia, llevaron a cabo su tarea asesina desde el primer día y a toda máquina. Hasta abril de 1942, esto es, en los diez primeros meses de una guerra de casi cuatro años de duración, el *Einsatzgruppe A* (norte) daba cuenta de 250.000 ejecutados, el B (centro) de 70.000, el C (sur) de 150.000, y el D (frente del extremo sur) de 90.000. Dado que no se conservan cifras posteriores y que los partes sobre las operaciones no distinguen entre judíos y «bolcheviques», resulta difícil calcular con exactitud cuántos civiles rusos no judíos fueron asesinados. Seguramente, su cifra no es inferior a la de los polacos, más bien al contrario. Como ya hemos afirmado antes, Hitler, con este genocidio, no sólo no aumentó sus posibilidades de triunfo, sino que las anuló por completo.

5. El genocidio de mayor envergadura fue, como es sabido, el perpetrado contra los judíos; primero, desde mediados de 1941, contra los judíos de Polonia y Rusia, luego, desde principios de 1942, contra los judíos de Alemania y del resto de la Europa ocupada que con ese objetivo fue «peinada de oeste a este». Lo que Hitler pretendía —y así lo había anunciado previamente, el 30 de enero de 1939— era «el aniquilamiento de la raza judía en Europa». Pese a extremar los esfuerzos, no logró esa meta final. Así y todo, el número de judíos asesinados por orden suya asciende, según los cálculos más bajos, a más de cuatro millones, y según los más altos, a casi seis millones. Hasta 1942 el genocidio se realizó mediante fusilamientos masivos frente a fosas comunes cavadas previamente por las mismas víctimas; después en los campos de exterminio de Treblinka, Sobibor, Maidanek (Lublin), Belzec, Chelmno (Kulmhof) y Auschwitz, mediante la inhalación de gas

en cámaras construidas especialmente para ese fin y dotadas de enormes crematorios anejos.

En época reciente, el historiador británico David Irving ha negado nada menos que la responsabilidad de Hitler en el genocidio judío; según él, ese genocidio fue obra de Himmler, que habría actuado por cuenta propia y a espaldas de Hitler.

La tesis de Irving es insostenible; no sólo porque carece de toda verosimilitud —bajo las condiciones existentes en el Tercer *Reich* era absolutamente imposible llevar a cabo una operación de tal amplitud sin el conocimiento de Hitler; además, fue precisamente Hitler quien anunció el «exterminio de la raza judía» en el caso de que estallara la guerra— sino porque testimonios fehacientes tanto de Hitler como de Himmler prueban que era el primero quien daba las órdenes y el segundo quien las ejecutaba. En el transcurso del año 1942, el primero de la «solución final», Hitler se jactó públicamente y en no menos de cinco ocasiones de haber cumplido lo anunciado: el 1 y el 30 de enero, el 24 de febrero, el 30 de septiembre y el 8 de noviembre. Citamos a continuación la última de esas declaraciones:

Ustedes todavía recordarán la sesión del Reichstag en la que declaré que, si el judaísmo creía poder provocar una guerra mundial internacional para erradicar las razas europeas, el resultado no sería la erradicación de las razas europeas sino la erradicación de los judíos en Europa. La gente siempre se ha reído de mí llamándome profeta. De los que rieron entonces, hoy muchos ya no

rien, y los que todavía lo hacen tal vez dejarán de hacerlo dentro de un tiempo.

También Himmler se refirió en varias ocasiones a su papel en el intento de erradicar a los judíos, pero usa un tono muy distinto: en lugar de hacer gala de un escarnio jactancioso, se autocompa-dece. Así, por ejemplo, el 5 de mayo de 1944 dijo: *«Ustedes se harán cargo de lo difícil que ha sido para mí el cumplimiento de esta orden militar que me fue impartida y que he acatado y ejecutado por obediencia y desde el más pleno convencimiento»*. O bien, el 21 de junio del mismo año, cuando se lamenta en estos términos: *«Ha sido la tarea y el encargo más horrible que jamás haya podido recibir una organización: el encargo de resolver la cuestión judía»*. Pero nadie salvo Hitler podía darle un «encargo» o una «orden militar». Después de esto no hace falta ya el testimonio adicional de Goebbels, que el 27 de marzo de 1942 se refiere en su diario a «un procedimiento que no parece demasiado llamativo» (se trata de las primeras cámaras de gas instaladas en Lublin desde principios de 1942): *«Se aplica aquí un procedimiento bastante bárbaro y que no hay que detallar; de los judíos queda poca cosa... También en este punto el Führer es el infatigable precursor y portavoz de una solución radical»*.

La única prueba documental que Irving aporta para sustentar su tesis es la anotación de Himmler del 30 de noviembre de 1941, tras una conversación telefónica con Hitler: «Deportación de judíos desde Berlín, no liquidarlos». En este caso, Hitler al parecer ordenó hacer una excepción, circunstancia que prueba por sí misma que la liquidación era la regla y que, además, Hitler se encargaba incluso de los pormenores de la operación asesina. Es fácil comprender el por qué de esa orden: la deportación de judíos

desde Berlín había sido una acción precipitada, pues a los judíos alemanes todavía no les tocaba el turno. En noviembre de 1941, los esfuerzos aún se concentraban en la liquidación de los judíos polacos y rusos, y la «solución final» para Europa entera no se planificaría hasta la Conferencia de Wannsee, celebrada el 20 de enero de 1942. Y había que respetar un orden. Además, las cámaras de gas y los hornos de incineración todavía no estaban listos. Su paulatina entrada en funcionamiento no se produjo hasta 1942.

Sin embargo, el episodio escogido por Irving arroja una luz fugaz sobre dos asuntos que merecen un examen más detenido. El primero se refiere al tratamiento dado al genocidio judío en la opinión pública alemana; el segundo al calendario seguido por Hitler para perpetrar su mayor crimen en cuanto a número de víctimas.

Como acabamos de ver, fueron cinco las ocasiones en que Hitler se jactó públicamente de ese crimen en el transcurso de 1942, aunque siempre en términos muy vagos. Si hizo todo lo posible por ocultar los detalles ante la opinión pública alemana fue porque, aparentemente, no podía esperar aprobación alguna, sino, al revés, una preocupación que no deseaba y tal vez incluso una resistencia similar a la que ya había entorpecido la «acción eutanasia».

Antes de la guerra, Hitler había ensayado dos veces cómo reaccionaría la masa de los alemanes ante una violencia sin disimulo contra los judíos: en el boicot declarado el 1 de abril de 1933 por las SA contra los comercios judíos de todo el territorio del *Reich*, y en el gran pogromo del 9 y 10 de noviembre de 1938, conocido hasta hoy con el nombre de Noche de los Cristales Rotos, y que también fue ordenado desde arriba y llevado a cabo en todo el territorio nacional. En ambos casos, el resultado fue negativo desde

el punto de vista de Hitler. Las masas alemanas no habían colaborado, al contrario: en muchos lugares había habido muestras de compasión, irritación y vergüenza por las agresiones contra los judíos, aunque también es cierto que no se produjeron protestas abiertas por lo ocurrido. Y la expresión «Noche de los Cristales Rotos», que, no se sabe cómo, estuvo en boca de todo el mundo, indicaba claramente la sensación embarazosa que sentía el alemán medio ante aquellas fechorías: por un lado, la burla y el rechazo; por otro, el deseo pusilánime de no ver las verdaderas atrocidades y de rebajar la gravedad de lo sucedido a la categoría de cristales rotos.

En lo que respecta a Alemania, Hitler tomó nota del resultado de su ensayo. Sin evitar ningún sufrimiento a los judíos, cuidó sin embargo de que la masa de los alemanes tuviera la opción de permanecer en la ignorancia o autoconvencerse de que todo era menos grave de lo que parecía. Las acciones de exterminio se desarrollaron lejos de Alemania, en los lugares más recónditos del Este europeo, donde Hitler podía contar con una mayor aprobación de la población local y donde, por otra parte, el asesinato era la consigna imperante desde el comienzo de la guerra. Para los alemanes, los judíos eran oficialmente «asentados» en otras regiones; Hitler incluso llegó al extremo de no trasladar a los judíos alemanes directamente a los campos de exterminio, sino de llevarlos primero al gran gueto de Theresienstadt, situado en Bohemia, desde el cual todavía podían enviar postales a sus conocidos en Alemania antes de ser deportados a Auschwitz.

Está claro que, a pesar de la distancia, muchas de las cosas que allí pasaban trascendían a Alemania. Pero el que quería podía no enterarse o, al menos, no darse por enterado, incluso en su fuero interno. Y eso fue lo que hicieron la mayoría de los alemanes, y también, por cierto, la mayoría de ciudadanos de los demás países

europesos «peinados» en busca de judíos. Hacer algo contra lo que estaba sucediendo podía costarle a uno la vida; además, la guerra asfixiaba y todo el mundo tenía sus propias preocupaciones. Lo máximo a lo que un individuo podía arriesgarse era a ayudar a amigos judíos a pasar a la clandestinidad, y también los alemanes se arriesgaron a eso, aunque no con tanta frecuencia como los holandeses o daneses. Para atajar el crimen en su totalidad hubiera sido necesario un levantamiento, cosa bastante difícil dada la situación de guerra y dictadura. Así y todo, el genocidio que Hitler estaba cometiendo fue uno de los móviles de la conspiración del 20 de julio, circunstancia que salva el honor de sus autores. El conde Yorck von Wartenburg^[3], interrogado en el juicio posterior ante el famoso *Volksgerichtshof* (Tribunal Popular) acerca de las razones que lo movieron a participar en el atentado, declaró, antes de que Freisler lo acallara a gritos, que en su mente estaban «los numerosos asesinatos».

Ahora bien, la acusación de haber permitido que ocurriera cuanto ocurrió, acusación que continuará pendiendo por mucho tiempo sobre los alemanes, no es el tema que nos ocupa. Estamos hablando de Hitler. Y en este asunto sigue siendo interesante comprobar que no hizo del todo partícipes a sus compatriotas de lo que sería su mayor crimen, pues no confiaba en ellos. A pesar de la abundante propaganda antisemita de los últimos años, no contaba con la disponibilidad de los alemanes a aceptar el genocidio de sus conciudadanos judíos. No había logrado hacer de los alemanes el soñado «pueblo de amos» que ante nada se arredra. Y quizá sea éste uno de los motivos por los que, en los últimos años, los despreció cada vez más, evitó el contacto con ellos y se volvió más y más insensible ante su suerte para, finalmente, incluso

volcar contra ellos su voluntad destructora. De esto trataremos en el próximo capítulo.

Volvamos ahora una vez más sobre el testimonio exculpatorio que Irving utiliza a favor de Hitler, aquella instrucción que da por teléfono a Himmler el 30 de noviembre de 1941 para que no liquide a un grupo de judíos deportados de Berlín ese mismo día. La fecha es interesante. Faltan cinco días para que se produzca la contraofensiva rusa ante Moscú, que convencería a Hitler de que no podía ganar la guerra; diez días para que declare la guerra a Estados Unidos, sellando así su derrota; y cincuenta para la Conferencia de Wannsee, en la que se planificaría la «Solución final de la cuestión judía», es decir, la matanza en las fábricas de la muerte de los judíos de Alemania y de toda Europa. (Hasta entonces la matanza sistemática de judíos se había limitado a Polonia y Rusia, y el aparatoso método empleado había consistido en fusilarlos en masa). La relación que guardan entre sí las tres fechas es obvia. Mientras Hitler creyó posible lograr en Rusia una victoria tan rápida como la alcanzada un año atrás en Francia, tuvo la esperanza de que Inglaterra transigiría en cuanto hubiese perdido su última «espada continental». Así lo manifestó repetidas veces. Y para esa eventualidad tenía que mantener una posición desde la cual pudiera negociar con Londres. No podía por tanto actuar como genocida en países en los que cualquier acontecimiento trascendía a Inglaterra. Confiaba, tal vez, en que cuanto hiciera en Polonia y Rusia permanecería oculto en el extranjero, por lo menos mientras durara la guerra. En cambio, un genocidio en Francia, Holanda, Bélgica, Luxemburgo, Dinamarca, Noruega o incluso en la misma Alemania por fuerza se sabría inmediatamente en Inglaterra y acabaría por convertir a Hitler en un personaje intolerable en ese país, como de hecho sucedió: en

enero de 1942, Occidente proclamó, como nuevo objetivo de la guerra, el «castigo de estos crímenes».

En otras palabras, su largamente acariciado deseo de exterminar a los judíos de toda Europa sólo pudo hacerlo realidad en el momento en que dio por perdida cualquier esperanza de alcanzar una paz de compromiso con Inglaterra (asociada a la esperanza de evitar la entrada en guerra de Estados Unidos). Y no la dio por perdida hasta el 5 de diciembre de 1941, día en que la contraofensiva rusa ante Moscú lo sacó de sus sueños de victoria sobre Rusia. Tuvo que ser para él una sacudida extraordinaria, pues dos meses antes aún había declarado públicamente que «este adversario se ha desplomado y nunca más volverá a levantar cabeza». Bajo el efecto de tal sacudida cambió de rumbo, «con frialdad absoluta» y «con la velocidad del rayo»: si ya no podía vencer en Rusia, entonces —concluyó— también se agotaban las posibilidades de paz con Inglaterra. Así pues podía también declarar por fin la guerra a Estados Unidos, cosa que, tras haberse abstenido durante mucho tiempo de responder a las provocaciones de Roosevelt, le supuso una satisfacción evidente. Y entonces podía concederse también la satisfacción, todavía mayor, de decretar por fin, para toda Europa, la «Solución final de la cuestión judía», puesto que no había que calibrar ya los efectos que este crimen tendría en Inglaterra y Estados Unidos.

Naturalmente, con todo eso sólo consiguió que la derrota alemana se hiciera inevitable y que conllevara, por fuerza, el correspondiente castigo. Que tales consecuencias no le perturbarían lo había manifestado ya el 27 de noviembre, en las conversaciones con los ministros de Asuntos Exteriores danés y croata —citadas en el capítulo anterior—, en las que vino a decir que, si Alemania era incapaz de vencer, a él no le importaría que se hundiera, y que él no derramaría una sola lágrima por ella.

En resumen, Hitler, en diciembre de 1941 y en cuestión de pocos días, se decidió definitivamente por una de las dos metas incompatibles que venía persiguiendo desde el comienzo, a saber, la hegemonía mundial de Alemania y la erradicación de los judíos: abandonó la primera, por inalcanzable, para concentrarse plenamente en la segunda. (El 30 de noviembre aún era una fecha prematura para tomar esa decisión). Es más: incluso aceptó la total derrota de Alemania con todas sus consecuencias posibles para finalmente poder llevar a cabo el tan y tanto tiempo anhelado exterminio judío en toda Europa.

Desde esta perspectiva se entiende también la declaración de guerra a Estados Unidos, que en el capítulo anterior no hemos podido explicarnos bajo ningún concepto: en diciembre de 1941, el Hitler político abdica definitivamente en pro del Hitler genocida.

Ahora se explica también el por qué de su total inactividad y letargo políticos en la segunda mitad de la guerra, actitud que hemos tenido ocasión de constatar con extrañeza en el capítulo anterior y que tan marcadamente contrasta con su clarividencia y carácter resolutivo de antes. La política, en la que había demostrado tanto talento, ya no le interesaba. Para la única meta que ahora perseguía no la necesitaba. «¿Política? Yo ya no hago política. Me repugna». Las palabras (pronunciadas en su cuartel general ante Hewel, el enlace de Ribbentrop) datan de la primavera de 1945, pero podrían haber sido pronunciadas perfectamente en 1942. Desde finales de 1941, Hitler dejó de hacer política alemana para entregarse exclusivamente a su demencia asesina.

Lo que continuó centrando, y más que nunca, la atención de Hitler fue el aspecto militar de la guerra. Ésta era la manera de ganar tiempo para llevar a cabo su proyectado genocidio y conservar el territorio donde encontraba a sus víctimas. En efecto, la estrategia seguida a partir de 1942 estaba encaminada únicamente a

ganar tiempo y a defender el territorio. Desde comienzos de 1943, si no antes, ya no tuvo iniciativas encaminadas a obtener éxitos espectaculares en el terreno militar y abrir así nuevas oportunidades de negociar la paz, como hubiera hecho cualquier otro dirigente; y cuando algunos de sus generales tomaron tales iniciativas (Rommel en África en el verano de 1942; Manstein en Ucrania en la primavera de 1943) no sólo no los apoyó sino que les puso trabas. Tales iniciativas habían dejado de interesarle.

Todo indica que, desde finales de 1941 o comienzos de 1942, se había resignado, en su fuero interno, a la idea de la derrota final. No es casualidad que su famosa frase, tan elocuente por su ambigüedad, date de noviembre de 1942: «*Por principio suelo acabar cinco minutos después de que suene la campana*». El hecho de que Hitler se mostrara a menudo inquebrantablemente satisfecho de sí mismo en las conversaciones de sobremesa y, en ocasiones, hasta reciamente campechano, a pesar de que el cerco en torno a Alemania no cesaba de estrecharse, sólo se puede explicar por su convencimiento de que, así como los ejércitos aliados se acercaban cada vez más a una Alemania sitiada y bombardeada, así también él, cada día que pasaba, se acercaba más y más al único objetivo que le quedaba. Durante tres años, en toda Europa se sacaba a diario a familias judías de sus hogares o escondites para llevarlas hacia el este, donde entraban desnudas en las fábricas de la muerte y donde los hornos de los crematorios echaban humo día y noche. Para Hitler se habían acabado los éxitos de los once años anteriores, pero no le resultaba difícil renunciar a ellos, pues se veía compensado por el placer del asesino que ha tirado por la borda sus últimos escrúpulos y hace con su víctima lo que se le antoja.

Para el Hitler de los últimos tres años y medio, la guerra se había convertido en una especie de carrera contra el tiempo que

todavía esperaba ganar. ¿Quién llegaría antes a la meta? ¿Completaría Hitler el exterminio judío antes de que los aliados consiguieran el sometimiento militar de Alemania? Los aliados tardaron tres años y medio en llegar a la meta. En ese tiempo, también Hitler se acercó horribilmente a la suya.

Traición

Es un hecho interesante aunque curiosamente poco comentado el que los más perjudicados por Hitler no hayan sido, ni mucho menos, los pueblos contra los que cometió sus mayores crímenes.

La Unión Soviética perdió, por culpa de Hitler, al menos doce millones de personas —veinte según sus propias cifras— pero el enorme esfuerzo que la guerra le exigió acabó convirtiéndola en una superpotencia. En Polonia, la cifra de personas asesinadas por Hitler asciende a seis millones (o a tres, si no contamos a los judíos polacos). No obstante, el resultado de la guerra es una Polonia geográficamente más sana y nacionalmente más compacta que la Polonia de la preguerra. En cuanto a los judíos, Hitler quiso exterminarlos, y en la zona que él controlaba estuvo a punto de lograrlo. Pero su intento de exterminio, que se cobró la vida de entre cuatro y seis millones de judíos, infundió a los supervivientes la energía del desesperado, necesaria para la fundación de su Estado. Por primera vez en casi dos mil años, los judíos vuelven a tener un Estado, un Estado orgulloso y cubierto de gloria. Sin Hitler, Israel no existiría.

Un daño objetivamente mucho mayor le causó a Inglaterra, contra la que no quería tener guerra y, sin embargo, siempre la tuvo, a medias y sin convicción. Inglaterra perdió su Imperio a causa de la guerra contra Hitler y dejó de ser la potencia mundial

que era. Una devaluación de estatus similar sufrieron Francia y la mayor parte de los países y pueblos de Europa occidental.

Ahora bien: mirándolo con toda objetividad fue a Alemania a la que infligió el mayor daño, y con creces. También los alemanes pagaron un terrible tributo humano, cifrado en siete millones de víctimas, número superior al de judíos y polacos; sólo los rusos sufrieron una sangría aún mayor. Las pérdidas de los demás pueblos implicados en la guerra no pueden compararse con las de los cuatro que hemos mencionado. Pero mientras que la Unión Soviética y Polonia, tras pagar su tributo de sangre, llegaron a tener una posición más fuerte que antes de la guerra, e Israel debe su existencia misma al holocausto judío, el Imperio alemán quedó borrado del mapa.

Por culpa de Hitler, Alemania sufrió la misma devaluación de estatus que las demás potencias europeo-occidentales de antaño. Perdió una cuarta parte de su territorio nacional (su «espacio vital»); lo que quedó está dividido, y los dos Estados producto de la partición forman parte de dos bloques opuestos, lo que los sitúa en una relación de hostilidad ajena a su naturaleza. El hecho de que el mayor de estos dos Estados, la República Federal, sea de nuevo un país que goza de cierto bienestar, no es mérito de Hitler. La herencia que éste dejó en 1945 fue un país en ruinas, tanto físicas como políticas —aunque éstas suelen olvidarse con facilidad—: no sólo quedaban cadáveres, escombros, ruinas y millones de personas sin hogar, errantes y hambrientas, sino también una administración estragada y un Estado destruido. Ambas desgracias —la miseria de la gente y la destrucción del Estado— fueron ocasionadas por él, deliberadamente, en los últimos meses de guerra. Se había propuesto incluso algo peor: su último programa para Alemania preveía el genocidio de toda la población. En su

fase postrera, si no antes, Hitler se convirtió con premeditación en un traidor de Alemania.

Las nuevas generaciones alemanas no son tan conscientes de esa traición como lo son las que vivieron aquellos tiempos. En sus últimos meses de vida, Hitler creó una leyenda que, si bien no es precisamente halagüeña, lo absuelve en cierto modo de su responsabilidad en la agonía de Alemania de 1945. Según esta leyenda, en la última fase de la guerra Hitler, no era sino una sombra de sí mismo, un hombre gravemente enfermo, una piltrafa humana privada de capacidad decisoria y espectador impotente de la catástrofe que reinaba a su alrededor. La imagen que de él nos transmiten las descripciones de los hechos entre enero y abril de 1945 es la de un hombre que ha perdido completamente el control de la situación, que dirige, desde un bunker, ejércitos que han dejado de existir, que se debate entre desenfrenados ataques de ira y fases de resignación letárgica, que fantasea, casi hasta el último momento, con la victoria final entre los escombros de Berlín. En resumen, se le presenta como a alguien que está ciego ante la realidad, como una persona que, de alguna manera, ha perdido sus facultades mentales.

Esta imagen escamotea lo principal. Es cierto que, en 1945, el estado de salud de Hitler no era el mejor; también es cierto que había envejecido, que sus nervios se habían resentido sensiblemente tras cinco años de guerra (como también sucedió a Churchill y Roosevelt) y que sin duda atemorizaba a su entorno con el creciente ensombrecimiento de su carácter y sus cada vez más frecuentes estallidos de ira. Pero la tentación de cargar esas escenas de luces y sombras y de pintar un crepúsculo de los dioses de colores efectistas como fondo hace que, a menudo, se olvide un hecho importante, y es que justamente el Hitler de los últimos meses recuperó toda su capacidad decisoria y su voluntad de

imponerse. Es más bien en el periodo inmediatamente anterior cuando se observan cierta parálisis de la voluntad y un anquilosamiento en la monótona rutina, esto es, en el año 1943, cuando, en su diario, Goebbels constata con preocupación una «crisis del *Führer*», e incluso en la primera mitad de 1944. Pero con la derrota a la vista, Hitler recupera su antigua vitalidad y parece galvanizado. Aunque le tiemble la mano, el golpe de esa mano temblorosa sigue siendo —o vuelve a ser— fulminante y mortífero. Son sorprendentes en cierto modo, incluso admirables la resolución feroz y la actividad febril que Hitler demuestra entre agosto de 1944 y abril de 1945, cuando sé halla en plena decadencia física. Sólo que esta fuerza apunta cada vez más claramente, y al final de forma inequívoca, hacia una meta insospechada, y que hoy en día algunos vuelven a considerar inverosímil: la ruina total de Alemania.

Al principio, este objetivo no se aprecia con claridad, pero al final no admite duda alguna. La política de Hitler tiene, en su última fase, tres etapas nítidamente diferenciadas. En la primera (agosto-octubre de 1944) consigue frustrar la interrupción de la guerra que está perdiendo y se prepara para la lucha final. En la segunda (noviembre de 1944-enero de 1945) emprende un último y sorprendente ataque en el oeste. Y en la tercera (febrero-abril de 1945), se consagra a la destrucción total de Alemania, y lo hace con la misma energía que, hasta 1941, empleó en sus conquistas y, entre 1942 y 1944, en el exterminio de los judíos. Para ver cómo esta última meta fue plasmándose poco a poco, debemos contemplar más detenidamente la actuación de Hitler durante los últimos nueve meses de la guerra.

En el aspecto militar, la situación bélica de finales de agosto de 1944 se parecía bastante a la de los últimos días de septiembre de 1918, cuando Ludendorff, entonces al mando del ejército alemán,

arrojó la toalla. En ambos casos, cualquier análisis racional de la situación de la guerra indicaba que la derrota era inevitable y el final previsible. Sin embargo, el final aún no había llegado, y la derrota no había sido consumada en ninguno de los dos casos. Todavía no había soldados enemigos en suelo alemán. Seguramente también en 1918 habría sido posible dilatar la contienda hasta el año siguiente, como acabaría sucediendo en 1944-1945.

Sabido es que, en esa situación, Ludendorff llegó al convencimiento de que «había que terminar la guerra», según sus propias palabras. Logró una petición de armisticio y convocó a sus adversarios políticos a entrar en el gobierno para otorgar mayor credibilidad a su petición y dar al país una representación menos lastrada por el pasado y más apta para las negociaciones de paz. Es cierto que más tarde, al acusar a estos albaceas que él mismo había designado: («Que saquen ellos las castañas del fuego») de haber asestado una puñalada por la espalda al ejército invicto, hizo que su comportamiento de septiembre de 1918 quedara feamente ensombrecido; pero el comportamiento propiamente dicho fue el de un patriota responsable, que en medio de la derrota se propone ahorrarle a su país el peor trago y salvar lo que puede salvarse.

El 22 de agosto de 1944, Hitler hizo exactamente lo contrario de lo que Ludendorff había hecho el 29 de septiembre de 1918: en la llamada «Acción tormenta» mandó, de golpe, arrestar a unos cinco mil antiguos ministros, alcaldes, parlamentarios, cuadros de partidos y funcionarios políticos de la República de Weimar, entre ellos a Konrad Adenauer y Kurt Schumacher, los futuros protagonistas de la fase fundacional de la República Federal. Era un círculo de personas similar al que Ludendorff, en circunstancias análogas, había transferido la responsabilidad del gobierno y de la liquidación de la guerra y que en ese momento constituían, por así

decirlo, la reserva política de Alemania. En vista de lo inevitable de la derrota, Ludendorff les entregó las riendas del poder; Hitler, en idéntica situación, los quitó de en medio. Tal acción, que entonces no trascendió, ha pasado extrañamente desapercibida en la historiografía y suele relacionarse con la persecución de los conspiradores del 20 de julio, con la que no tiene nada que ver. Antes bien, constituía el primer indicio de que Hitler quería prevenir todo amago de repetición de la, según él, prematura interrupción de la guerra en 1918; el primer indicio de que, aun cuando no se avistara ninguna posibilidad de triunfo, estaba decidido a seguir luchando hasta el amargo final —«hasta cinco minutos después de que suene la campana», como él mismo dijo— y sin permitir que nadie le perturbara en su quehacer.

Sobre esa decisión, tomada en el momento en que lo hizo, aún puede haber divergencia de opiniones. En efecto, a lo largo de la historia se han dado dos modos de pensar y de actuar en situaciones de derrota, que podríamos llamar el pragmático y el heroico. El primero busca salvar lo máximo posible del patrimonio amenazado; el segundo trata de dejar una leyenda edificante. Según las circunstancias, ambos tienen sus pros y sus contras. A favor del segundo hasta puede aducirse que el futuro nunca es del todo previsible y que, en ocasiones, se logra evitar lo inevitable. En este sentido, la historia alemana ofrece el famoso ejemplo de Federico el Grande, que, hallándose en 1760 en una situación idéntica a la de Ludendorff en 1918 y la de Hitler en 1944, fue salvado por «el milagro de la casa de Brandenburgo», es decir, la imprevista sucesión en el trono ruso y el subsiguiente cambio de alianzas. Si hubiese abandonado, el azar salvador habría llegado tarde. Así y todo, en la historia los milagros son la excepción y no la regla, y contar con ellos es como jugar a la lotería.

El ejemplo de Federico el Grande fue muy utilizado por la propaganda alemana del último año de la guerra, pero cabe dudar de que realmente tuviera un gran peso entre los móviles de Hitler. Al fin y al cabo, una guerra moderna entre naciones es algo muy diferente de lo que fueron las guerras de gabinete del siglo XVIII. Es más lógico pensar que el móvil decisivo para Hitler fue el ejemplo negativo del noviembre de 1918. Recordemos: los hechos del noviembre de 1918 habían constituido una experiencia iniciática para Hitler. La vivencia de una guerra que, según él, se había dado por perdida antes de tiempo, provocó en él lágrimas de rabia, el propósito de no permitir nunca más un noviembre de 1918 y la decisión de hacerse político. Ahora había llegado el momento, ahora, en cierto modo, Hitler había alcanzado su meta: se acercaba otro noviembre de 1918 y esta vez Hitler estaba en condiciones de impedirlo y resuelto a hacerlo.

Tampoco puede pasarse por alto el resurgir de su odio, ya inmenso en 1918, contra los «criminales de noviembre», es decir, sus compatriotas alemanes. En *Mi lucha* había citado, con aprobación furibunda, la presunta afirmación de un periodista inglés después de 1918: «Uno de cada tres alemanes es un traidor». Ahora mandaba ahorcar o decapitar sin contemplaciones a todo alemán que manifestara la obvia y acertada idea de que la guerra estaba perdida, o dejara entrever su deseo de sobrevivir a ella. Siempre había sido una persona llena de odio, y matar le proporcionaba un íntimo placer. La fuerza con que odiaba, el instinto asesino con que, durante años, se había ensañado contra judíos, polacos y rusos, ahora se dirigía abiertamente también contra los alemanes.

Sea como fuere, a finales del verano y comienzos del otoño de 1944, Hitler volvió a desplegar una energía y una potencia que recuerdan los tiempos de su mayor fortaleza. A finales de agosto,

prácticamente no existía ya frente en el oeste, y el este era, según sus propias palabras, «una brecha más que un frente». A finales de octubre, los alemanes volvían a plantar cara en ambos frentes, las ofensivas de los aliados se habían paralizado, y en el interior del país Hitler organizó el *Volkssturm*, un ejército de milicias constituido por hombres entre los dieciséis y los sesenta años, no alistados anteriormente, cuyo cometido era defender a la patria en la retaguardia. El *Führer* supo mantener la moral de combate difundiendo insistentemente el rumor de que tenía en reserva un arma milagrosa. Sin embargo, la bomba atómica —la verdadera arma milagrosa del año 1945— no la tenía Alemania sino Estados Unidos; y resulta extraño pensar que, de llegar a hacerse realidad la larga y sangrienta guerra de defensa total que deseaba Hitler y para la cual volvió a movilizar al país en el otoño de 1944, habría atraído las primeras bombas atómicas no sobre Japón sino sobre Alemania.

Pero Hitler mismo se encargó de que eso no sucediera, desperdiciando, apenas las hubo aunado, las fuerzas que le quedaban para esa guerra de defensa. En noviembre de 1944 decidió pasar una vez más a la ofensiva, y lo hizo en el oeste. Así fue como los alemanes lanzaron, el 16 de diciembre, el que sería su último ataque, el de las Ardenas.

Esta ofensiva, a diferencia de los demás episodios militares de la Segunda Guerra Mundial, merece una atención mayor. En efecto, fue más que un episodio. A dicha ofensiva se deben las fronteras que establecerían las potencias ocupantes en el territorio alemán, y que luego se convertirían en las fronteras de la Alemania dividida. Y constituye el momento en que Hitler se vuelve contra su propio país.

La ofensiva de las Ardenas, más que cualquier otra operación de la Segunda Guerra Mundial, fue obra exclusiva de Hitler y

representó, desde el punto de vista militar, una empresa demencial. Con las condiciones tecnológicas de entonces, una ofensiva requería una superioridad de al menos tres a uno si quería tener éxito. La relación de fuerzas terrestres en el frente occidental era, en diciembre de 1944, de uno contra menos de uno en el bando alemán, por no hablar ya de la abrumadora superioridad aérea de los aliados. Es decir, el más débil atacaba al más fuerte. Además, para obtener siquiera una escasa superioridad momentánea en ese sector del frente, Hitler tuvo que desguarnecer hasta los huesos el frente defensivo en el este, pese a las desesperadas advertencias de su entonces jefe del estado mayor Guderian de que los rusos estaban concentrando efectivos para una ofensiva de gran envergadura. Hitler apostaba, pues, dos veces el todo por el todo: si la ofensiva en el oeste fracasaba —lo que era de esperar en vista de su inferioridad numérica y militar— habría malgastado las fuerzas necesarias para la posterior defensa del territorio occidental del *Reich*; al mismo tiempo, la ofensiva hacía ya nula toda posibilidad de éxito en el este si los rusos atacaban, cosa igualmente previsible.

En ambos casos sucedió lo que era de esperar. La ofensiva de las Ardenas fracasó y los rusos atacaron. A pesar de unas circunstancias climáticas favorables —la niebla mantenía en tierra a las flotas aéreas aliadas— los resultados de la ofensiva en la semana previa a la Navidad fueron insuficientes. Luego, durante los días navideños, con el cielo despejado, los ejércitos acorazados que habían llevado el peso del ataque alemán fueron aplastados desde el aire; en la primera semana de enero, las unidades diezgadas volvieron a sus posiciones de salida. Y el 12 de enero los rusos tomaron al asalto los restos que quedaban del frente oriental alemán para avanzar, ya sin detenerse, desde el Vístula hasta el Oder. Todo eso era de prever, y Guderian se lo había explicado a

Hitler con desesperada insistencia. Pero éste no quiso escuchar. La ofensiva de las Ardenas fue su idea más personal, su penúltima ocurrencia (de la última, todavía hablaremos), y se empeñó obstinadamente en que se llevara a cabo.

¿Por qué lo hizo? He aquí un enigma aún sin resolver. Hay que descartar las razones militares. Hitler no era el profano en asuntos militares por el que hoy en día se le quiere hacer pasar. Por los conocimientos que tenía sobre la materia es imposible que se hiciera ilusiones acerca de las perspectivas de éxito de la empresa que emprendía. El hecho de que fingiera tales ilusiones ante los oficiales implicados (a los que reunió previamente para infundirles ánimo) no prueba en absoluto que las albergara de verdad.

Es más probable que tuviera motivos de política exterior. Una ofensiva en el oeste, aun cuando fracasara y aun cuando Hitler la apuntalara debilitando su frente oriental y propiciando una invasión rusa en el este de Alemania, podía ser vista como una señal de que el *Führer* consideraba ahora a los estadistas occidentales, y no a Rusia, como su principal enemigo; una señal de que estaba dispuesto a emplear en el oeste todas las fuerzas que le quedaban, aunque Alemania entera se convirtiese en un territorio ocupado por los rusos. Podríamos decir que Hitler quería enfrentar a las potencias occidentales a la disyuntiva de una Alemania nacionalsocialista o una bolchevique, es decir, obligarlas a decidir a quién preferían en la otra orilla del Rin, a Stalin o a él. Y puede que siguiera pensando que se inclinarían por él. Si era así, se equivocaba, naturalmente. Roosevelt, en 1945, estaba convencido de poder colaborar fructíferamente con Stalin, idea que Churchill no compartía, aunque también él, puesto a elegir, se habría quedado con Stalin. A causa del genocidio, Hitler se había convertido en un personaje inaceptable para Occidente. Pero cabe imaginar que no se diera cuenta de este rechazo, como tampoco lo advirtió

Himmler, quien, en abril de 1945, todavía presentó a las potencias occidentales la ingenua oferta de capitular en el oeste para continuar juntos la guerra en el este. Pero aunque Hitler se diera cuenta, parece haber indicios de que en 1945, ante la disyuntiva, prefirió perder en el este, antes que en el oeste —contrariamente a lo que preferían sus compatriotas alemanes, que se horrorizaban ante la idea de una embestida rusa y en su mayoría casi empezaban a desear, por esas fechas, una redentora ocupación por ingleses y americanos—. El respeto de Hitler por Stalin había ido creciendo a lo largo de la guerra, al tiempo que alimentaba un profundo odio contra Churchill y Roosevelt. Cabría imaginar en Hitler el razonamiento de doble fondo siguiente: su inesperada demostración de estar dispuesto a luchar hasta el final en el oeste, aceptando a la vez la derrota que se avecinaba por el este, puede causar tal espanto a las potencias occidentales que en el último momento se vean forzadas a acceder a un compromiso. Y si no es así, tampoco importa. Entonces la derrota en el este será definitiva, y las potencias occidentales verán lo que habrán ganado con ello. No podemos sino admitir que se trata de un razonamiento bastante tortuoso.

El pensamiento de Hitler resulta mucho menos complicado si suponemos que su principal motivo ya no tenía que ver con la política exterior, sino con la interior, y se dirigía, en realidad, contra su propio pueblo.

En efecto, entre Hitler y la masa de la población alemana se había abierto una brecha en el otoño de 1944. La mayoría de los alemanes ya no quería la lucha final sin perspectivas que Hitler deseaba. Querían acabar de una vez, como en el otoño de 1918; querían un final lo menos traumático posible, es decir, un final en el oeste. Mantener fuera a los rusos y dejar entrar a las potencias occidentales, era, a finales de 1944, la meta secreta y última de la

mayoría de los alemanes. Con la ofensiva de las Ardenas, Hitler era capaz aún de frustrar ese objetivo. No podía hacer decapitar a todos los que pensaban así, puesto que eran demasiados, y la mayoría se cuidaban de manifestar su opinión. Pero podía dejarlos a merced de la venganza rusa, si no estaban con él a las duras y a las maduras. Aún podía frustrar el deseo de la redentora ocupación por ingleses y americanos, y estaba ferozmente decidido a hacerlo. Vista así, la ofensiva de las Ardenas cobra sentido porque ya no es un mero acto de locura militar ni, en el mejor de los casos, una especulación descabellada desde el punto de vista de la política exterior. De modo que parece correcto darle esta interpretación. Y eso quiere decir que Hitler practicaba ya una política dirigida contra Alemania y los alemanes.

La tesis que acabamos de exponer también se ve avalada por el hecho de que Hitler, con tal ofensiva, se apartó claramente de la concepción de defensa establecida en agosto de 1944. Ésta implicaba un horror sin fin, a saber, una resistencia tenaz y dilatada en todos los frentes y, en las zonas en las que los ejércitos tuviesen que retroceder, la guerra total por medio de milicias populares para evitar la pérdida de esos territorios. La ofensiva de las Ardenas, por el contrario, apuntaba más bien a un fin con horror, es decir, a quemar las últimas fuerzas militares en una desesperanzada batalla de ataque. Si nos preguntamos el porqué de ese repentino cambio de decisión, no tenemos ni que buscar, por obvia, la respuesta: Hitler se dio cuenta de que la guerra popular total no prosperaría y que la mayoría de la población la rechazaba. Los alemanes ya no pensaban ni sentían como él. Pues bien, entonces tenían que ser castigados, y con la muerte: ésta fue la última decisión de Hitler.

Se podrá discrepar de que tal decisión estuviera ya implícita en la ofensiva de las Ardenas. Cuando sí adopta una forma clara y

contundente es en las órdenes que dicta el *Führer* el 18 y 19 de marzo de 1945, con las que condena a Alemania al genocidio.

Por entonces, los rusos habían llegado al Oder y los americanos habían cruzado el Rin. Ya no se podía pensar en mantener las posiciones; el encuentro entre los aliados occidentales y los orientales en el centro de Alemania era cuestión de semanas. Ahora bien, la población en las zonas de combate y retirada del este se comportaba de forma muy diferente a la del oeste: en el este la gente huía en masa; en el oeste no se movía del lugar, colgaba manteles y sábanas en las ventanas como señal de rendición, e imploraba a los oficiales alemanes para que dejaran de defender su pueblo o ciudad y evitaran así su destrucción en el último momento.

Hitler respondió a esta actitud de la población del oeste con la orden del 18 de marzo, en la que mandaba evacuar «a toda la población» de las áreas de invasión germano-occidentales, «de inmediato y comenzando por detrás de la principal zona de combate». En contra de lo habitual, la orden redactada en la reunión del estado mayor de ese día suscitó objeciones. Albert Speer, el antiguo arquitecto de Hitler, a la sazón ministro de Armamento y hoy el último testigo superviviente de los días postreros del *Führer*, da testimonio de lo ocurrido en aquella ocasión:

Uno de los generales presentes intentó convencer a Hitler de que era imposible evacuar a cientos de miles de personas. Ya no se disponía de trenes y las comunicaciones estaban completamente colapsadas desde hacía tiempo. Hitler no se inmutó. «¡Buen que vayan a pie!», replicó. El general objetó que también esto era inviable, pues harían falta provisiones y la riada de gente tendría que ser conducida a través de zonas escasamente pobladas. Además no tenían el calzado necesario. No pudo terminar. Hitler, impasible, le dio la espalda.

Si la orden de obligar a emprender a los habitantes del oeste alemán una marcha sin rumbo y sin provisiones, que sólo podía significar una marcha hacia la muerte, equivalía ya a un intento de matanza masiva, cometida esta vez contra los alemanes, la segunda orden del *Führer*, la llamada «orden de Nerón» dada el 19 de marzo, evidencia plenamente la intención de privar a los alemanes, y esta vez a *todos*, de cualquier posibilidad de supervivencia. El apartado clave dice:

Deben destruirse todas las instalaciones militares, de transporte, comunicación, industria y abastecimiento, así como cualesquiera bienes en el territorio del *Reich* que el enemigo pueda de alguna manera aprovechar, inmediatamente o a corto plazo, para continuar su lucha.

Y, a modo de explicación, Hitler expuso a Speer, «con un tono gélido», según el testimonio de éste, las siguientes razones:

Si se pierde la guerra, el pueblo también estará perdido. No hace falta respetar las bases que el pueblo alemán necesita para sobrevivir en un estado del más absoluto primitivismo. Al contrario, incluso es mejor destruirlas, pues nuestro pueblo ha demostrado ser más débil, y el futuro pertenece exclusivamente al más fuerte, al pueblo del Este. Esta lucha sólo dejará tras de sí seres inferiores, ya que los buenos han caído.

Son palabras que evocan las pronunciadas por Hitler el 27 de noviembre de 1941, cuando se vislumbró por primera vez la posibilidad del fracaso y que ya hemos citado en una ocasión. Dijo en aquella fecha: «*También sobre eso pienso con frialdad absoluta. Si llegara el día en que el pueblo alemán no fuera lo*

suficientemente fuerte y sacrificado como para entregar su propia sangre en aras de su existencia, prefiero que sucumba y sea exterminado por otra potencia más fuerte... Yo, por mi parte, no derramaré entonces una sola lágrima por el pueblo alemán». Para Hitler había llegado el momento de pasar a los hechos.

Las órdenes del 18 y 19 de marzo de 1945 no llegaron a ser ejecutadas completamente. De no haber sido así, la verdad es que no habría quedado mucho de los alemanes, como había dicho Goebbels dos años antes refiriéndose a los judíos. Speer hizo todo lo que pudo para sabotear la ejecución de la orden de destrucción. Otros cuadros nacionalsocialistas tampoco se atrevieron a cumplirla y, a menudo, también los directamente afectados se opusieron, con mayor o menor éxito, a la destrucción de sus infraestructuras. Y, por último, el rápido avance de los aliados, que sólo en algunos lugares toparon con focos de resistencia de cierta consideración, hizo que a los alemanes se les evitara el oneroso destino que al final Hitler les tenía reservado.

Sin embargo, tampoco hay que creer que las últimas órdenes de Hitler fueran como hojas que se lleva el viento y que no tuviesen ningún efecto. A mediados de marzo de 1945, algunas partes de Alemania seguían sin estar ocupadas por los aliados. En ellas, una orden de Hitler tenía todavía fuerza de ley absoluta, y entre los cuadros del partido y la SS había aún fanáticos que pensaban y sentían como su *Führer*. Ahora iban a rivalizar durante seis semanas con la aviación y las artillerías enemigas en la destrucción definitiva de Alemania, y muchos informes indican que, en las últimas semanas de la guerra, la población de la mayoría de las ciudades y regiones alemanas se encontraba atrapada entre dos fuegos y comenzaba a temer más a los propios

comandos de destrucción y a las patrullas de la SS que al mismo enemigo.

En efecto, el objetivo de Hitler que tales comandos y patrullas cumplieran era más cruel que el del enemigo: los ejércitos aliados, por lo menos los occidentales, no buscaban la destrucción de «las bases que el pueblo alemán necesita para sobrevivir en un estado del más absoluto primitivismo». Por consiguiente, la ocupación enemiga que ahora avanzaba con toda celeridad fue mayoritariamente saludada como una redención —al menos en el oeste—, y los americanos, británicos y franceses, que esperaban encontrar un pueblo de nacionalsocialistas, hallaron un pueblo hartado y desilusionado que ya no quería tener nada que ver con Hitler. Creyeron que se trataba de fingido servilismo; pero en la mayoría de los casos no era así. La gente se sentía realmente traicionada por su *Führer*, y con razón. En las últimas semanas de su vida, el mismo Hitler se había ocupado de manera drástica de la «reeducación» del pueblo alemán que planeaban los aliados. Puede imaginarse a los alemanes en ese periodo como la mujer que, al descubrir de repente a su asesino en la persona de su amante, pide a gritos el auxilio de los vecinos para salvarse del hombre con quien ha mantenido una relación hasta entonces.

Puntualicemos: con sus órdenes de destrucción del 18 y 19 de marzo de 1945, Hitler no perseguía ya una heroica lucha final como todavía era el caso en el otoño de 1944. Para una supuesta lucha de estas características de nada podía servir enviar a cientos de miles de alemanes en una caravana de la muerte hacia el interior del país y ordenar a la vez la destrucción de todo lo que allí les hiciese falta para sobrevivir al menos en el más absoluto primitivismo. Antes bien, la única finalidad de esta última acción de asesinato masivo dirigida ahora contra Alemania sólo podía ser la de castigar a los alemanes por no haber mostrado la suficiente

entrega en una heroica lucha final, es decir, por haberse negado al final a representar el papel que Hitler les había asignado. A los ojos de Hitler esa negativa constituía —y siempre había constituido— un crimen que merecía la pena de muerte. Un pueblo que no aceptara el papel que él le hubiese impuesto, debía morir. Hitler siempre había tenido esa visión, por lo que su viraje asesino contra Alemania al final de la guerra encuentra un curioso paralelismo con el viraje asesino que efectuó contra Polonia al comienzo de la contienda.

En efecto, en los planes de Hitler no estaba previsto cometer contra los polacos las matanzas masivas que se perpetrarían contra judíos y rusos. Les había reservado un papel similar al de los rumanos: serían aliados subalternos y un pueblo de siervos en la guerra de conquista contra Rusia planeada desde el principio. Fue porque no aceptaron ese papel por lo que Hitler declaró la guerra a los polacos, y no por la cuestión de Danzig, gobernada desde hacía años y con plena aquiescencia polaca por un senado nacionalsocialista que cumplía puntualmente los deseos de Hitler; Danzig sólo fue un pretexto. Lo curioso es que Hitler, después de haber ganado militarmente la guerra contra Polonia, no aprovechara la victoria para hacer realidad su objetivo inicial, esto es imponer a los polacos la relación de alianza a la que éstos se habían negado —lo que habría sido políticamente consecuente y, tal como estaban las cosas, también perfectamente posible—, sino que convirtiera el país en objeto de una irracional y furibunda orgía de castigo y venganza de cinco años de duración, al calor de la cual desfogarí, por primera vez, su instinto exterminador, prescindiendo por completo de su juicio político. Ello sólo demuestra que, en la persona de Hitler, siempre convivieron el político de gran talento y el genocida. Y si para satisfacer su instinto asesino había elegido inicialmente sólo a judíos y rusos, lo cierto es que tal

instinto asesino podía más que el cálculo político cuando alguien se oponía a su voluntad. Así sucedió en Polonia al comienzo de la guerra, y así sucedió en Alemania al final de la misma.

Hitler había atribuido a los alemanes, naturalmente, un papel mucho más importante que el que en su momento pensó para los polacos: primero, el de un pueblo de amos que conquistara el universo; luego, al menos el de un pueblo heroico que opusiera resistencia al mundo entero. Pero al final también los alemanes dejaron de bailar al son que él les tocaba, y no importa si lo hicieron por debilidad o por lo que el dictador consideraba renuencia punible. De modo que la sentencia de muerte de Hitler finalmente también recayó sobre ellos: habían de «perecer y ser aniquilados», por citarlo una vez más.

La relación de Hitler con Alemania presentaba desde el principio rasgos extraños. Algunos historiadores ingleses intentaron probar durante la guerra que Hitler era, por así decirlo, el producto predeterminado por toda la historia alemana; que desde Lutero hasta Bismarck, pasando por Federico el Grande, había una línea recta que desembocaba en Hitler. Es justo lo contrario. Hitler no se inscribe en ninguna tradición alemana, y menos todavía en la prusiano-protestante que, sin excluir a Federico el Grande ni a Bismarck, siempre abogó por un servicio sobrio y abnegado en aras del bien del Estado. Y el mérito de un servicio de estas características es lo último que se puede conceder a Hitler, ni siquiera al Hitler exitoso de la preguerra. Desde el comienzo sacrificó la soberanía del Estado alemán —y no sólo en su vertiente de Estado de derecho sino también en lo que respecta al Estado institucional— en beneficio de una futura movilización total de las fuerzas nacionales y, por supuesto, de su propia condición de indestituible e insustituible. De eso ya hemos tratado en capítulos anteriores. Por otro lado suplantó sistemáticamente la

sobriedad por la ebriedad de la masa; se puede decir que durante seis años administró a los alemanes la droga de su persona, droga que de repente les retiró en plena guerra. Y en cuanto a abnegación, Hitler es sin duda el ejemplo extremo de un político que coloca su personal conciencia mesiánica por encima de todo y actúa según la pauta de su biografía personal. Huelga volver a explayarse sobre ello. Si recordamos su cosmovisión volveremos a constatar que no pensaba en categorías de Estados sino de pueblos y de razas, lo cual explica, de paso, la bastedad de sus operaciones políticas y, al mismo tiempo, su incapacidad de transformar las victorias militares en éxitos políticos. No olvidemos que la cultura política de Europa —y, por supuesto, también la alemana— se había basado, desde el final de la migración de los pueblos, en circunscribir las guerras y sus consecuencias a los Estados y en abstenerse de tocar a los pueblos y las razas.

Hitler no fue un hombre de Estado, hecho que basta por sí solo para que no encaje en la historia alemana. Pero tampoco puede llamársele con propiedad un hombre del pueblo a la manera de Lutero, con el que sólo tiene en común una cosa: la de no tener parangón en la historia alemana, la de carecer tanto de precursores como de sucesores. Sin embargo, mientras que Lutero, en muchos aspectos, encarna por así decir el carácter nacional alemán, la personalidad de Hitler casa tan poco con ese carácter como los edificios que mandó construir para los congresos del Partido casan con la arquitectura de Nuremberg. Hay que señalar que los alemanes, incluso en los momentos de mayor devoción hitleriana, siempre lo sintieron así. En su admiración no faltó nunca un atisbo de extrañeza, provocada por el hecho de que justamente a ellos les hubiera tocado algo tan inesperado, tan ajeno como Hitler. Para ellos él era un milagro, un «enviado de Dios», lo que, en términos más prosaicos, también quiere decir

“advenedizo”, venido de fuera de un modo inexplicable. Y en este caso «de fuera» no sólo significa procedente de Austria, sino venido de muy lejos: al comienzo, de las celestes alturas; luego, de las más profundas simas del infierno. ¿Amaba a los alemanes? Hitler escogió a Alemania sin conocerla, y nunca llegó a conocerla de verdad. Los alemanes fueron su pueblo elegido porque el instinto del poder que llevaba dentro apuntaba a ellos como una aguja imantada y los señalaba como el mayor potencial de poder en la Europa de su tiempo, y, efectivamente, lo eran. En realidad nunca le interesaron más que como instrumento de poder. Ambicionaba mucho para Alemania, y en ello coincidía con los alemanes de su generación. Los alemanes de entonces eran un pueblo ambicioso... y a la vez políticamente desnortado. Esos dos atributos le dieron a Hitler su oportunidad. Pero la ambición alemana y la de Hitler para Alemania no coincidían —¿quién en Alemania aspiraba a asentarse alguna vez en Rusia?—, y Hitler carecía de oído para diferencias sutiles. O, en todo caso, dejó de escuchar una vez que estuvo instalado en el poder. Su ambición para Alemania se parecía cada vez más a la ambición que siente un criador de caballos de carreras. Y al final actuó como el irascible y decepcionado propietario de la cuadra que manda apalear a muerte a su caballo por no haber sido capaz de ganar el *derby*.

La aniquilación de Alemania fue la última de las metas que se fijó Hitler. No llegó a consumarla del todo, como tampoco lo logró con los demás objetivos de aniquilación. Lo que sí consiguió fue que Alemania al final renegara de él, antes y más radicalmente de lo esperado. Treinta y tres años después de la caída definitiva de Napoleón, un nuevo Napoleón fue elegido presidente de la República francesa. Treinta y tres años después del suicidio de Hitler, nadie que reclame su herencia o pretenda seguir sus pasos tendría la más mínima oportunidad de triunfar en política. Y está

bien que sea así. Lo que no está tan bien es que las viejas generaciones de alemanes intenten borrar el recuerdo de Hitler y que la mayoría de los jóvenes lo ignoren absolutamente todo sobre él. Y peor aún es que, desde Hitler, muchos alemanes no se atreven ya a ser patriotas. Pues la historia alemana no acaba en él. Quien crea lo contrario y tal vez hasta se alegre de ello, no sabe hasta qué punto está cumpliendo la última voluntad del dictador.

Epilogo

Con la mirada siempre en el presente. Sobre la vida y obra de Sebastian Haffner, por Jürgen Peter Schmied.

Sebastian Haffner fue uno de los periodistas políticos alemanes más insólitos del siglo XX. Desde hace casi un año sus memorias póstumas, *Historia de un alemán*, figuran en los primeros puestos de las listas de *best sellers*, y recientemente han generado un enfervorizado debate sobre su datación.

Haffner fue un autor polifacético y fascinante. Consideraba Alemania como su patria, pero se sentía a la vez prusiano y estaba orgulloso de su pasaporte británico. Si hasta la construcción del muro de Berlín había destacado como «abanderado de la guerra fría», tras la revuelta estudiantil de 1968 tomó enérgicamente partido por la oposición izquierdista y extraparlamentaria. Tampoco su trayectoria profesional siguió un desarrollo rectilíneo. El joven Haffner soñaba con una carrera de escritor, lo que no fue óbice para que estudiara derecho y acabara dedicándose al periodismo. El espectro de sus publicaciones abarca desde las críticas musicales hasta los documentales históricos; desde el retrato breve hasta el comentario de estrategia militar.

Haffner, cuyo nombre real era Raimund Pretzel, nació en 1907, hijo de un director de escuela berlinés y más tarde funcionario del Ministerio de Cultura prusiano. Desde muy pronto destacó por sus inclinaciones literarias. Brillaba con sus redacciones en la clase de alemán y dirigía obras dramáticas en el teatro escolar. La publicación en 1926 de una novela por entregas en un periódico de Hamburgo le hizo concebir la esperanza de triunfar como escritor.

No obstante, una vez terminado el bachillerato y obedeciendo a los deseos paternos, cursó los estudios de derecho con la aspiración de convertirse en funcionario. Seguramente acariciaba la idea de compaginar el servicio al Estado con el oficio de escritor. En esta doble vía se mantuvo durante su periodo universitario, y cuando en 1935 se doctoró con una tesis titulada *La revalorización de la deuda en divisa extranjera* —dirigida por Martin Wolff, un renombrado experto en derecho mercantil— ya había escrito una novela y varios relatos y narraciones cortas, que a pesar del empeño de su agente no llegaron a publicarse.

Más éxito obtuvo con sus colaboraciones literarias, aparecidas primero en el *Vossische Zeitung*, y luego, tras el cierre de éste en 1934, en otros periódicos de la editorial Ullstein. Su especialidad era la glosa, un género que le servía para divagar filosóficamente sobre toda clase de temas cotidianos. Así, compuso una «Necrológica sobre el piano» y una «Exhortación al ocio», hizo una prolija defensa del desorden en las habitaciones («Manga por hombro»), o se explayó sobre algunas costumbres peculiarísimas de los británicos («Miniaturas inglesas»).

Tras el ascenso al poder de los nacionalsocialistas abandonó su proyecto de hacer carrera en la administración pública, pues se negaba a ser funcionario del Tercer Reich. Trabajó como abogado auxiliar y dirigió durante una temporada en *Kleine Zeitung der*

Modenwelt, revista especializada en moda y estilo de vida. Finalmente, en 1938, Raimund Pretzel decidió emigrar. Según declaró más tarde en reiteradas ocasiones, dos razones lo incitaron a abandonar Alemania: por un lado, veía venir la guerra y, llegado el momento, no quería estar del lado de Hitler, ni como soldado ni como periodista. Por el otro, sabía que la relación que mantenía con una mujer de origen judío no podía tener futuro en el Tercer Reich. La joven pareja emigró a Inglaterra, donde Pretzel se convirtió en periodista político. Para proteger a los familiares que se habían quedado en Alemania eligió un seudónimo, Sebastian Haffner, inspirándose en la admiración por Bach y en la sinfonía Haffner de Mozart.

Los primeros años en Inglaterra fueron difíciles. En dos ocasiones fue acusado de *enemy alien* (“extranjero enemigo”), y detenido, y tuvo que pedir ayuda en su medio profesional para asegurar el sustento de su recién creada familia. Por entonces comenzó a escribir en alemán un libro sobre sus experiencias en el Tercer Reich, y se lo ofreció a Frederic Warburg, el editor de Thomas Mann. Warburg acogió el borrador con entusiasmo, y Haffner se alegró de recibir del editor dos libras esterlinas por semana en concepto de adelanto. En sus memorias, Warburg cuenta que Haffner interrumpió la redacción del manuscrito al estallar la Segunda Guerra Mundial, pues la nueva situación reclamaba un libro «de índole menos privada» y más política. Al cabo de pocos meses, Haffner le envió una obra de concepción totalmente nueva, que se publicaría en 1940 con el título *Germany: Jekyll & Hyde*. En cambio, la autobiografía, la ya citada *Historia de un alemán*, quedó inacabada y no saldría a la luz hasta el año 2000.

También en 1940, consiguió su primer empleo fijo en Inglaterra como redactor de *Die Zeitung*, un periódico en lengua alemana editado por y para emigrantes. Al principio Haffner

persiguió el ambicioso objetivo de unir en una sola organización a los diferentes grupos de exiliados alemanes, con el fin de que tuvieran un comité nacional. Pero el proyecto fracasó. Muchos emigrantes judíos habían perdido todo interés por Alemania, y los miembros de los partidos políticos insistían en las diferencias que los separaban. La decepción por este fracaso le duró poco, pues pronto se le abriría un campo de acción mucho más interesante.

Germany: Jekyll & Hyde y *Offensive against Germany* (1941) habían atraído la atención tanto de Westminster como de Fleet Street, y Haffner empezó a recibir ofertas de la prensa británica. La más atractiva le llegó de *The Observer*, semanario que gozaba de un enorme prestigio. Haffner era amigo de David Astor, hijo del propietario; además se dio la feliz circunstancia de que James L. Garvin, quien había sido durante muchos años el redactor jefe, perdió el puesto en 1941, y el periódico estaba formando un nuevo equipo de redacción. Haffner no tardó en ejercer una influencia dominante sobre el grupo y en marcar, con sus comentarios, la línea política del periódico. Aparte de columnas y artículos largos escribía retratos breves, reseñas de libros e incluso críticas musicales. Más tarde calificaría esa época como la «más productiva de mi vida».

Su aportación más importante a la discusión política de esos años fue un pronóstico que el desarrollo de los posteriores acontecimientos históricos habría de hacer realidad. Desde que, a partir de 1943, el avance del ejército rojo hizo retroceder progresivamente a la *Wehrmacht* dejando Europa oriental bajo control soviético, Haffner vaticinó el enfrentamiento que las dos superpotencias tendrían en el centro del continente. A David Astor le diría más tarde que uno de los logros más sobresalientes de su carrera periodística había sido haber «coinventado» la OTAN.

Entretanto Haffner se había adaptado a la vida en Inglaterra. En calidad de «corresponsal diplomático» de *The Observer*, tenía una posición influyente en la sociedad; dominaba a la perfección la lengua del país, y solía defender puntos de vista pronunciadamente británicos. Tres años después de finalizada la Segunda Guerra Mundial adoptó la ciudadanía inglesa; por entonces su posición en el periódico comenzó a deteriorarse. David Astor había ascendido a redactor jefe y director del rotativo, y Haffner, quien siempre había trabajado de forma semi-independiente, se veía ahora obligado a negociar sus artículos y columnas con el amigo convertido en superior. A principios de los años cincuenta las relaciones entre ambos se enturbiaron. Sus desacuerdos partían de sus respectivas visiones de la política británica de descolonización, valorada con escepticismo por Haffner, y del futuro de Alemania. Contrariamente a sus colegas, Haffner abogaba por la negociación con la Unión Soviética sobre la base de una Alemania neutral e unificada.

En 1954 Haffner regresó a Alemania para trabajar como corresponsal de *The Observer* y alejarse de Londres y de las desavenencias en la redacción. Durante los años siguientes sus opiniones sobre política alemana se movían entre la esperanza y el temor. Por un lado, era partidario de la reunificación en el marco de la política del entendimiento; por otro, le inquietaba la agresividad del imperialismo soviético. Mientras tanto, su identificación con el país en el que se había criado se intensificaba. «Por entonces empezó a usar de nuevo el *nosotros* cuando se refería a los alemanes», recuerda Richard Löwenthal, antiguo compañero de camino, rival y amigo. Poco a poco, Haffner adquirió popularidad en Alemania, pues comenzó a escribir para periódicos alemanes y a ser un invitado habitual en la tertulia de televisión *Der internationale Frühschoppen* moderada por Werner Höfer.

Finalmente, la tercera crisis de Berlín le indujo a romper con *The Observer*. En julio de 1961 renunció a la corresponsalía; no estaba dispuesto a tolerar la actitud expectante y propensa al compromiso que mantenían sus colegas con respecto a la política soviética. Empezó a colaborar con los periódicos *Die Welt* y *Christ und Welt*, y en *The Encounter* desarrolló su crítica a la línea de actuación inglesa, comparándola con el Compromiso de Munich de 1938. Según Haffner, las potencias occidentales habían dejado a Alemania en la estacada, del mismo modo que veintitrés años antes habían abandonado a su suerte a Checoslovaquia.

No había transcurrido un año desde su marcha de *The Observer* cuando Haffner protagonizó una sonada intervención pública. Fue con ocasión del «asunto Spiegel» ocurrido en el otoño de 1962, cuando el director, Rudolf Augstein, y otros redactores del semanario alemán fueron detenidos bajo la acusación de traición a la patria. Su comentario publicado en la revista de televisión *Panorama*, en el que Haffner expresó su indignación por la actuación del gobierno, concluía con la sombría advertencia de que la democracia y el Estado de derecho estaban seriamente amenazados en Alemania.

El «asunto Spiegel» marcó un punto de inflexión en su carrera periodística. A partir de entonces, Haffner se adentraría profundamente en el terreno político de la izquierda. Abandonó *Die Welt* y *Christ und Welt* y firmó un contrato con el semanario *Stern*. Además escribió reseñas de libros para *Konkret*, revista estudiantil de izquierdas, y trabajó para diversas emisoras de radio. A partir de 1963 comenzó a propugnar la reforma del derecho penal, y más tarde protestó enérgicamente contra las leyes de emergencia de la gran coalición entre socialdemócratas y democristianos. Como contrapunto a sus críticas de la República Federal escribía ahora observaciones benévolas sobre la República

Democrática Alemana, país que antes había condenado sin ambages. Así, a mediados de los años sesenta, ponderó en *Konkret* su «sistema económico y social, que en la actualidad resulta en algunos aspectos —pleno empleo, seguridad interior, orden público— más estable que el sistema tradicional y de carácter restaurador de la República Federal». Más drástico aún fue su cambio de rumbo en política exterior. El antiguo «abanderado de la guerra fría» se convirtió en abogado de la política de distensión, teniendo como principal objetivo mejorar las relaciones entre los dos Estados alemanes. Exigió el abandono tajante de la orientación de Alemania hacia el oeste, así como el reconocimiento de la República Democrática Alemana y la apertura de negociaciones con el Kremlin para la reunificación.

En los años sesenta, Haffner polarizaba con encono la sociedad germano-occidental. El *Welt am Sonntag* lo tildó de «caballo de gala del régimen de Ulbricht». Haffner, que había asumido sin reservas las reivindicaciones radicales del movimiento estudiantil, provocó un escándalo cuando, en un comentario sobre los disturbios ocurridos con motivo de la visita del *Sha* el 2 de junio de 1967, comparó la carga de la policía berlinesa contra los manifestantes con los pogromos nacionalsocialistas. La redacción del *Stern* no quiso saber nada del artículo, y algunos ciudadanos encolerizados presentaron una denuncia contra él. Félix von Eckardt, ex jefe de prensa de Adenauer, escribió en *Die Welt* que Haffner emitía juicios «al estilo de Freisler», y se preguntaba si sería quizá «un caso patológico». Pero él se mantuvo firme en su opinión. Al año siguiente se sumó a las exigencias de los estudiantes que, desde la calle, pedían la expropiación del consorcio mediático Springer, la legalización del partido comunista de Alemania (KPD) y la renuncia a las armas nucleares.

Tras su jubilación en 1975, Haffner se convirtió en un defensor del *statu quo*. Cuando en 1978 fue galardonado con el premio Heinrich Heine, calificó la República Federal como «el mejor de todos los Estados alemanes imaginables en la actualidad». A principios de los años ochenta se resignó a aceptar la división de Alemania, división que primero había exigido basándose en el modelo de la Confederación Alemana del Norte (*Norddeutscher Bund*) del siglo XIX, pero que después combatió denodadamente durante años. Argumentaba que, como el Imperio alemán había provocado dos guerras mundiales con sus excesivas ambiciones de poder, una Alemania dividida se ajustaba mejor al equilibrio internacional. Fue sumamente crítico ante la reunificación alemana, y en 1990 incluso manifestó el temor de que ésta pudiese significar «el final de cuarenta años de paz».

A lo largo de su carrera periodística, Haffner cambió de opinión en varias ocasiones. Tal vez la mejor forma de hacerle justicia sea considerarlo —así lo hace Peter Merseburger— como un abogado que unas veces presenta alegatos a favor de una causa, otras veces a favor de otra. Y siempre con argumentos de una claridad meridiana. La gran reputación que alcanzó en su senectud es fruto, sobre todo, de su labor como historiador. En efecto, fueron sus libros *Anotaciones sobre Hitler, Preussen ohne Legende* (“Prusia sin leyenda”) y *Von Bismarck zu Hitler* (“De Bismarck a Hitler”) los que le valieron el reconocimiento general.

Bien mirado, su carrera como historiador no comenzó hasta que se jubiló. Es cierto que a mediados de los años sesenta ya había publicado libros históricos, pero éstos obedecían principalmente a sus intenciones políticas del momento. Una excepción fue la excelente biografía de Churchill, en la que retrataba de forma evocadora y concisa la vida del gran estadista británico a tan sólo tres años de su muerte. Las demás obras de este periodo

—*Die sieben Todsünden des Deutschen Reiches* (“Los siete pecados capitales del Imperio alemán”), *Der Teufelspakt* (“El pacto con el diablo”) o *Der Selbstmord des Deutschen Reiches* (“El suicidio del Imperio alemán”)— le sirvieron a menudo para extraer de la historia argumentos con los que dar mayor peso a su visión crítica de la política exterior alemana.

En su descripción de la Revolución alemana de 1918-1919, criticó duramente la actuación del SPD, reprochando sobre todo a sus líderes, Friedrich Ebert y Gustav Noske, que su colaboración con las reaccionarias *Freikorps* (“bandas paramilitares”) hubiera abortado una verdadera democratización de Alemania. La aparición en 1969 de *Die verratene Revolution* (“La Revolución traicionada”) significó, por tanto, también una acusación contra el SPD contemporáneo, que como socio de la gran coalición había votado a favor de las leyes de emergencia.

Su mayor éxito lo cosechó con *Anotaciones sobre Hitler*. Publicado en 1978, lleva actualmente veintidós ediciones de bolsillo. Incluso los expertos en Hitler tienen dificultades para superar la calidad de este análisis de apenas doscientas páginas. En siete lúcidos ensayos describe el ascenso y la caída del dictador, aportando gran cantidad de conclusiones, a menudo originales pero no siempre sostenibles, pues el autor cede de vez en cuando a la tentación de desatender objeciones de peso para salvar una tesis brillante. Éste es el caso, por ejemplo, de su presunción de que la declaración de guerra a Estados Unidos en 1941 respondía a la intención de Hitler de sellar la derrota total de Alemania. No obstante, ello no menoscaba el gran valor intelectual de la obra.

El éxito de sus análisis históricos se basa en dos características fundamentales: un estilo claro y una argumentación cautivadora. En sus descripciones históricas Haffner se permite alguna que

otra licencia que los historiadores consagrados ven con malos ojos. Buscando siempre la concisión, la plasticidad de la expresión y la originalidad, no tiene reparos en esbozar con cuatro frases un desarrollo histórico complejo, o en extenderse sobre cuestiones puramente especulativas. Siente particular predilección por la comparación histórica, cuanto más atrevida, mejor. Así, por ejemplo, en una de sus obras comienza un retrato de Lenin confrontando su figura con la de Bismarck, o reflexiona en otro ensayo sobre los rasgos comunes entre Martín Lutero y Friedrich Engels.

El gusto por la provocación era un distintivo de Haffner, que se refleja no sólo en sus libros de historia sino en toda su obra. En *Konkret* —la misma revista para la que Ulrike Meinhoff escribía columnas— afirmó que el socialismo era «austero, serio, pesado, racional y pequeñoburgués». También el Haffner historiador muestra cierta debilidad por los pensamientos osados e inconformistas. Así, por ejemplo, en *Anotaciones sobre Hitler* arguye que el dictador alemán y el holocausto hicieron posible la creación del Estado de Israel. «Sin Hitler, no existiría Israel», concluye lapidariamente.

Cuando Haffner comentaba los hechos de su época, solía extraer sus argumentos de la historia; y como historiador tuvo la mirada siempre puesta en el presente. Su intensa dedicación al estudio de las evoluciones históricas lo llevó a veces a formular pronósticos, entre los cuales hubo profecías brillantes pero también algún que otro craso error. En 1940, por ejemplo, demostró una especial clarividencia al augurar el suicidio de Hitler. Sin embargo, la historia no siempre cumplió sus predicciones.



SEBASTIAN HAFFNER (nombre verdadero: Raimund Pretzel, Berlín, 27 de diciembre de 1907 - 2 de enero de 1999), fue un periodista, escritor e historiador alemán.

Nació en una familia protestante y cursó estudios de Derecho en su ciudad natal. En 1938, debido a su malestar con el régimen nazi, emigra a Inglaterra junto a su novia judía donde trabaja como periodista para *The Observer*. Adoptó el seudónimo "Sebastian Haffner" para evitar que su familia en Alemania fuese víctima de represalias por su actividad como disidente del nazismo en el extranjero. El nombre *Haffner* lo tomó de la sinfonía del mismo nombre, compuesta por Wolfgang Amadeus Mozart.

En 1954, una vez acabada la II Guerra Mundial regresa a Alemania y colabora como columnista en varios periódicos de izquierdas.

Haffner fue un radical opositor de Hitler desde el exilio y uno de los más destacados escritores sobre la historia alemana del siglo XIX y XX.

Aunque su libro de memorias *Historia de un alemán* no se publicó hasta después de su muerte, Haffner lo había terminado en 1939.

Notas

[1] Últimamente se ha afirmado que en 1917, siendo soldado en Francia, Hitler tuvo un hijo ilegítimo con una francesa. Aun cuando esto fuera verdad, lo cierto es que nunca lo conoció. La experiencia de la paternidad no existe en su vida. <<

[2] Stefan George (1868-1933), célebre poeta hoy apenas leído, aparece en muchas de sus obras tardías (de 1907 en adelante) como el profeta del Tercer *Reich*. Curiosamente cuando finalmente llegó el Tercer *Reich*, no le gustó en absoluto. A fin de eludir el homenaje oficial que se había previsto para celebrar su sesenta y cinco cumpleaños, el 12 de julio de 1933, emigró a Suiza, donde falleció poco después. Entre los miembros del círculo georgiano figura Claus Graf Stauffenberg, uno de los últimos discípulos del senecto poeta y autor del atentado contra Hitler el 20 de julio de 1944 que le costaría la vida. Al principio, George saludó con entusiasmo el advenimiento del dictador. En la historia alemana de las ideas, queda por escribir un capítulo que se titule «George, Hitler y Stauffenberg». <<

[3] Se trata de un error: fue el conde Schwerin von Schwanefeld.

<<

